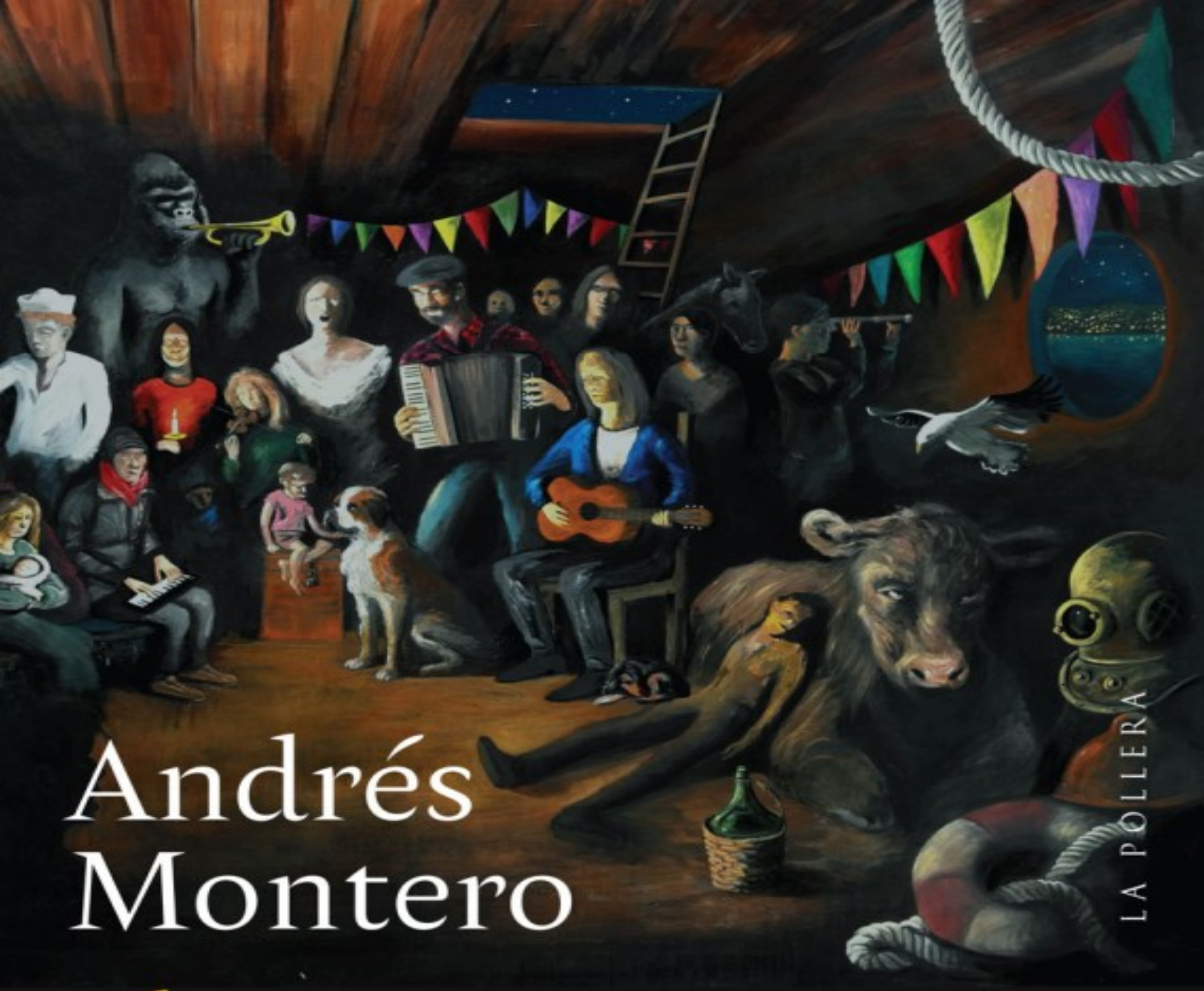
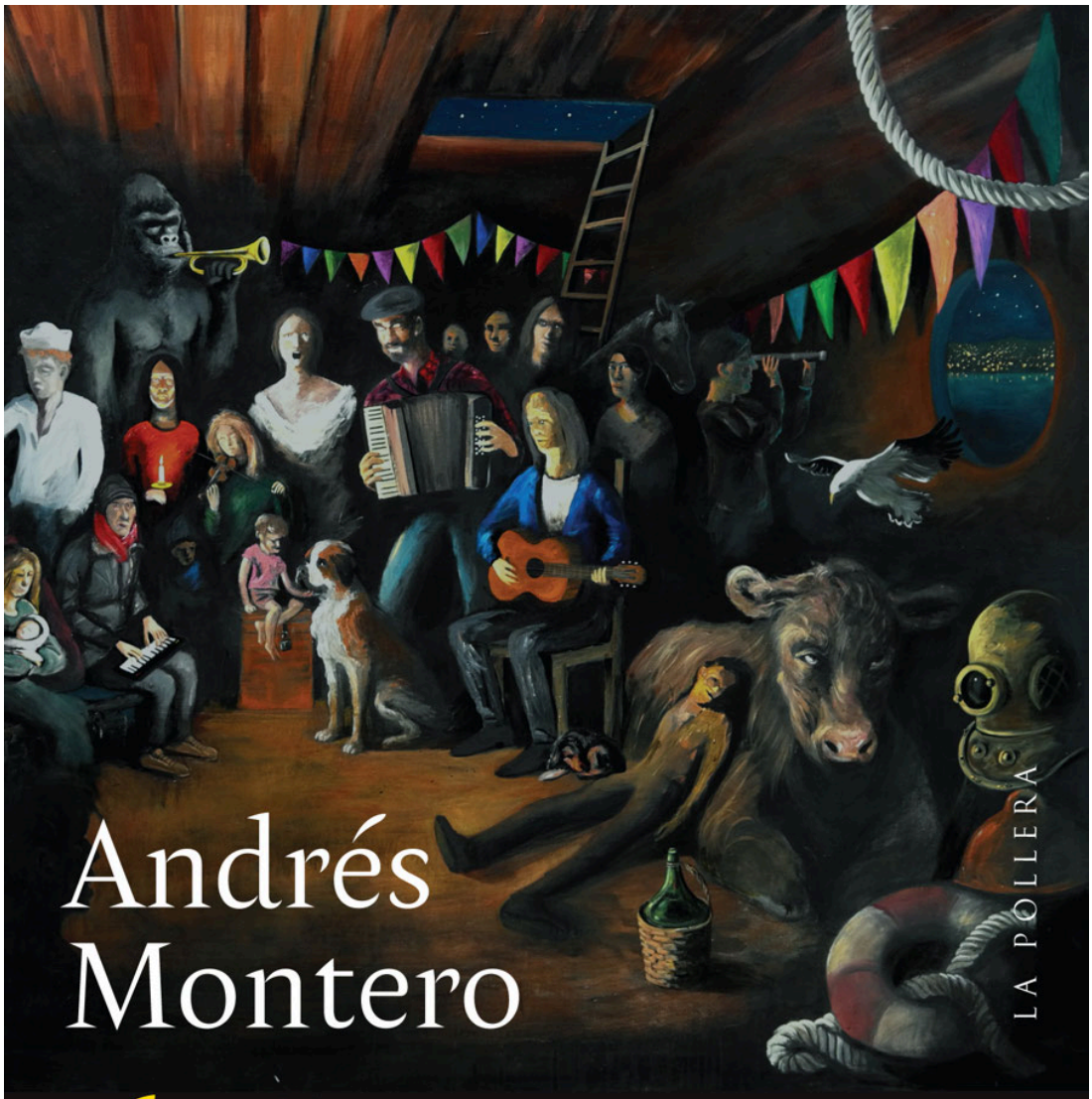


Andrés Montero

El año en que hablamos con el mar

una novela

LA POLLERA

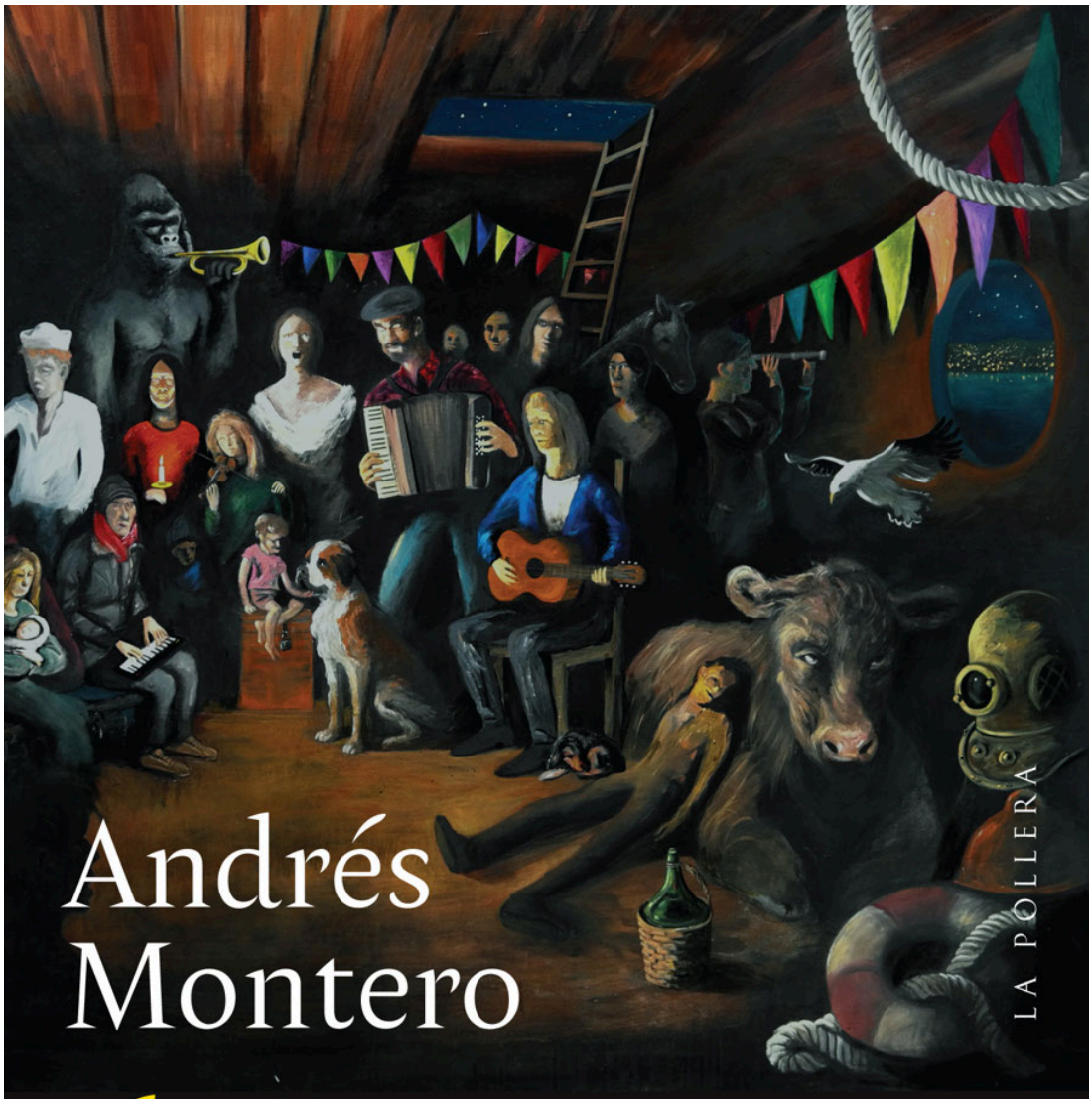


Andrés
Montero

El año en que hablamos con el mar

una novela

LA POLLERA



Andrés
Montero

El año en que hablamos con el mar

una novela

LA POLLERA

Una isla, un pacto con el diablo, la campana de oro hundida, el cementerio sin cuerpos y una taberna en un barco abandonado, una mujer y un pueblo que teje el relato de los hermanos Garcés: uno de los mellizos decidió que nunca dejaría la isla donde nació, el otro quiso ver el mundo entero. Esta novela comienza o termina cuando uno de ellos, que salió en bote hace medio siglo, vuelve en avioneta y queda atrapado las cuatro estaciones de un año a causa de una pandemia mundial.

La historia palpita en cada habitante y en cada rincón y el lugar es una voz que indaga si los hermanos Garcés se cobran viejas deudas o reconstruyen con su memoria la abandonada casona familiar.

Luego de su último libro, La muerte viene estilando, premiado y publicado en diversos países e idiomas, el narrador chileno Andrés Montero enciende esta fogata para darle vida a una historia mágica, pero llena de realidad, que como una isla, permanecerá entre las incesantes olas del mar.

Andrés Montero

El año en que hablábamos con el mar

La Pollera Ediciones

ÍNDICE

EL AÑO EN QUE HABLÁBAMOS CON EL MAR

Verano

Otoño

Invierno

Primavera

A Nico, Tomás, Raimundo, Titi y Felipe: las personas con las que siempre quiero estar.

Una vez creado el mundo sobrevino una lucha entre dos culebras: la culebra de las aguas y la culebra de la tierra.

Relato oral mapuche

¿Escuchan la música

de las palabras

que navegan en el aire, rielan

en el agua y se hacen fuego

en el corazón del mar?

Elicura Chihuailaf

En el agua se refleja

el fantasma inaprensible de la vida.

Herman Melville

VERANO

Lo vimos llegar cuando ya se despedía el verano. El aire tibio, el mar picado, el movimiento de los pájaros, todo parecía anunciar la lluvia o la irrupción adelantada del otoño. Pronto nos daríamos cuenta de que no, de que aún restaban otros días de calor y que lo que sucedía en realidad era que la isla quería avisarnos que teníamos visita. Por eso se desajustaba un poquito, para ponernos en alerta, porque bien sabe nuestra isla que lo que nos puede llamar la atención no será el ruido ni el silencio, no el rugido del mar ni un temblor en la tierra, tampoco la luz de un meteorito o el tronar de los cruceros, no lo grande, no lo enorme, pues lo que está muy a la vista no nos necesita para nada y entonces es más sencillo seguir de largo por la misma isla que tan bien sabe que nos remueven, en cambio, esas alteraciones mínimas que reclaman una segunda mirada, un paso atrás, una comprobación quieta de la diferencia: todas esas señas que se nos revelan de repente y nos hacen comprender, fascinados, que están ahí desde hace varios días, caracoleando por la isla para abrirse paso entre las grietas de lo igual.

Así era como nos alertaban esa mañana la tibieza ventosa del aire, la sutil picadura del mar, el aleteo nervioso de las aves, y por supuesto el tañido fantasmal y lejano de la campana hundida, que fue en realidad lo que terminó por espabilarnos, lo que nos obligó a sacar los ojos de la tierra y recibir la bandada de señales que la isla venía tejiendo para nosotros desde hace tres o cuatro días, con una paciencia de arañita.

—Viene alguien —dijimos entonces, y dejamos las palas ensartadas y acostados los rastrillos, y pegamos dos chiflidos a los perros para que trajeran de vuelta a las ovejas y avisamos a los hijos que alimentaran ellos a las bestias, mientras de lejos comenzaba a escucharse el runrún de la avioneta del gringo Mike.

Nos fuimos sin apuro hacia el aeródromo, encontrándonos por el camino. Tal vez hablábamos de algo, o tal vez no decíamos nada y

solamente mirábamos arriba, notando cómo crecía el rumor entre las nubes y se agitaban otro pichintún el mar y el viento, mientras el puntito negro en el cielo se iba haciendo más grande, más ruidoso, hasta que le salieron las alas, se dio una vuelta de gaviota por la isla, mostró las ruedas, bajó a niveles siempre preocupantes, acomodó el tren delantero y finalmente aterrizó bailando de aquí para allá sobre la pista, que siempre parece muy corta y que a veces por tristeza lo es.

Entonces botamos la respiración contenida, como cada vez que se nos ocurre venir a ver un aterrizaje.

Primero se bajó el gringo Mike, que se puso a elongar brazos y piernas como si el viaje desde el continente le hubiera tomado siete horas y no trece miserables minutos. Nosotros estiramos los pescuezos para no perdernos el momento en que se bajara la visita, a ver quién lo reconocía primero, a ver qué visita tan ilustre merecía el esfuerzo de la isla y sus señas de caracol.

Por fin Mike le abrió la puerta y lo vimos saltar a tierra y salir corriendo de la pista, como si creyera posible que otra avioneta viniera a la cola de esta, dispuesta a embestirlo como un toro mosqueado. A todas luces, un turista. Era el único pasajero. Mike sacó un pucho, apoyó la espalda en la avioneta y lo miró divertido. Por todo equipaje el forastero traía una maleta chica con ruedas, un maletín que se cambiaba de hombro cada tanto y una cámara de fotos colgando del cuello. Los zapatos eran elegantes, también el pantalón y la chaqueta. Parecía listo para reunirse con el alcalde. También parecía ignorar que acá no tenemos nada parecido a un alcalde. Al ojo le echamos unos setenta años, sugeridos por el pelo tan gris que se ordenaba de un manotazo cada dos por tres, inútilmente. Atrás suyo, el viento hacía sonar las alas de la avioneta, como si se la fuese a llevar por los aires.

Así que no era más que eso: un turista, con su cámara de fotos y su maleta, con el notorio alivio de no haberse estrellado y el probable

interés en ir lo más pronto posible a ver el fuego que se enciende en nuestro mar, porque los días son pocos y a eso vino, y también, aunque no lo sabe, a decepcionarse porque la verdad es que las ballenas ya no vienen por las costas de esta isla aunque los folletines turísticos del continente las sigan anunciando con fotos macanudas del cachalote blanco, tan famoso en todo el mundo que de vez en cuando la idea de avistarlo termina por convencer a un par de despistados que contactan al gringo Mike y se vienen nomás para acá, y que al tercer o cuarto día, visto el fuego que sale del mar, decepcionados por la ausencia de las ballenas y del cachalote muerto hace un siglo y medio, aburridos de la calma y del oleaje, ya no saben qué más hacer en una isla donde lo que pasa no se ve.

Un turista, pues. Para eso ensartamos las palas y acostamos los rastrillos, para eso dejamos el trabajo tirado esa mañana en que empezaba a despedirse el verano. Entre los que estábamos por ahí sobrevino una primera ola de desilusión, que sin embargo quiso recogerse cuando alguno de nosotros hizo ver lo que después sería imposible dejar de ver:

—Como que se me hace cara conocida.

Entonces achicamos los ojos, intentando ganarle a la distancia. Y lo vimos.

—Mierda. Es igualito.

—No, a ver. Igualito no es.

Es que tal vez no fuera nada más que la ilusión tan grande que teníamos de que pasara algo, cualquier cosa. La desesperanza, o el aburrimiento, o la pena que llevamos guardada desde hace siete años rompió otra vez contra la isla.

—En verdad no se parece tanto —venía la ola.

—En lo morocho un poco —se recogía de nuevo.

—Y en la parada —un poquito más adentro.

—Con barba se parecería más, pero así ni tanto —venía de vuelta.

—Yo no le hallo el aire —reventaba, reventaba nomás la ola de la desilusión.

Qué estupidez, si probablemente era pura coincidencia, una conjunción tonta entre las señales difusas de la isla y un parecido que con suerte serviría para darnos algo que hablar esa tarde en la taberna y preguntarnos en qué andaría don Julián.

Pero una vez que estuvo fuera de la pista, cuando pareció sentirse seguro, o por lo menos tranquilo, o por lo menos en equilibrio, el forastero le dio la espalda al mar, apoyó los puños sobre las caderas y dio un vistazo amplio a la isla, mientras botaba el aire del viaje por la nariz, lenta y profundamente, al ritmo del paisaje.

La abarcó completa, la isla, a lo ancho y a lo largo y a lo alto, como si la estuviera haciendo suya con la mirada.

Entonces terminamos de reconocerlo.

—¡Ah, chucha! ¡Sí es!

—¡El hermano!

—¿Cuánto tiempo que no venía?

—Yo pensaba que se parecían más.

—Es que a lo mejor no es.

Pero sí que era. Lo supimos por la mirada amplia, por el suspiro de los que vuelven. Lo decía también con los ojos: había algo en ellos que hablaba del tiempo y la nostalgia, de la necesidad de juntar las imágenes de los recuerdos con las que tenía ahora a la vista, de

ponerlas unas sobre otras para comprobar si calzaban o si había que hacer algunos ajustes en la memoria.

Después saludó a Mike con la mano, empujó la maleta y se fue. Poco más allá se acabó el cemento y las ruedas de su maleta se volvieron inútiles.

Nosotros volvimos a nuestras cosas. Recién era mediodía.

Puede que todavía quedaran dudas, pero en cualquier caso terminaron de esfumarse esa misma tarde. La hija de don Hugo se pasó por la taberna y nos contó que lo había visto desde el cementerio nuevo. El hombre estaba parado frente a la abandonada casona de los Garcés, apoyado en el asa de su maletita y mirando todo con la boca abierta, impactado por la ruina de la hacienda familiar. De tanto en tanto hacía bocina con las manos y gritaba "¿Holaa?" y después "¡Alóoo!", pero cada vez más despacito, cada vez con menos esperanzas, echando miradas alrededor como preguntándose bajo qué árbol iba a tener que pasar la noche o a qué hora se decidiría a reventar la tormenta.

—Oiga, si busca a don Julián no lo va a pillar —le dijo la chiquilla desde el otro lado de la cerca, preocupada de que tanto grito interrumpiera el descanso de los náufragos.

—¿Y dónde lo encuentro?

—Tiene que subir por el sendero, cerro arriba. Siga el humo de la chimenea, ¿lo alcanza a ver?

El forastero miró hacia arriba. Tuvo que doblar mucho el cuello hacia atrás para que los ojos fueran más allá del follaje del bosque y lograran distinguir el humo que subía desde La Punta.

—Hostia. ¿Qué hace allá Julián?

—Allá vive. En La Punta.

—¿En La Punta? Eso estaba muy lejos.

—No estaba. Está. Por eso lo vemos poco a don Julián. Ya no baja nunca.

—¿Y de qué vive? ¿Y por qué se fue de la casona? ¿Y qué coño hace un cementerio aquí?

La hija de don Hugo no tenía ni respuestas ni muchas ga- nas de hablar, así que levantó los hombros antes de perderse otra vez entre las cruces, mientras el recién llegado puteaba un poco, se cambiaba otra vez de hombro el maletín y aceptaba que su destino, al menos en esa tarde, al menos en su primer día en la isla, era irse a la literal punta del cerro.

—¿Cuánto tiempo era que no venía? —nos volvimos a preguntar esa noche en la taberna.

Pero la verdad es que nosotros tampoco teníamos respuestas, y las ganas de hablar las habíamos perdido hace mucho tiempo. Se estaba mejor así, escuchando llover, levantando las cejas de vez en cuando, preguntándonos cada tanto si las imágenes de nuestros recuerdos también necesitaban algunos ajustes, y olvidándonos del tema a la segunda caña.

Al final, tampoco había sido para tanto.

Ya se iba, ya se nos iba el verano cuando lo vimos llegar. Los últimos días habían estado nublados y este también. El aire tibio, el mar revuelto, el movimiento de los pájaros, el tañido de la campana hundida: la isla se daba maña para anunciarnos la lluvia y también una visita.

Jerónimo Garcés era la visita.

La lluvia, bueno.

La lluvia era la lluvia.

Pasaron dos días, puede que tres. Cuando lo volvimos a ver tenía los zapatos y los pantalones llenos de barro seco, salpicada la chaqueta con hojitas rebeldes del boldo y el laurel. Venía tan lleno de bosque que ya no parecía que fuera a reunirse con el alcalde. La barba de tres días, poquito blanca, poquito gris, le quedaba pintosa. Pero no se veía relajado. Ignorábamos aún que el encuentro con su mellizo no había resultado nada bien, aunque ciertamente podíamos sospecharlo.

Había bajado al pueblo apenas volvió el tiempo bueno, con la intención de averiguar dónde había algún cajero automático. Los que estábamos por ahí nos reímos. Después preguntó por el piloto. Le explicamos que con Mike nunca se sabía.

—¿Ya se quiere volver?

Negó con la cabeza.

—No todavía, pero me pone nervioso que se olvide de venir a buscarme.

Después preguntó, mostrando un celular grandote, si sabíamos dónde agarraba la señal. Nos reímos de nuevo. Alguien le palmoteó el hombro: nuestra forma de dar la bienvenida.

—Un consejo, don Jerónimo.

Abrió los ojos, sorprendido.

—¿Saben mi nombre?

—Usted no es el hermano de don Julián?

—Sí, sí. Claro.

—El escritor.

—¿Saben que soy escritor?

—Pero si hasta hay un libro suyo en la biblioteca.

—¿Hay una biblioteca? (Parecía sorprenderse de todo, el hombre).

—Biblioteca sí, aunque chiquitita. Cajero, señal, bibliotecario: esas cosas no.

—Vale. Vale. ¿Y el consejo?

—¿Qué consejo?

—Me iban a dar un consejo.

—Ah, sí. El consejo es que no acepte consejos de nadie.

Se quedó en silencio un segundo. Después preguntó:

—¿Están de coña?

—¿Qué?

—Pregunto si me están hueveando.

—¡Ah! Sí, lo estamos hueveando. ¿Qué significa "de coña"?

—Lo mismo, pero en español.

—¿Y en qué idioma estamos hablando?

—Español de España, quiero decir.

—¿Usted vive en España?

—Sí. Bueno, en Cataluña.

—¿Y en Cataluña hablan español?

—No, catalán.

Nos quedamos en silencio, a ver si alguno había entendido.

—Parece que nos perdimos, don Jerónimo.

—Da igual. ¿Y el consejo?

—Cierto, el consejo. El consejo es que no le pida a la isla lo que la isla no le puede dar. Se va a amargar las vacaciones.

Se quedó pensando. Luego asintió.

—Lo tomo. Igual tampoco he venido de vacaciones.

—Y a qué vino?

Don Jerónimo botó un suspiro largo. La isla se movió un poco, atenta.

—Supongo que a visitar a mi hermano.

—Ah, eso sí sabíamos.

—Que venía una visita a la isla.

—¿Y cómo sabían?

Nos miramos otra vez. Luego hablamos todos al mismo tiempo:

—Es que el mar, es que los pájaros, es que escuchamos la campana hundida.

Él nos miró como si fuéramos extraterrestres.

—Pásese alguna tarde a la taberna a tomar una caña, don Jerónimo —agregamos, para salvar el silencio y porque lo estábamos empezando a pasar bien con él.

Asintió varias veces, lentamente, como si estuviera calibrando la invitación y se inclinara por aceptarla, aunque el gesto también podía llevar a pensar que no quería ofendernos negándose a rajatabla y por eso elegía esa especie de limbo, ese asentir silencioso que no era ni chicha ni limonada, que solo transmitía que nos había escuchado y listo.

Pero nosotros ya habíamos dicho lo que nos parecía bien decir, y acá en la isla nadie hace una invitación dos veces porque para qué.

Apareció en la taberna al día siguiente. Estaba hecho un desastre. Descendió con cuidado por la escalerilla, sospechando tal vez que los tablones se iban a quebrar bajo su peso. Cuando llegó abajo le hicimos una seña con la mano. Don Jerónimo se vino a sentar echando miradas curiosas a los viejos timones, las sogas, los banderines de colores, la escafandra oxidada, los ventanucos de estribor y de babor.

—¿Qué le parece nuestra taberna, don Jerónimo?

—Recuerdo bien este barco. Llegó con el tsunami. Claro que por entonces no era taberna. Creo que le teníamos miedo. Pensábamos que estaba maldito.

—¿Pero le gusta ahora?

—Es especial. ¿A quién se le ocurrió convertirlo en taberna?

—A su hermano.

—Claro. Por supuesto.

—Sírvase una cañita, pues.

—No tengo pasta. ¿Cómo puede ser que ahora la isla tenga aeródromo, avionetas y hoteles, pero ningún cajero?

—Bueno, bueno. Vamos viendo. Avionetas es ponerle mucho. Está la de Mike, que vive en el continente, y a veces las de los milicos. Hotel hay solo uno, aunque ya casi no vienen turistas.

—Hombre, ya me lo imagino, con lo difícil que es quedar con el gringo para que te traiga.

—Pero no es solo por eso. El hotel funcionó dos años con hartos turistas. Había más vuelos, también.

—¿Y qué pasó?

—El mar, pasó. Por arriba de la isla. Igual que cuando usted era niño. ¿No supo nada? Ahora el tsunami no fue tan tremendo como el anterior, pero igual el agua casi llegó hasta la casona de su familia. Se lo llevó todo. Hubo que hacer el aeródromo de nuevo.

—Murió gente?

—Cuatro personas en total. Los que no alcanzaron a llegar a La Punta. La isla no pudo hacer nada por ellos.

—Pero de eso harán ya algunos años, ¿no?

—Sí, pero a los turistas no se les quitó el miedo. Bah, mejor que no vengan. No sabían llevarse la basura.

—O sea que cada cincuenta años, paf, la ola.

—Así nomás. Menos mal que tenemos el cerro.

—¿Y no les da miedo que la taberna esté tan cerca del mar?

—Al contrario, pues, ¿no ve que es un barco?

Don Jerónimo arqueó las cejas, como si no creyera posible que fuéramos capaces de timonear la taberna por el mar llegado el momento. Pero se equivocaba. Conocemos bien nuestro mar y mucho mejor nuestra taberna. Ya tenemos designados los puestos de mando y todo. Tal vez hasta ansiamos un poco que llegue el día en que la taberna vuelva a ser un barco navegante, porque así podremos mirar la isla a lo lejos y recordarla con vieja nostalgia marinera, sintiendo que tenemos en el mundo un lugar que nos espera.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo don Jerónimo—. ¿Cómo sobrevive el hotel si no vienen los turistas?

—Cuando llega uno la Gaby lo estruja hasta dejarlo seco. Igual como hace Mike.

—A mí el gringo ese me hizo esperar tres días para traerme y no me quiso decir cuándo me podía venir a buscar, pero sí que me exigió que le dejara pagado el regreso. Por eso me quedé sin pasta. ¿Cómo puede ser tan caro el viaje?

—¿Cuánto le cobró?

Don Jerónimo nos dijo el monto. Miramos con atención los vasos sin atrevernos a hablar.

—Bueno, lo invitamos a esta.

La Martita trajo un vaso para nuestro invitado y otro botellón. Se sirvió él mismo y se mandó el vaso al seco.

—En España le dicen caña a la cerveza, no al cortito de vino —comentó secándose la boca con la mano.

—Ah. Cerveza no tenemos.

—Da igual.

Se sirvió otro vasito, aunque ahora no se lo tomó al seco.

—Así que no hay cajero automático.

—Así nomás.

—Banco ni hablar...

Soltamos una risotada. Don Jerónimo sonrió. Luego se amargó de nuevo.

—Qué más da, ni siquiera sé si tengo dinero en la cuenta.

—Ah, o sea que el problema no es el cajero.

—El problema es que no me pagan. En realidad, ese es el jodido problema.

—¿Quién no le paga, don Jerónimo?

Jugó con el vaso un ratito, como buscando las palabras. Al final las encontró.

—Mis editores. Que la cosa está complicada, que ya no es como antes, que si no mando un adelanto del reportaje no me pueden dar un anticipo. Yo qué sé. Encima me echan en cara que me pagaron el billete de avión. Hombre, ahora resulta que tengo que dar las gracias por hacer mi trabajo.

—¿Lo mandaron a escribir sobre la isla?

—Qué va, qué va, si a esta isla no la conoce ni Dios. No, me enviaron a reportear sobre lo que está pasando en el país. ¿A ustedes qué les parece lo que está pasando en el país?

Nos miramos de reojo.

—Es que a nosotros el país no nos importa mucho, don Jerónimo.

—¿Por qué?

—Porque nosotros no le importamos mucho al país.

Se quedó en silencio, masticando nuestra respuesta. Luego sacó una libreta del bolsillo y anotó algo.

—¿Le gustó lo que dijimos?

—Qué?

—¿Anotó lo que dijimos para su reportaje?

—Ah, sí.

—Entonces le gustó.

—Es que no se trata de si me gusta o no —dijo rascándose la cabeza —. Se trata de si eso que ustedes dicen puede hablar de algo más, si da una idea amplia sobre el tema.

—¿Qué tema?

—Lo que pasa en el país, ¿no?

—Pero si le acabamos de decir que no nos importa.

—Y eso de todas formas dice algo. Que no les importe, me refiero. Por eso es bueno.

—Ah, entonces sí le gustó.

—No, no. Creo que no me entienden.

—No, sí lo entendemos. Pero hemos dicho muchas cosas y usted no las ha anotado, en cambio esta cuestión sí. Eso es porque le gustó.

Iba a replicar algo más, pero en vez de eso se quedó en silencio y pensando.

—A lo mejor llevan razón.

Sonreímos satisfechos.

—Igual ya no creo que haga ese reportaje —siguió el viejo.

—¿Y eso por qué?

—La respuesta fácil es que hasta que no me paguen un anticipo, no lo voy a terminar.

—¿Y la respuesta difícil?

—Que ya...

En ese momento se atragantó con las palabras y nos pusimos alerta, como cuando se advierte que alguien se va a largar a llorar y hay que pensar rápido en la mejor reacción, la más adecuada, la menos molesta, la más comprensiva: esas buenas intenciones que al final no sirven para nada. Para salir del paso elegimos pensar que solamente era el vino, que le estaba raspando la garganta, y lo seguimos mirando a la espera de que terminara la idea.

—¿Que ya qué, don Jerónimo?

—Pues... que a lo mejor ya no tengo nada más que decir. Nada más que decir.

Sus palabras nos calaron en lo más hondo: eran palabras que tenían la misma forma de nuestra herida, ese tajo callado que nos dejó la muerte de la Milena y que no sabe cicatrizar Fue como si se instalaran ahí, precisas como la última pieza de un puzle, y el ardor fue tan fuerte que nos obligamos a toser para no llorar. Al final elegimos pensar que nomás era el vino, que ya nos estaba raspando las gargantas.

Cuando nos repusimos del todo, intentamos animar al viejo.

—Usted ha viajado por todo el mundo, ¿no? Seguro que tiene muchas cosas que contar.

Él sonrió con tristeza.

—Sí. Pero, por desgracia, tener algo que contar no es lo mismo que tener algo que decir.

La taberna fue un regalo del mar. No sabemos a quién se la pidió prestada. Seguramente vino de algún puerto lejano, cuando todavía no era taberna sino un barco amarrado en alguna parte, meciéndose a la espera de aventuras. Alcanzó la isla hace mucho tiempo, cuando don Jerónimo y don Julián eran apenas unos niños, aquel día en que explotó la tierra y el mar lo cubrió todo, igual como ocurrió hace una década, igual como pasará cada vez que la culebra de las aguas y la culebra de la tierra se acuerden de su guerra eterna.

Pero esa vez, se dice, fue realmente tremendo. Las olas se hicieron tan grandes que trajeron cosas del continente: remos, redes, botes, timones, techos, cacerolas, muñecas de trapo, perros, ovejas y algunos cuerpos también. Desde arriba, en La Punta, donde se habían refugiado aterrados nuestros padres y abuelos, pudo verse entre tanta sorpresa a este barco fantasma varar en la playa, enterrando la quilla en la arena y haciendo saltar las piedras, con la popa hacia la tierra y la proa mirando al mar, listo para zarpar de nuevo.

Al día siguiente el mar renunció a tragarse la isla y se quedó mansito, como si toda esa tole tole no hubiese sido más que una broma. Los niños se pasaron años encontrando cosas tiradas en la tierra, que se intercambiaban como pequeños tesoros del más allá.

A nadie se le ocurrió utilizar el barco para salir a navegar: bote varado, bote maldito, dijeron los pescadores, y ahí nomás quedó la embarcación rumeando su olvido, hasta que, pasados algunos años, los niños pensaron que sería un excelente lugar de juegos y la hicieron suya, sin saber que luego sería el escondite de los amantes y mucho después, nuestra taberna.

La humedad le ha carcomido la madera muchas veces y casi se nos manda a cambiar para el último tsunami. De hecho, hubo que ir a buscarla mar adentro apenas las olas dieron tregua, porque no existe otra taberna como esta y no queremos perderla por nada del

mundo. El viento la zarandea y cruje todo el tiempo; las sillas son duras y cuesta que los vasos no queden ladeados sobre la superficie tan irregular de las mesas, lo que provoca desastres y exaspera a los turistas. A cambio, se puede estar en la cubierta en el verano, y abajo, en las bodegas, donde estamos casi siempre, nos olvidamos de todo, nos sentimos como dentro del mar, en un viaje redondo que siempre llega al mismo puerto.

—Al final, toda taberna es un barco a punto de zarpar o un barco encallado en una isla —decía don Julián, que fue quien convenció a la Martita de convertir esta nave olvidada en una taberna con todas las de la ley. El luto por su marido, el querido don Ulises, se estaba alargando demasiado, y don Julián no soportaba verla tan triste. Por eso la rescató con la idea de convertir el barco en taberna. Ahí jugaban cuando eran niños y ahí hasta se habrán dado algunos besos a los quince años, entre las algas, los cangrejos y las lapas aferradas con rabia a sus maderos y al mástil quebrado por la mitad, en cuya punta rota ondea ahora una banderita de la Coca-Cola (aunque solo hubo Coca-Cola para la inauguración, después ya no volvió a llegar).

Don Jerónimo empezó a venir seguido, porque acá le convidábamos vino y tal vez porque le gustaba conversar con nosotros. Siempre elegía sentarse en la proa, donde está la ventana redonda que tiene vista al mar. Parecía un capitán jubilado.

—¿Ustedes conocieron a la Milena? —quiso saber don Jerónimo una de esas tardes. Llevaba callado mucho rato, mirando nomás las olas por la ventanita, con un silencio tan espeso que ya nos habíamos dado cuenta de que cuando hablara iba a decir algo importante. Igual, hace varios días que nos veníamos preguntando cuándo saldría el tema de la Milena, así que estábamos preparados para responder sin que nos temblara la voz.

—Claro, sí, la Milenita, era un amor.

Jerónimo Garcés se puso las manos en la cara.

—Julián no me avisó, no me dijo nada.

—¿Y cómo le iba a avisar?

—No sé, por carta.

—¡Ah! ¿Se mandaban cartas?

—En realidad no.

—¿Nunca?

—A ver, una sola vez, pero hace casi medio siglo.

—Ah, entonces él tenía su dirección.

—No, no. Yo he vivido en muchas partes.

—Pero usted sí que podía escribirle a don Julián.

—Bueno, sí.

—Pero usted no le dio su dirección nueva cuando se cambió.

—Hombre, pues no.

—¿Y entonces cómo le iba a mandar una carta para avisarle lo de la Milenita?

Se quedó en silencio, como un cabro chico pillado en falta.

Después murmuró, bajito:

—Así y todo...

Se sirvió otra caña y se la mandó al seco. Definitivamente parecía un capitán jubilado.

—¿Y cómo van las cosas con don Julián allá en La Punta? —preguntamos para cambiar el tema, porque no siempre se está preparado para hablar de cualquier cosa en cualquier momento y nos empezábamos a poner nerviosos.

—Ahí vamos. Le doy una mano con el huerto. Lo veo triste. Se encierra en la leñera a hacer no sé qué. En las noches encendemos una hoguera y tratamos de hablar.

—¿Y de qué hablan?

—De la vida. Esas cosas.

—¿Y dice algo de la campana hundida?

Nos miró incrédulo.

—Joder, no me digan que sigue con lo de la campana española.

—Pregúntele a él, mejor.

—Es que no me lo puedo creer.

—Pregúntele y así tienen tema.

—Ya veré.

Después de un rato quiso saber si alguien le prestaría un caballo para ir y venir de La Punta. Se veía agotado y sus zapatos empezaban a dar pena. Queríamos ayudarlo, pero a nadie le sobraba un caballo.

—Lo sentimos, don Jerónimo.

—Voy a partir entonces, para no subir oscuro otra vez.

—Lo acompaño hasta el sendero —le dijo Fernández—. Mi casa está al lado.

Subieron por la escalerilla, salieron a cubierta y volvieron a bajar para abandonar el barco. Era tarde, pero el sol todavía no terminaba de esconderse.

Cuando nos quedamos solos, la Martita trajo otro botellón y se sentó con nosotros. Apoyó los brazos cruzados sobre la mesa y bebió así, en diagonal, mirando por el ventanuco de estribor, desde el que podía distinguir a don Jerónimo caminando a paso lento junto a Fernández.

—Un hombre triste —sentenció la Martita después de un rato.

No supimos más de don Jerónimo en varios días. Las noticias que llegaban por radio desde el continente eran cada vez más tremendas y queríamos hacerle algunas preguntas sobre China y sobre Europa, pero no se aparecía por el pueblo. Estaba claro que la pura idea de bajar y subir otra vez el cerro lo dejaba sin aire.

Don Julián, en cambio, podía subir a La Punta al trote. Solo que ya no subía nunca, porque tampoco bajaba. O muy de vez en cuando: si se le acababa el vino, por ejemplo, pero eso pasaba cada dos o tres meses.

—Es que no tengo con quién dejar las cosas —nos decía cuando le preguntábamos por qué no venía a vernos, por qué no se aparecía por la taberna, por qué estaba dejando que el musgo y las termitas se comieran la casona de su familia. Sabía que nosotros sabíamos que no tenía nada arriba, en La Punta, aparte de los perros y la leñera donde nos prohibía husmear. ¿Y a quién dejo a cargo de las cosas?, preguntaba. Pero no lo decía como antes, cuando se celebraba solo esas salidas que tenía a veces. Ahora se enojaba cuando le preguntábamos. Y entonces un día ya no le preguntamos más. Y lo dejamos de ir a ver a La Punta, porque su compañía ya no era la de antes. Cada vez se parecía más a su sombra, o a la sombra de su sombra. Éramos testigos de la desaparición de un hombre y no había nada más que hacer que mirar o no mirar. Por eso preferíamos recordar. Elegíamos la memoria, como el mismo don Julián nos había enseñado a hacer con los que el mar se llevaba y no devolvía a la isla.

Era mejor, pues, recordarlo en sus mejores tiempos, cuando llevaba la hacienda con la Milenita y ya iban quedando vivos los últimos hermanos Garcés: la tía Dora, la tía Panchita y don Guillermo, que, aunque era más joven que sus hermanas, había perdido completamente la memoria y se la pasaba encerrado en su pieza llamando a gritos a su mamá. Pero las otras dos tías estaban más

hacendosas que nunca y les encantaba que se volvieran a dar fiestas en la casona.

—Hay que aprovechar que ya se murieron todos y el tonto de Guillermo no se acuerda de nada —se reían las tías, y le soplaban a don Julián las excusas más variopintas para hacer fiesta.

Entonces don Julián se paseaba por el pueblo y dejaba caer alguna invitación para el que la quisiera tomar. Decía, por ejemplo, que al otro día era Santa Dora y que la tía se ponía con un asado de cordero si le cantábamos las mañanitas a grito pelado, o que un día como ese se había casado doña Laurita y que había ánimos de celebrar con unas buenas pantrucas su temprana y feliz viudez, que nos fuéramos nomás, o si no medio que inventaba que la cosecha de papas había sido generosa y que todos estábamos invitados a probarlas el domingo, que capaz que hasta le poníamos al lado un trocito de chancho al horno para acompañar, y nunca dejaba pasar la oportunidad de celebrar la Noche de San Juan: traigan lo que quieran olvidar para echarlo al fuego, decía, y lo que quieran comer para echarlo a las brasas.

A nadie se le ocurría rechazar esas invitaciones. La casona de los Garcés era el mejor lugar de toda la isla. Además de espaciosa era fresca, porque sus muros de adobe fueron levantados un mes de abril y el otoño quedó encerrado para siempre. En la cocina, tan grande que los niños jugaban a la chola entre los mesones y las ollas, siempre estaban las tías afanando y echando chismes: la verdadera radio de la isla. Llegábamos temprano para pasar a saludarlas, probar antes que el resto lo que fue- ra que estuvieran cocinando y ponernos al día de los amores secretos, las peleas subterráneas, los olvidos infructuosos. Si las veíamos concentradas o silenciosas, rumiando sus propias venganzas, elegíamos ir a perdernos por los pasillos de la casona, un laberinto donde siempre se encontraban nuevos tesoros del mar que los buzos le traían de regalo a don Julián a cambio de alguna buena historia. Afuera, el patio parecía no tener fin, porque corría cerro arriba, preparando el

bosque. Todo era sombra y viento suave, y la casona erguida y digna un poco más allá, resistiendo año a año los temblores de la tierra.

En esas tardes alegres, cobijados por la sombra de los árboles o arrumados en torno al fogón, don Julián nos entusiasmaba con la idea de encontrar la campana española.

—Una tonelada de oro, tal vez más que una tonelada. Si la encontramos y la sacamos del agua nos hacemos ricos, y con esa plata compramos una avioneta y nadie depende más del gringo —decía, y las tías bufaban, y la Milena reía, y nosotros asentíamos contentos y organizábamos expediciones que olvidábamos a la mañana siguiente.

Y cuando ya caía la noche, la Milena preparaba unos mates porque se ponía nostálgica y recordaba su Argentina natal, y también a sus tíos y abuelos que según ella cantaban como los dioses, y aunque siempre dejaba en claro que ella no había heredado ese talento, igual sacaba su guitarra y se ponía a cantar:

Y si sentís tristeza

cuando mires para atrás,

no te olvides que el camino

es pal que viene y pal que va.

Y la que más nos gustaba, esa canción que se trajo de contrabando de uno de sus viajes a Argentina:

Cantando al sol como la cigarra

después de un año bajo la tierra,

igual que sobreviviente

que vuelve de la guerra.

Decía "cigasha", "tiesha", "guesha". Cantábamos imitándola y ella se reía. Nosotros solo nos habíamos aprendido el coro. Lo repetíamos cinco, seis veces, cada vez más fuerte, seguros de que nos podían escuchar desde el continente y que envidiaban nuestra alegría oculta los barcos que miraban la isla desde lejos.

Después la Milena nos daba las buenas noches a todos y nos recomendaba abrigarnos un poco. Era tan flaquita que siempre tenía frío. Don Julián la seguía con la mirada hasta que ella entraba a la casona y se perdía entre sus techos altos y sus siete habitaciones, observada por los severos retratos de los viejos hermanos Garcés que estaban repartidos por los muebles de los pasillos, entre los que ahora puede encontrarse una foto de la propia Milena. Es la única que hay de ella. Por lo que sabemos, se la tomó en Buenos Aires.

En la foto la Milenita tiene unos veinte años, tal vez un poco menos. Está de pie y con las manos atrás, como si escondiera algo. Los labios apretados en una sonrisa culpable refuerzan la idea de que hay un secreto. Atrás suyo, una tienda, alguien borroso que pasa, también un señor con sombrero que mira hacia otra parte, apoyado en un ventanal que deja ver un escaparate lleno de libros. Da la sensación de que Milena viene saliendo recién de ese lugar y el fotógrafo la pilla de sorpresa, y por eso ella tiene que esconder atrás de la espalda lo que sea que lleva en las manos. Es una foto muy bonita. La vimos una vez que entramos a la casona a curiosear. Pensamos en llevársela a don Julián a La Punta o al menos ponerla bajo la cruz de la Milena, bien enmarcada para protegerla de la lluvia. Al final dejamos todo tal cual e intentamos cerrar la puerta con cuidado. Pero no pudimos, porque la habíamos forzado un

poquito para poder entrar y sin querer la descuadramos. Desde entonces quedó medio abierta y la casa se hizo hogar de los bichitos de la isla, y también de una zorra y sus cachorros, según nos contó la hija de don Hugo.

La misma mañana en que pusimos la cruz de la Milena, don Julián empezó a trabajar en su nueva casa. No sabemos por qué eligió La Punta: todavía era dueño de todo el terreno desde la casona hasta arriba del cerro. Podría haber elegido algo más cerca. Ni siquiera tenía que discutirlo con las tías, que a esa altura ya descansaban bajo tierra.

Pero no. Se fue lo más lejos posible. De nosotros, del mar, del cementerio nuevo. Se llevó sus animales, trasladó el huerto, echó arriba de la yegua platos, vasos y ollas y remontó una y otra vez el cerro bajo la lluvia. No le pidió ayuda a nadie ni la aceptó cuando se la ofrecimos. El resto de las cosas las abandonó en la casona: las camas, las sillas, los armarios, los espejos, las fotos, la vieja guitarra de la Milenita.

Nadie se ha llevado nada, naturalmente.

Una mañana de esas, la Andrea y el Indio Gacitúa se encontraron a don Jerónimo en la playa, contemplando el mar de brazos cruzados. Estaba descalzo, con la camisa y los pantalones arremangados. Ya había renunciado a afeitarse. Cada tanto caminaba hacia la izquierda, luego un poco a la derecha, después se centraba de nuevo y suspiraba hondo. Miraba el cielo intentando distinguir al fin la avioneta del gringo, que ya tenía varios días de retraso. Cuando se aburría, tomaba la cámara y miraba por el lente, aunque casi nunca tomaba fotos. Era como si le gustara más la isla cuando la veía a través de su cámara.

La Andrea y el Indio le dieron los buenos días, mientras iban echando choritos y almejas en los canastos. Él saludó de vuelta, distraído. Ellos siguieron caminando por la playa hasta que llegaron al faro y se dieron la vuelta. Al regresar, encontraron a don Jerónimo sentado en las rocas. Subieron con los canastos y se sentaron al lado de él.

—¿No le molesta?

—No, no.

Corría un vientecito agradable y estaban cansados, así que se quedaron un buen rato en silencio. La Andrea tomó un chorito del canasto, le estrujó un limón encima y se lo pasó a don Jerónimo.

—¿Y cómo está don Julián?

—Bien, supongo. Habla muy poco.

—¿No cuenta historias?

—¿Julián contaba historias?

—Pss, el mejor narrador que ha parido esta isla. Y eso que no nos estamos olvidando de la señora Francisca.

—Ah, la tía Panchita, sí. Madre mía.

—¿Usted también cuenta historias?

—No, yo escribo.

—Será parecido.

—Tiene algo de eso, pero no es lo mismo.

—Sabe que don Julián podía estar horas contando historias. No nos aburríamos nunca. La verdad es que lo echamos mucho de menos.

—No me lo puedo creer.

—¿Que lo echemos de menos?

—No, que les contase historias. Siempre fue más callado.

—¿Y usted era más dicharachero?

—En verdad los dos éramos un poco callados. Los tíos no dejaban que habláramos en la mesa, ni los niños ni las mujeres. Entonces nos acostumbramos a andar en silencio.

Les llegaba la brisa del mar, pero no se querían mover de las rocas. Estaban bien ahí, los tres.

—Cuéntese algo, don Jerónimo.

—¿Qué les puedo contar? No me sé cuentos. Yo escribo. Escribo sobre la realidad, hago reportajes. La próxima vez les puedo traer un libro de regalo.

—Ah, ¿va a volver?

(Eso no lo contestó).

—Oiga, y el libro suyo que está en la biblioteca, ¿de qué se trata?

—No sé cuál es, pero sospecho que es el primero. Esos sí que son cuentos. Los únicos que escribí.

—Ah, ve que sabe cuentos. Cuéntese uno. Uno del libro. El que más le guste.

Don Jerónimo sonrió, como si le enterneciera recordar su propio libro de hace tanto tiempo, de cuando todavía llevaba a la isla adentro.

—No me acuerdo mucho de ese libro. La historia que más me gusta es la primera, tal vez la única que vale la pena. Se trata de un muchacho que vive en una isla y se encuentra con un puma.

—¡Ah, esa sí la conocemos! Pero no es un muchacho, pues. Es un niño chico, que tiene que ir a buscar al curandero porque la abuela se está muriendo. El curandero vive en medio del bosque, no es cosa de llegar nomás para allá, pero el cabro chico va igual. En medio del camino, entre los árboles, le sale al encuentro un puma. Uno fiero, ¿no?, que no lo quiere dejar pasar. Entonces el niño tiene que enfrentarse al puma a mano pelada, porque si no, no puede pasar nomás. Es un puma chiquitito, pero el cabro también es chiquitito. Pelean como dos bestias, el puma le raja el pecho. Al final vence el niño y logra llegar donde el curandero y avisarle. Pero al volver, la abuela ya ha muerto. Del puma nunca más se sabe nada, aunque la cicatriz queda para siempre en el pecho del niño. Ahí parece que termina la historia.

Jerónimo Garcés los miró impresionado.

—¿Leyeron el libro?

—¿Qué libro?

—Mi libro, el de cuentos. ¿De qué coño estamos hablando?

—Ah no, disculpe. Es que no le hacemos mucho a la lectura.

—¿Pero entonces cómo conocen la historia del puma?

—Eso es algo que contaba don Julián, lo que le pasó cuando era niño y la señora Laurita agonizaba. ¡Cuántas veces la habremos escuchado! Nosotros la contamos así a la rápida porque no tenemos talento, pero don Julián se tardaba una garrafa entera en relatar la pelea. La iba contando zarpazo a zarpazo, uno llegaba a sentirle hasta el olor al gato. Siempre que lo escuchamos pensamos que ahora sí que va a ganar el puma, pero no, por suerte vuelve a ganar el niño. Aunque la abuela se muere igual. Esas cosas no cambian, ¿no?

La Andrea y el Indio dicen que don Jerónimo se quedó callado mucho rato, pero mucho, mucho rato, mientras el mar se iba picando y el viento se entibiaba otra vez, hasta que el viejo, todavía sin decir palabra, se calzó de nuevo, tomó con cuidado la cámara y se puso de pie. Luego se despidió de los dos, bajó con cuidado de las rocas y emprendió el camino hacia La Punta.

Ellos se quedaron un rato más mirando el mar, sin atreverse a romper el silencio.

—Parece que la cagamos —nos dirían más tarde en la taberna.

Y parece que sí, porque al día siguiente la señora Nancy vio a don Jerónimo afuera de la caseta del aeródromo, con su maleta, su maletín y su cámara de fotos, sentado en los escalones como un niño perdido. Tenía el pómulo derecho todo amoratado.

La señora Nancy le hizo señas desde el camino y movió el dedo índice de izquierda a derecha, ayudándose con la cabeza, que repetía el movimiento del dedo, toda una coreografía que la vecina repitió para nosotros, para que entendiéramos bien lo que había pasado.

Don Jerónimo no se levantó, pero recogió los brazos, mostró las palmas y estiró un poco el cuello hacia adelante: que no le entendía. Ella dejó el saco de papas en el suelo y mantuvo el movimiento del dedo mientras la otra mano se curvaba y hacía una parábola en el aire, un pequeño viajecito: sumando los dos movimientos, nos explicaría luego la señora Nancy, se llegaba a la negación de un viajecito. Entonces don Jerónimo optó por levantarse, caminó hasta donde estaba ella, la saludó con una cortesía medio impaciente, según nos dijo la señora Nancy, y finalmente le preguntó si ese día vendría alguna avioneta.

—Eso le estaba tratando de decir, pues. No están llegando más las avionetas.

—¿Por qué?

—Para que no nos llegue el bicho a la isla.

—¿Cómo? ¿Ya llegó el bicho?

—Al continente llegó. Hace una semana y media. ¿No sabía?

—Allá arriba no me entero de nada.

—¿Don Julián no tiene radio?

—Qué va a tener radio. Pero ayer bajé a la playa y nadie me habló del bicho.

—Bueno, pero no se preocupe, que si no vienen avionetas es justo para que el bicho no llegue a la isla.

—El bicho me da igual, pero necesito irme, hoy mismo si es posible.

—¿Algún problema con don Julián?

—Eso es asunto mío.

—Es que se le ve feo ese moretón. Debería ponerse un trocito de carne cruda. Oiga, no me va a decir que se pelearon.

—He dicho que es asunto mío. Lo único que quiero es irme al continente.

—Ah, chuta. Bueno, pero como le digo va a estar difícil que se vaya si no vienen avionetas.

—¿Y en bote?

La señora Nancy se rio.

—Avíseme si convence a un botero. Le tienen terror.

—¿Al mar?

—No, pues, al mar no. Al bicho.

Don Jerónimo pasó dos noches en el hotel de la Gabriela, pero sospechamos que definitivamente no tenía más plata porque después lo tuvimos que alojar nosotros, un día en cada casa. Se conformaba con lo que pudiéramos ofrecerle: un colchón en el trastero, el infaltable sofá con su buena frazada, la camita de un hijo que ahora se cree grande y vive en el continente. Don Jerónimo no se quejaba y eso nos parecía bien. Todos los días se ponía una cremita de matico en el pómulo hinchado, hasta que ya no quedaron rastros del moretón. Pero cuando le preguntábamos si se había peleado con don Julián cambiaba el tema. Lo único que le interesaba era saber si el asunto del bicho ya había pasado. No sabíamos cómo decirle que, según la radio, la cosa estaba cada vez peor en todo el mundo.

A nosotros no nos importaba demasiado, al menos en esos primeros días. Al final la vida es igual con bicho o sin bicho. En la isla tenemos agua, huertas, animales, de todo menos cigarros, jabón, champú y esas cosas que nos trae el barco que llega una vez al mes y que no sabíamos si vendría ahora, con el cuento del bicho. Pero don Jerónimo se desesperaba porque a él le hacían falta esas cosas y se empezó a poner tan silencioso como su hermano perdido en La Punta. Se iba a hablar con los pescadores y regresaba enfurruñado. Preguntaba una y otra vez dónde había señal, como si la primera vez le hubiéramos mentido. Caminaba una hora hasta el hotel, ante la desesperación de la Gaby que ya no sabía cómo decirle que no llegaba el tresgé ni el cuatrogé ni ninguna de esas cuestiones a la isla.

Nos daba una pena. Para animarlo un poco, se nos ocurrió abrirle la biblioteca, esa casita mínima que hizo el gobierno como parte de la reconstrucción post maremoto, y que, aparte del arreglo del aeródromo, fue lo único que hicieron a las finales. Pero la biblioteca estaba con candado y la profe Luisa, que era la encargada, no recordaba dónde había dejado las llaves. Así que rompimos una ventana y el polvo nos hizo estornudar. Don Jerónimo se entretuvo

(o se aburrió, quién sabe) ordenando los libros, cuando ya había renunciado a seguir pegándose el pique inútil al hotel.

—Este les va a gustar —nos decía en las tardes, mientras dejaba caer un libro polvoriento sobre la mesa de la taberna. Como nosotros mirábamos el libro de lejos, desconfiados, él se ponía a contar de qué se trataba. Esa parte nos gustaba. Nos gustaba escucharlo hablar, porque, aunque tartamudeaba un poquito, sabía un montón de cosas y había visto medio mundo y se había leído todos los libros. Entonces le servíamos más vino y le preguntábamos cómo era el desierto, la jungla, Japón, los mercados de los árabes, las pirámides, la torre Eiffel, los canguros y las otras islas del planeta, mientras los libros descansaban sobre la mesa, sosteniendo silenciosos las historias de don Jerónimo, bañándose poco a poco sus hojas amarillentas en los arroyitos de tinto que cruzaban las mesas de nuestra taberna.

—¿Y ustedes no salen de la isla?

—Pocazo. No tenemos para qué.

—¿Y Julián?

—Don Julián no ha salido nunca.

Al poco tiempo decidimos ir a hablar con don Julián. Primero, porque de verdad que lo echábamos de menos; segundo, para explicarle que no podíamos tener a su hermano pasando de casa en casa: ya iba siendo hora de que arreglaran sus problemas. Y tercero, porque nos mataba la duda de quién le había pegado primero a quién. Así que algunos de nosotros partimos a La Punta en secreto, mientras otros nos quedamos abajo con don Jerónimo.

A caballo se tarda cuarenta minutos en llegar a La Punta. Hay que dar la vuelta por el camino del faro, porque el sendero que serpentea desde la casona de los Garcés es muy estrecho y no pasan las bestias. A pie sí que conviene subir por ahí: aunque uno se arañe entre maleza, lingues y arrayanes, aunque se tropiece en el barro, se demora la mitad que por el otro lado. Por eso don Jerónimo elegía ese sendero. Por eso y porque, tal vez, ignoraba que existía un camino por el faro.

Lo imaginamos subiendo el primer día, con su maleta con ruedas y sus zapatos elegantes, rabiando a cada paso con su joder, joder, joder, bajo las primeras gotas de lluvia. Cuando llegó al claro que anuncia La Punta, se encontró con la casita de don Julián: un armazón desnivelado y maltrecho, aunque sin duda admirable si se tiene en cuenta que el viejo lo levantó solo.

Atrás de la casa, medio oculta por los árboles, está la leñera donde don Julián se encierra todas las tardes. Algunos dicen que lo hace para recordar tranquilo a la Milena, que hasta un altarcito le tiene, pero la verdad es que el viejo se ha escondido ahí más o menos desde la época en que su hermano se fue de la isla, es decir, mucho antes de la Milena y todo lo que vino después. Otros dicen que no, que en realidad se encierra a tejer, porque mucho se le ha visto esquilando por su cuenta y preguntando como quien no quiere la cosa por ciertos frutitos de colores que antes se ocupaban para teñir la lana, y que ahí estaría la prueba de que eso es lo que hace en la leñera, tejer sin descanso, y hasta insisten las lenguas ponzoñosas

que si se encierra es porque sus tíos lo habían convencido, de niño, que esas eran cosas de mujeres. Pero lo cierto es que jamás se ha sabido de un chaleco o un poncho, ni siquiera un calcetín huacho, que haya hecho el viejo don Julián, así que tampoco hay que hacer mucho caso a las habladurías de la gente.

La primera vez que vinimos a ver su nueva casa en La Punta, el viejo señaló la vieja leñera, que ya estaba ahí desde los tiempos de don Augusto Garcés, y nos hizo prometer que no entraríamos nunca. No lo íbamos a hacer, porque nada se nos ha perdido en estos pagos, pero desde que don Julián dijo eso la famosa leñera se cubrió de un manto de misterio que nos hace imposible evitar, cada vez que venimos, que la mirada se nos vaya rebelde hacia allá, como si intentáramos ver a través de las maderas. Pero palabra es palabra.

A don Jerónimo no se le fueron los ojos a la leñera, porque nadie le había dicho que no entrara y porque estaba demasiado asombrado por el lugar donde vivía su hermano, y además nervioso o inquieto por encontrarse con él después de medio siglo. Igual que a nosotros, le salieron los perros primero. Aguantó en silencio, con todos los músculos del cuerpo apretados, mordiéndose la lengua para que los animales no le sintieran el miedo. Así los mantuvo a raya, pero no evitó los ladridos ni la vista de los colmillos y las babas, situación que terminó por advertirle a don Julián que tenía visita. Entonces el viejo salió afuera, con su poncho y su barba gris, capaz que calzándose las botas o pegando un grito a los perros, molesto como cada vez que lo interrumpen en lo que sea que hace solo en su casa, hasta que descubrió a ese hombre que tanto le recordaba a alguien y cayó en cuenta de que le recordaba a él mismo, aunque este estuviera bien afeitado y bien vestido, como si se fuera a encontrar con el alcalde y no supiera que en la isla no tenemos alcalde, y de todas formas lleno de barro en las pantorrillas y con el cuerpo mojado por las gotas que caían ese día, la lluvia que anunciaron los pájaros junto con su llegada, llegada que se consumaba ahora frente al mellizo con poncho y las botas a medio calzar, parado en el

umbral de la puerta sin terminar de completar la vista de ese fantasma del pasado.

No sabemos si hubo abrazos y lágrimas, aunque nos gusta imaginarnos que sí, que al menos al principio las cosas no fueron tan mal. Pero lo que sí sabemos, porque eso nos lo contó el propio don Jerónimo, es que después de los saludos el visitante entró a la casa y vio lo que se podía ver: un colchón sobre el piso de tierra, una estufa a leña, una pared sin forrar, algunos libros repartidos que don Julián no devolvió jamás a la biblioteca, un calendario detenido para siempre siete años atrás. Entonces se preguntó por lo que no veía.

—¿Y la Milena?

Don Julián apuntó por la ventana, hacia abajo.

—¿En la casona?

—No, al lado.

—¿Adónde al lado?

—Al lado pos, ¿no te fijaste que hay un cementerio?

—Sí, ya lo he visto. ¿Pero qué hace la Milena en el cementerio?

Don Julián se encogió de hombros y dijo:

—Descansar, supongo.

Eso fue, más o menos, lo que pasó cuando se reencontraron los mellizos. Ahora los perros nos ladraban a nosotros, inquietando a los caballos. Don Julián no estaba en la casa, así que dimos la vuelta y lo encontramos trabajando en su huerta.

—Quiubo —dijo a modo de saludo.

Desde el año nuevo que no lo veíamos. Estaba mucho más flaco que antes y la barba ya le escondía la boca. Dejamos a los caballos amarrados y nos pusimos al día, le contamos lo del bicho, le preguntamos si le hacía falta alguna cosa. Después entramos en materia. Don Julián nos escuchó sin dejar de mirar su siembra, apoyando el cuerpo sobre el azadón.

—El que llega sin que lo llamen se va sin que lo echen —dijo cuando nos quedamos callados.

—¿No es al revés?

—Y también puede ser al revés.

—¿Se pelearon?

Don Julián nos miró al fin. Pareció que iba a decir que sí, pero después levantó los hombros.

—Nos pusimos al día nomás.

—Ah.

—¿Y qué hace Jerónimo abajo?

—Nada.

—¿Nada?

—Bueno, ahora ordena la biblioteca. Y a veces nos cuenta cosas. Nos habla de sus viajes. Ha estado en medio mundo, ¿sabía?

Don Julián se mantuvo en silencio un buen rato, masticando tal vez el hecho de que su hermano nos contara cosas de sus viajes. Después volvió a sacudir el azadón sobre la tierra, como si ya nos hubiéramos despedido y volviera a encontrarse con su soledad. Pero nosotros no habíamos hecho el viaje para nada. Insistimos con lo de su hermano, que iba de casa en casa, que tenía que vivir en alguna

parte. Don Julián volvió a apoyarse en el azadón y, en vez de contestarnos, nos preguntó si habíamos seguido buscando la campana hundida. Hace años que no hablaba de eso y lo tomamos por una buena señal. Inventamos que teníamos alguna pista, para animarlo.

—Tiene que estar en alguna parte —reflexionó, como si fuera primera vez que pensara en la campana—. Hay que darle una vuelta al asunto. Si yo fuera un capitán español, ¿por dónde habría intentado llegar a la isla?

—Capaz que por el lado del faro, porque venían de noche y no se querrían perder.

—No, no, si en el tiempo de la colonia no había faro. Hay que pensar, muchachada. Hay que darle otra vuelta.

Bajamos un poco más animados, aunque no se había solucionado nada. Nos fuimos directo a la taberna para contarles a los demás de la visita, pero cuando llegamos descubrimos que don Jerónimo nos tenía entretenidos con los relatos de sus viajes por El Congo. La historia tenía de todo: elefantes, gorilas, serpientes gigantescas, leyendas locales y una desaparición.

—Nuno era el más alegre, el más aventurero —contaba don Jerónimo achicando los ojos, como si le fuera difícil recordar con precisión el pasado—. Era el más joven, también. Apenas doce años, pero se movía por la selva como un leopardo. Era nuestro guía. Una noche, mientras tomábamos café y espantábamos sin suerte a los mosquitos, alguien notó que faltaba. Gritamos su nombre a través de la selva, pero solo nos respondieron los monos, que al principio parecen simpáticos y después se vuelven insoportables. Estaba tan oscuro, y era tan peligroso encontrarse con los gorilas, que decidimos detener la búsqueda y retomarla apenas saliera el sol.

—¿Y qué hicieron?

—Eso que les estoy contando. Esperamos la mañana.

—¿Y ahí sí que lo encontraron?

—Por ninguna parte. Entonces una periodista francesa y yo mismo, que éramos los más jóvenes, nos ofrecimos para regresar hasta el caserío más cercano y pedir ayuda.

—¿Era linda, la periodista?

Don Jerónimo pareció molestarse por la interrupción, pero después se rio.

—Esta no es una historia de amor, aunque puede que después sí haya sido una historia de amor.

—Déjenlo que termine con lo del niño, pues.

—Pero que después cuente qué pasó con la periodista.

—Miren, en ese momento no pasó nada porque teníamos que llegar rápido al pueblo. Nos demoramos un día y medio, pero llegamos, y después de explicar la situación, logramos regresar al campamento con un grupo grande de nativos conocedores de la selva y dispuestos a ayudar en la búsqueda. La mayoría eran familiares de Nuno.

—¿Y lo encontraron?

—No. Nosotros no.

—¿Lo encontraron sus familiares?

—Sí, pero tres semanas después, cuando ya habíamos aban- donado la expedición. Yo ya estaba en Barcelona. Me enteré por medio de Solène, la periodista. Los nativos encontraron a una pitón muerta cerca de un río, una serpiente tan larga que podría darle la vuelta

entera a este barco y todavía le quedaría cuerpo para meter la cabeza por un ventanuco y tragarse a un par de nosotros.

—Bien borracha quedaría —dijo alguien, y soltamos la risotada.

Don Jerónimo no se rio, aunque tampoco pareció enojarse. Más bien daba la impresión de recordar con dolor su historia.

—¿Y qué pasó con la pitón?

—No la podían desaprovechar. Con lo que les dieran por la piel podía vivir el pueblo entero un par de meses. Era una especie de tesoro. Pero cuando la abrieron, para quitarle la piel...

—¿Qué?

—Ahí dentro estaba Nuno.

Hizo una pausa larga, manteniendo la mirada fija en algún punto del mar, que se expandía inmenso al otro lado del ventanuco. La isla crujió y ya nadie tuvo ganas de reírse. Al cabo de unos segundos, don Jerónimo bajó la cabeza.

Empezamos a notar que siempre hacía lo mismo al terminar una historia: daba aire a las palabras, con un silencio cargado de suspenso que remataba con un movimiento del cuerpo (la cabeza, las manos, el vasito golpeando la mesa), algo que evidentemente quedaba fuera de lo que estuviera contando y que invitaba a retornar al presente de a poco, trayendo la estela de la historia. Después de su silencio y su final sin palabras venían los murmullos del público, hasta que una voz se alzaba, tímida pero incapaz de abandonar el mundo en el que nos había sumergido.

Una voz que quería volver a ser oído.

—¿Y qué buscaban, don Jerónimo? O sea, ¿para qué diablos se fueron a meter a una selva en África?

Era una buena pregunta. Pensamos que nos diría que querían encontrar un tesoro. Por eso nos sorprendió tanto que respondiera que buscaban historias.

—Ese era mi trabajo: recorrer el mundo, encontrar historias y escribirlas. Salían en revistas, la gente las leía y me felicitaban. Conocía el mundo y además me pagaban. Era una maravilla.

—¿Ya no?

Don Jerónimo intentó armar una media sonrisa. Se quedó en una mueca extraña y triste.

—No. La verdad es que ya no.

Ya no: dos palabras que cayeron como un ancla. Un ancla que se hundía en las aguas de otra historia. Una historia por la que todavía no podíamos bucear. En la superficie, o tal vez un poco más arriba, quisimos preguntarle si no había pensado escribir sobre la isla, pero nos dio vergüenza. Nos preguntábamos qué diría, y cuáles de nosotros serían los mejores personajes. Discutimos sobre ello varias veces en los meses que siguieron. Por eso, cuando se le quedó su cuaderno en la taberna no nos aguantamos y lo leímos entero, a ver si decía algo de nosotros. Pero eso sería más adelante.

—Ahora cuente lo de la periodista, pues.

—Sí, pues, don Jerónimo, una cosa más alegre.

Y el vaso chocando contra la mesa, y el vino listo para servir de honesto pago a sus palabras.

Una semana después regresamos a La Punta a ver a don Julián.

—Y sabe que su hermano nos dijo que una vez se embarcó con unos japoneses que iban a cazar ballenas, claro que él no quería cazar ballenas, sino que contar la historia nomás, porque los japoneses eran unos personajes como de novela y además estaba todo el cuento del barco y los arpones y los conflictos de poder a bordo y eso era interesante para los lectores, o eso suponía su hermano o el jefe de su hermano. Entonces anduvo varias semanas arriba del barco, bien atento a todo lo que pasaba, pero como no hablaba japonés se tenía que comunicar por señas, o en inglés con algún marinero más instruido. Está bien entretenida la historia, pero todavía no termina. En verdad nos quedamos en la mitad del mar y se nos hizo tarde y don Jerónimo dijo que tenía sueño, y todavía ni aparece la ballena, aunque igual ha estado todo el tiempo presente, ¿entiende?, como si viajara por debajo del barco, o sea, de la historia. Capaz que hoy día a la noche nos sigue contando. ¿Usted no quiere venir, don Julián? Estaba buenaza la historia.

Él nos escuchaba en silencio, sin que alcanzáramos a notar si estaba muy atento o muy aburrido. Pero cuando le contamos lo del ballenero japonés murmuró, tan bajito que apenas alcanzamos a escucharlo:

—Qué me van a contar a mí de ballenas.

Y después no dijo nada más, hasta que el silencio se hizo medio espeso y nosotros anunciamos que bueno, que íbamos a ir partiendo de vuelta.

—Bajo con ustedes, muchachada. Voy a ir al faro.

—¿Al faro?

—Si quieren me acompañan.

Claro que queríamos. Era la primera vez en varios meses que don Julián bajaba de La Punta. La cosa tenía algo de acontecimiento. Nos fuimos a pie, llevando a los caballos de las riendas, porque el viejo se quedó sin caballos desde que los vendió todos y no soportaba irse al anca.

Nos costaba seguirle el ritmo, tan a buen tranco andaba, como si tuviera prisa por ver el mar de cerca después de tanto tiempo, o como si el bosque lo llenara de una energía que no alcanzaba a llegarle a La Punta. Iba mencionando los nombres de los pájaros y de los árboles. Los apuntaba con el dedo y decía cómo se llamaban, y nosotros asentíamos nomás, aunque los conociéramos tan bien como él. El mar iba tronando más y más fuerte, como si cada marejada quisiera ganarle en fuerza a la anterior, pero en verdad iba parejo, solo que nosotros lo oíamos cada vez más cerca porque nos acercábamos al faro; ya podíamos verlo, humilde, sobre el peñón de roca donde lo construyeron, blanco abajo, rojo al medio, blanco arriba, sucio en todas partes y totalmente inútil, porque hasta donde sabemos no ha funcionado jamás.

—Sí, cuando yo era chico sí —nos explicaba don Julián—. Había un señor del faro y todo, el viejo don Gamadiel, que era hijo, nieto y bisnieto de fareros. Su bisabuelo vivía acá en los tiempos en que la isla estaba deshabitada. Era el único ser humano en toda la isla. El único, ¿se imaginan? Del continente venían una vez al mes a dejarle provisiones, aunque a veces alguna tormenta los atrasaba un día o dos. Bueno, igual que ahora, eso no ha cambiado. Una vez fueron cinco semanas enteras de atraso, porque el mar no daba tregua y llovía de abajo arriba, así que el barco no podía venir nomás. Se comería una oveja o pescaría alguna cosa, imagino que pensaban los del barco, de hambre no se iba a morir. Pero cuando finalmente el barco pudo llegar a la isla encontraron su cuerpo reventado contra estas rocas.

—¡Ah, chucha!

—Sí, pues. Así nomás fue. Entonces vino el hijo, le dio cristiana sepultura y se hizo cargo del faro junto a su esposa, que al poco tiempo parió un niño: el primer ser humano que nacía en la isla desde que los españoles se llevaron a todos los indígenas. Cuando ya fue grande, ese hijo se convirtió en el farero y se casó con una chiquilla de las que ya había por aquí, porque por entonces se estaba repoblando la isla con el arriendo de tierras a campesinos y colonos. Después lo reemplazó, a su vez, uno de sus hijos, que resultaba ser don Gamadiel. Ese fue el último farero, que cuando yo lo conocí ya era un viejo con barbas de ballena que nunca se había subido a un barco, pero que sabía calcular con precisión las distancias, la velocidad del viento, la hora de las tormentas, y que nos tenía convencidos de que el mar se calmaba escuchando sus poemas. Viejo lindo ese, que nos contaba historias y a cambio nos pedía que le hiciéramos gancho con la tía Edelmira. Nosotros le decíamos que sí, que le mandaríamos sus saludos, pero en verdad no le decíamos nada porque ni ella ni ninguna de mis tías se podía ni quería casar. Bueno, la tía Helena sí, pero esa es otra historia.

—Después nos la cuenta, don Julián.

—Ya, ya.

—¿Y qué pasó con don Gamadiel?

—Lo que pasa con todos los viejitos nomás. Yo tenía siete u ocho años, me acuerdo. Me dio una pena. Después se fueron muriendo mis tíos, de mayor a menor, ordenaditos, pero no recuerdo haber llorado tanto como cuando se murió don Gamadiel. En esos días me venía todas las mañanas al faro a ver si ya había llegado el farero nuevo, que me lo imaginaba joven y musculoso, medio bruto y bueno para echar chuchadas. Pero no llegaba nadie, y no llegó nadie nunca más, porque por esa época los barcos ya no venían por la isla y el faro se hizo inútil y misterioso y lo cerraron con candado para siempre. Claro que con Jerónimo habíamos descubierto que, si uno escalaba un poco por el lado que da al mar, se podía entrar al

interior del faro por un agujero grandote. Entonces en las noches nos escapábamos de la casona y nos veníamos aquí mismo con los cabros de nuestra edad. Escalábamos la pared, nos metíamos por el agujero este, subíamos por la escalera de caracol hasta arriba y nos sentábamos alrededor de la barandilla, ¿ahí, ven? Y muertos de frío y de miedo, con el mar revuelto abajo como una pesadilla, le contábamos a los demás cabros la historia del farero que se tiró desde esa misma baranda por culpa de la soledad.

—Oiga don Julián, esa historia nunca la había contado.

—Ya sé.

—Y cuando eran chicos, ¿quién les contaba el cuento a los otros chiquillos? ¿Usted o don Jerónimo?

—Yo, claro. Jerónimo siempre ha sido medio tartamudo. No servía para dar miedo. Pero igual me ayudaba. Por ejemplo, cuando yo me quedaba callado un segundo al terminar la historia, él se incorporaba un poco, como alertado, y preguntaba: ¿escucharon eso? No se había escuchado nada, por supuesto, pero los demás empezaban a oír cualquier cosa: los lamentos del viejo farero, o un ruido de cadenas arrastrándose dentro del faro, o una risa de pirata que seguramente era una bandurria con insomnio. La mente es una cosa muy poderosa, chiquillos. Poderosa y traicionera. Después cada uno se iba a su casa temblando y preguntándose para qué carajo había ido al faro, y Jerónimo y yo pasábamos la noche en vela y dormíamos abrazados. Yo le decía: "Jejei, no te duermas". Y él me respondía: "No me duermo si tú no te duermes". Entonces ninguno se dormía y al día siguiente andábamos a los tumbos y se nos escapaban las ovejas o derramábamos el cubo de leche, y los tíos nos pegaban y después nos daban un beso, porque en el fondo nos querían más que la cresta.

De repente don Julián se quedó callado, como avergonzado de habernos contado tanto, o de que hubiera habido un tiempo en que

dormía abrazado a su mellizo. A nosotros nos pareció la historia más linda del mundo. Pero no le pedimos que siguiera contando, porque uno tiene que saber cuándo mostrar interés y cuándo hacerse el huevón.

—¿Estará el agujero ese todavía? —preguntamos en cambio, y sin esperar respuesta dimos la vuelta al faro, escalando un poco por las rocas húmedas.

Ahí, donde se terminaba la pintura roja, a unos cuatro metros del suelo, había efectivamente una especie de ventanuco abierto. Pero era muy pequeño, incluso para un niño chico, y la verdad no veíamos cómo habrían podido trepar por el faro, que además por ese lado estaba todo resbaloso por la brisa del mar, y para más remate de noche, iluminados por las puras estrellas. Concluimos que era absolutamente imposible que alguien, ni siquiera un gato, pudiera entrar al faro por ese huequito.

Don Julián nos esperaba sentado sobre las rocas al otro lado, sonriendo, y nosotros, bueno, le sonreímos también.

—¿Sigue el agujero ahí?

—Sigue, sigue.

—No les decía yo.

Entonces nos dijo que quería ir al cementerio nuevo a sa- ludar a la Milena. Nos quedaba de camino a la taberna, así que nos fuimos todos juntos, caminando en silencio, como preparando el alma, echando de vez en cuando algunas miradas hacia el faro que desde lejos no parecía ni tan viejo ni tan sucio, pero mucho más misterioso en su quieta soledad.

Acompañamos a don Julián hasta el cementerio y lo dejamos entrar solo, para que estuviera tranquilo.

—Muchachos. Muchachas.

Desde la entrada del cementerio lo vimos avanzar por el senderillo de tierra con las manos arrejuntadas atrás de la espalda, saludando con un sutil gesto de la cabeza a cada crucecita. Estábamos emocionados de verlo otra vez por aquí, cerca del mar que siempre quiso tanto, yendo además a saludar a la Milenita.

Y la emoción nos trajo recuerdos de un viejo día de primavera, bellísimo, o que al menos así se nos fijó en la memoria. Don Julián y la Milena nos invitaron a un asadito a la hora de almuerzo, que es la mejor hora para hacer un asado porque así el canturreo y la conversa dura toda la tarde y hasta la noche, hasta las tres o cuatro de la mañana, siguiendo lo que don Julián llamaba "el orden de la fiesta". Pero esa vez no era para fiesta, sino para decirnos una cosa.

Estábamos todos reunidos ahí, después de haber comido, cuando don Julián se aclaró la voz, se puso de pie y pidió silencio. En esos años todavía hablaba con vigor, siempre con la Milena apoyando sus palabras y tirándole de la camisa cuando se excitaba demasiado. El viejo quería proponernos un proyecto.

—Un cementerio nuevo, vecinos.

—Pero si ya tenemos cementerio —dijimos todos.

—Sí, tenemos un cementerio para los que podemos enterrar. Pero no tenemos ningún lugar para quienes solo podemos recordar.

Entonces nos explicó que este sería un cementerio para aquellos que el mar no quiso devolver.

—¿Un cementerio sin cuerpos?

—Un cementerio para las almas —dijo la Milena—. Un cementerio para la memoria.

No nos convencimos tan rápido. Don Julián explicó que no teníamos que preocuparnos por el lugar: él mismo donaría un pedazo de su tierra. Lo construiríamos entre todos los que pudieran ayudar, justo al lado de la casona, y apuntó con su dedo al sitio donde, ahora, efectivamente está el cementerio, pero que entonces solo era una idea que nadie terminaba de ver con claridad.

—Tampoco se necesita mucho. Una cerca, algún cuidado del jardín, para que esté bonito, un arco sencillo en la entrada o si no un tablón tallado como el que tienen los Pérez. Las cruces las van a hacer los Jorquera.

Doña Margarita y don Gabriel asintieron con la cabeza. Se veía que ya estaba conversado con ellos.

De pronto, la Toñita hizo la pregunta que todos teníamos en la garganta hace un buen rato.

—¿Y esta cuestión no le va a bajar el valor a su tierra?

Don Julián le clavó los ojos. Siempre resultaba un poco aterrador que el viejo te mirara fijo. Nunca se sabía cómo iba a reaccionar: pasaba de la rabia a la risa, del silencio a la verborrea, con una facilidad increíble. Pero entonces se le dibujó una media sonrisa, y aunque no respondió la pregunta quedó claro como el agua que esa era, en parte, la idea: bajarle el valor a la tierra. Hace algún tiempo habían empezado a venir gentes del continente a tantear precios por hectáreas. Fue la época en que se construyó el hotel y el camino hasta La Punta. Las avionetas pululaban por el cielo y el turismo empezó a ser importante en la isla. Íbamos ganando plata y perdiendo la paz. Pero todo eso duró poco, exactamente hasta el día del tsunami.

—En cada cruz podríamos colgar un cartelito de madera que tenga algo grabado —tomó la palabra la Milena—. Lo que queramos, alguna frase que nos permita recordar a nuestros muertos y presentárselos a los que no los conocieron en vida.

Alguien se quebró. Don Julián, que hasta entonces había estado de pie, se sentó y juntó las manos sobre las rodillas.

—Ustedes saben, vecinos, que no somos los primeros que habitan esta isla. Antes estuvieron nuestros taitas, pero mucho antes, hace tres siglos o más, vivían los indígenas, aquí y en el continente. Los que vivían allá creían que cuando alguien moría, cuatro diosas se transformaban en ballenas que traían su alma a la isla. Los isleños de entonces sabían que vivían en un espacio sagrado. Pero ellos ya no están: vinieron a buscarlos en los tiempos de la colonia, los apresaron y se los llevaron a todos al continente. El consuelo que les quedaba era que, de todas formas, cuando murieran los vendrían a buscar las ballenas y los traerían hasta aquí. Pero todo el mar se llenó de barcos extranjeros que cazaron a las ballenas. Por eso ya no las vemos: porque ya no quedan, y si alguna resiste aún se aleja de esta isla por culpa de la luz eléctrica, la misma luz por la que tanto peleamos. Entonces les pregunto a ustedes, vecinos: ¿qué lugar hay para las almas en la isla? ¿Cómo pueden llegar aquí si ninguna ballena las trae? ¿Cómo sabe el alma del que se ahogó en las aguas que aquí lo queremos recordar? Yo propongo un cementerio para las almas de nuestros ahogados, y también para las de los indígenas que se quedaron en el continente. Un cementerio para todos los que deberían estar y no están.

Mientras don Julián hablaba, pasaban por nuestra mente los rostros difusos de tantos vecinos que se llevó el mar y a los que nunca pudimos despedir. Amigos, hermanos, padres.

Hijos. ¿Qué podíamos decir? Por supuesto que estábamos de acuerdo, aunque quedaban algunas preguntas.

—Don Julián, pero si usted ya tiene todo solucionado, y va a donar la tierra, y la cerca la podría armar en un dos por tres, ¿para qué nos necesita? La idea nos parece bien, sabe, pero no vemos claro por qué necesita que le digamos que sí o que no.

—¿Y de qué serviría, vecinos, el recuerdo de un hombre solo? —preguntó la Milenita—. Acá no va a haber cuerpos, solo memoria. Si somos muchos los que le damos sentido a este lugar, lo tendrá, y se hará hogar de las almas de los que no pudimos enterrar. Pero si solo fuera Julián el que creyera en esta idea, no alcanzaría su fuerza para construir un sentido y entonces no serviría para nada. Necesitamos que sea de todos, de la comunidad.

Movimos la cabeza de arriba abajo, contentos por ser parte de la memoria. Pero todavía quedaba una duda general, y fue la Martita la que la puso en común.

—¿Y cómo fue que se te ocurrió esta idea, Julián?

Don Julián miró a la Milena y los dos se sonrieron con esa complicidad que era la alegría de todos.

—Lo soñé.

Hay palabras que no revelan su sentido final en el momento en que fueron pronunciadas. Palabras que se van hinchando como las nubes, pof, pof, pof, a lo lejos, lejos de aquellos que las escucharon y a veces también de quienes las pronunciaron; lejos se siguen cargando mientras la vida sigue y las personas pasan y otras palabras también pasan, palabras que a lo mejor se completan y revientan apenas salen de las bocas porque no tenían más misterio que la suma de sus letras, puffff, se deshacen en los oídos, desaparecen como la espuma del mar, mientras esas otras, las invisibles, las gigantescas, las que creímos que no tenían más misterio que la suma de sus letras, han seguido creciendo, hasta que ya no pueden más y entonces caen como un vendaval sobre la memoria, reventando el tiempo.

En su momento, saber que don Julián había soñado el cementerio fue algo bonito. Pero hoy día sabemos con toda seguridad que era mucho más que eso: eran los espíritus que le estaban advirtiendo en sueños lo que ocurriría, para que al preparar el cementerio fuera preparando también el alma.

Y ahora don Julián se iba por ahí, por el cementerio que nació de su sueño, con sus recios setenta años y la tristeza marcada en cada arruga de su rostro, a sentarse frente a la cruz que hoy nos permite recordar a la Milenita y sentir que nuestra pena, aunque no deja de existir, tiene al menos un sitio donde rimar.

Pero esa tarde no alcanzó a llegar a la cruz de la Milena, porque tanto a él como a nosotros nos había llamado la atención que hubiera movimiento al lado, en la hacienda, y entonces fue imposible dejar de mirar hacia allá y verlo: Jerónimo Garcés, aperado con clavos y martillos, intentaba arreglar la puerta descuadrada de la casona.

De pronto se detuvo, como alertado por el peso de las miradas. Llevó la vista hacia nosotros y luego hacia su hermano.

Los mellizos cruzaron las miradas.

Uno desde el cementerio, otro desde la casa en ruinas.

Uno detuvo los pasos que le llevaban al pasado y el otro dejó el martillo suspendido en el aire.

El tiempo existió un momento en la isla, solo para detenerse y que pudiéramos sentir su ausencia.

A paso lento, pero decidido, los mellizos caminaron hacia la cerca que los separaba y se encontraron ahí. Don Jerónimo con las manos en los bolsillos de la jardinera; don Julián todavía con las manos atrás.

—Jerónimo.

—Julián.

Y aunque hubiéramos dado todo por quedarnos a escuchar lo que tenían que decirse, optamos por mirar hacia otro lado, de pronto sorprendidos por alguna cosa en el cielo o en el mar o donde fuera, y así, hablando de la felicidad de los pajaritos, empezamos a caminar en dirección a la taberna, con la única idea de comentar el encuentro, cosa que hicimos con entusiasmo.

Después nos quedamos esperando, al calor del vino, a que de un momento a otro viniera don Jerónimo a terminar la historia de la caza de la ballena, o don Julián a repetir lo del farero para los que no habíamos escuchado, o mejor, los dos a contar cada uno lo que quisiera. Pero como la conversa les salió larga nos empezamos a aburrir del aguaite y terminamos por preguntarnos qué había pasado en realidad entre los mellizos Garcés y qué carajo estaba pasando ahora, y por qué había vuelto don Jerónimo y por qué se agarraron a puñetes, y por qué se fue don Jerónimo y por qué don Julián no ha salido nunca de la isla.

Y como no había quien lo pudiera contar, porque nadie lo tenía claro, aportamos todos un poquito de lo que sabíamos y así pasamos muchas tardes, abrazados por las palabras como los mellizos cuando eran chicos y no se podían dormir, mientras a lo lejos se oía un martillear incesante que se detenía de pronto y dejaba paso al silencio que se interrumpía por nuestros decires y recuerdos, las especulaciones, los inventos, y el vino regando los vasos, y la radio apagada porque no queríamos saber nada más del bicho. Y entre lo que contaron los mayores y lo que habían oído los menores, y lo poco que nos habían contado los mismos mellizos, nos entretuvimos todo el otoño hilando otra vez una historia que parecía destejida para siempre.

OTOÑO

Lo primero que hicimos fue preguntarnos dónde comenzaba la historia, porque si íbamos tirando la cuerda hacia el pasado podíamos llegar hasta las dos culebras gigantescas y calculamos que íbamos a morir antes de poder hablar de los mellizos. Había que tomar una decisión: elegir un buen machete, ponerlo sobre el tiempo y decir desde aquí hasta aquí, no más. Y sí, un corte es una pena, porque la cuerda del tiempo a veces es buena y parece firme y uno quisiera caminar a pata pelada por todo su largo, un pie delante del otro y también un pie atrás del otro. Pero no somos el tiempo, somos apenas chispas rojas sobre un fondo rojo, cosas breves que tienen que decidir qué historias contarán antes de morir y qué historias oirán antes de morir, y tal vez de poco más que esto está hecho el trozo de cuerda que cada uno puede llamar su vida.

¿Dónde y cuándo habían comenzado a anudarse las fibras de las cuerdas de los mellizos? ¿Cuándo empezaba su historia? Al vaivén del vino y la conversa, con la taberna repleta y animada como en los mejores tiempos, el conjunto de nuestras voces entusiastas logró definir que bien podía ser siglo y medio atrás, el día en que don Augusto le vendió el alma al diablo a cambio de su fortuna.

Décimo hijo del matrimonio entre un minero y una lavandera, Augusto Garcés conoció la oscuridad de las minas a los nueve años, cuando comenzó a trabajar abriendo compuertas para que pasaran los mineros con sus carros de carbón, y luego cerrándolas para que no se escapara el escaso aire de la mina, un trabajo para el que no tenía edad y que lo envolvía catorce horas diarias en la misma negrura densa que había sepultado a todos sus hermanos mayores y que terminó por quitarle la vista a su padre y la razón a su madre.

La leyenda, nunca confirmada por don Augusto pero conocida por todo el mundo, porque esas cosas siempre terminan por saberse, dice que ya era un minero de oficio el día en que vio brillar en la mina el diente de oro del coludo, reflejado por la luz de su propia lámpara, y que no lo dudó ni un segundo:

—Si me viene a huevear, mejor hagamos un pacto altiro.

Más acostumbrado a negociar, el mandinga quiso darse algunos rodeos, pero la tenacidad del joven Augusto era firme y pronto acordaron el consabido intercambio: alma por fortuna.

—Ya, pero cuándo me viene a buscar.

—Eso no se lo voy a decir, pues. En cualquier momento. Cuando me den ganas. Pero no se preocupe, que apuro no tengo. El infierno es sorprendentemente eterno. Aunque le advierto que si me quiere hacer leso se va a arrepentir.

Eso explicaba, según el cahuín del continente, que a los pocos meses Augusto encontrara de casualidad una veta de carbón sin dueño que logró inscribir a su nombre, y que vendió a los ingleses en un valor seguramente menor del que tenía, pero de todas formas suficiente para comprar una tierra en nuestra isla, construir la casona, traer animales y contratar a nuestros bisabuelos como peones: de golpe y porrazo, el hombre más rico de la isla.

Hay quien dice que se vino acá para esconderse del mentado, pero lo cierto es que don Augusto ya había pagado los servicios de una meica que le explicó cómo mantener al diablo lejos, y la contra no tenía nada que ver con esconderse (empresa que cualquiera que tenga abuela sabe imposible). No, lo que le recomendó la mujer era más sencillo y tradicional: que anduviera para todos lados con la medallita de santa Bárbara que ella misma le colgó al cuello. Le advirtió, eso sí, que si no podía llevárselo a los infiernos el condenado se iba a ensañar con su familia.

—Familia no tengo —habrá dicho Augusto en esos tiempos.

—Pero tendrá —dijo con seguridad la meica—. Esposa, montones de hijos y tres nietos.

—¿Y cómo hago para que no se los lleve a ellos?

La meica explicó que simplemente tenía que bautizarlos con nombres que comenzaran por vocal, primero, y luego por consonante, siguiendo el orden del abecedario.

—El diablo no soporta los bautizos, pero mucho menos el orden —dijo la meica, como si fuera la cosa más evidente del mundo.

De modo que cuando ya tenía treinta y seis años y estaba por nacer su primer hijo, Augusto Garcés, todavía medio analfabeto, se agenció en el continente un Silabario para no equivocarse en la contra. La futura madre del niño tenía quince años y se llamaba Laura Casanueva. Los padres de la Laurita habían puesto en la balanza la pequeña fortuna de Augusto y optaron por juzgarlo un buen partido para su chancleta, pese a los rumores del pacto con el maldito.

Los casaron en el continente y la Laurita se subió vestida de novia al bote que cuatro horas después la dejó aquí en la isla, de donde, como bien sabemos, no volvió a salir jamás y donde, como bien sabemos también, descansan sus restos. Esa misma tarde hubo una fiesta para inaugurar la casona y celebrar a la flamante pareja. Los viejos que por entonces eran jóvenes y fueron invitados al casorio atestiguan que se mataron tres corderos y que solo se comieron uno, porque tampoco eran muchos invitados y sobre todo porque don Augusto parecía tener apuro por pasar a la noche de bodas, así que echó a todo el mundo más bien temprano. Hubo que seguir la fiesta en la playa: mal que mal, ya estaban todos entonados y no pensaban irse a dormir con tanta alegría en las venas. Los viejos dicen también que apenas se había terminado de limpiar y ordenar la casa después de la fiesta cuando se supo que la Laurita estaba embarazada. Pasaría los próximos veinticinco años de su vida entre preñas, partos y matronas.

De los dieciséis hijos del matrimonio Garcés Casanueva sobrevivieron solo doce, que fueron los únicos que alcanzaron a recibir el santo bautizo:

El primero Augusto, como el padre. La segunda Edelmira.

La tercera Inés.

El cuarto Olegario.

La quinta Úrsula María.

Cuando se acabaron las vocales siguieron con las consonantes:

Bartolomé.

Cristina.

Dora.

Francisca.

Guillermo.

Y finalmente, Helena (con hache, jetón ignorante, se enfurecía don Augusto cuando alguien se atrevía a observar que había puesto de nuevo un nombre con vocal).

Doña Laurita Casanueva no eligió ninguno de los nombres de sus hijos, así como tampoco eligió tenerlos, pero le daba terror el famoso pacto de su marido con el demonio, de modo que aceptó sin chistar el camino que había trazado la meica: muchos hijos, tres nietos, un orden de silabario.

Y así llegamos al segundo nudo importante de la historia de los Garcés, que tiene lugar en aquella madrugada de mediados de siglo pasado en que la Laurita recibió, envuelto en trapos oscuros, al decimosexto hijo que paría. Podemos suponer que afuera aullaban los perros, que las velas estaban casi consumidas y que había sido un parto tan difícil como los quince anteriores.

—A este le vamos a poner Pedro —dijo de pronto la Laurita, y la matrona, que sí conocía las letras, se espantó.

—Pero mi niña, si vendría tocando la jota. Jairo, Javier, Jesús, Jacinto, Jeremías... —y marcaba bien la jota en cada nombre, para no dejar lugar a dudas.

—Yo sé cómo suena la jota, pero me gusta el nombre Pedro, como el apóstol y como mi taita.

—Pero qué va a decir don Augusto.

—Problema mío.

La ausencia del marido no era novedad: cuando se acercaba el momento de un parto, don Augusto se iba al continente a buscar al cura, en vista de que en la isla no había ninguno, y regresaba cuando la guagua ya había nacido y estaba limpiecita, bien trapeada y ventilada la habitación matrimonial, con todo preparado para bautizar al niño o la niña antes de que el mandinga se acordara de venir a buscarlo a él o al recién nacido.

—Pedro —repitió la señora Laura Casanueva.

La matrona no hizo más comentarios, porque a ella no le gustaba andar contradiciendo a la gente, pero después comadrearía por la isla que había quedado demostrado, pues, que la idea de nombrar a los hijos en aquel orden absurdo era capricho exclusivo de don Augusto.

Ahora tocaba la jota, pero al parecer la Laurita se había preguntado, varios días atrás, por qué debía seguirle la corriente a su marido si a ella, en realidad, no le gustaba ninguno de los nombres de sus hijos y si, mucho más importante, el hombre la dejaba siempre sola en los partos para ir a buscar al cura, pese a que con todo el tiempo que había pasado el diablo seguro que ya se había olvidado de venir a reclamarle el alma.

—Pedro —habrá dicho por tercera vez la Laurita, o tal vez no lo dijo, pero queda bonito imaginarse que sí, que lo dijo tres veces, porque la Laurita nunca había decidido nada y la sensación de hacerlo la debe haber empezado a entusiasmar, aunque estuviera reventada de cansancio por el parto. Así que perfectamente puede haberlo dicho tres veces, en suspiros, cada vez más consciente del peso de la repetición, mientras apretaba entre sus dedos delgados la medallita de santa Bárbara que le había burlado al marido antes de que se fuera al continente.

Esa misma tarde, en la casona se enteraron de que la barcaza en la que venían don Augusto y el cura naufragó en el mar, pese a la paz de las aguas, la ausencia de viento y la pericia del botero.

Sus restos nunca fueron encontrados.

Mientras nosotros estábamos dele que dele contándonos su historia, los mellizos Garcés habían arreglado la puerta descuadrada.

Juntos.

Cuando los vimos trabajando la tarde siguiente, de camino a la taberna, no pudimos sino ofrecerles ayuda, pero ellos respondieron al unísono que no hacía falta, lo cual agradecimos porque nos picaban las patas para llegar a la taberna a servirnos una cañita y retomar el cuento.

Y nos quedamos en que se murió don Augusto el mismo día en que nació Pedro, el conchito, mucho menor que los otros once: basta notar que Helena, que era la penúltima, le llevaba ocho o nueve años. Aquí quedaría bien decir que su nacimiento vino a llenar el vacío que dejó don Augusto, pero en honor a la verdad hay que decir que es muy poco probable que alguien lo haya echado de menos.

—Igual, tarde o temprano se lo iban a llevar —le decía la gente a la Laurita para consolarla, porque desde la muerte de su marido la doña estaba como ida, tal vez llena de culpa o quizá en un júbilo tan profundo que no llegaba a avisarle a su rostro ceñudo.

Por chiquito y por risueño y porque no tenía, en realidad, ninguna competencia, Pedro se convirtió en el regalón de la casona. Desde siempre fue liberado de trabajar la tierra, pastorear a las ovejas, ordeñar a las vacas, cuajar la leche, cosechar la arveja, alimentar a los caballos y todas esas cosas que se hacían por entonces en la hacienda de los Garcés, cuando era un hervidero de trabajo que, visto con distancia, harto mal le quedaba a una isla tan tranquila como esta.

Pedro creció contento, sin el yugo (dura palabra esa, aporte de don Félix) del trabajo, descubriendo lo que había por descubrir en la isla con los chiquillos de su edad. Los viejos que fueron sus amigos dicen que se convirtió en un joven bien simpático que se reía por todo, que era generoso y que (cuando llegan a esto endurecen el tono y se cierran como almejas) nunca se pudo comprobar que haya sido él quien dejó embarazada a la Tomasa, una chica que había venido del continente a vivir a la casona en calidad de criada. Nadie la recuerda muy bien, porque su tiempo en la isla fue breve; sí se sabe que era indígena, huérfana y prácticamente muda, pero no porque no supiera hablar sino porque padecía de una timidez de primeras fiestas.

Un día dos noticias atravesaron las casas, las chalupas y el bosque, ganándole las corrientes de viento a las gaviotas: la Tomasa estaba embarazada, y el joven Pedro Garcés, que ya era un veinteañero, había sido visto de madrugada remando rumbo al continente, con una bolsa de viaje lo suficientemente grande como para que diera a pensar que no tenía intenciones de volver, sospecha que la arena del tiempo confirmaría imperturbable.

Es preciso anotar que en este punto se armó una discusión entre las mujeres y los hombres, de pronto separados físicamente en la taberna: a este lado nosotras, a este lado nosotros. A las mujeres nos pareció que los hombres querían echar un manto de duda sobre la responsabilidad de Pedro, que tal vez hasta había forzado a la pobre chica a acostarse con él, y nos negamos a ser parte de esa estafa. Los hombres alegamos que las mujeres son las únicas que pueden saber con total seguridad si son o no madres de un crío, y que todo el mundo es inocente hasta que se pruebe lo contrario. Nos pasamos dos horas discutiendo, hasta que logramos acordar, gracias a la intervención de la señora Nancy, que Pedro era, casi con total seguridad, el responsable del embarazo de la Tomasa.

Nos podríamos haber ahorrado la discusión averiguando si acaso la madre del fugitivo, la ya sexagenaria doña Laurita, alcanzó a sacarle la verdad a su hijo antes de que se mandara a cambiar. Pero nadie lo sabía. En cualquier caso, lo que cuenta son los hechos: haya o no confirmado la responsabilidad de Pedro respecto al asunto en cuestión, doña Laurita cuidó a la Tomasa como a una hija. La llenó de mimos y consejos y se la llevó a dormir a su propia cama, donde se acostó también ella durante esos meses para estar cerca por si cualquier cosa.

—¡Va a parir a un torito, usted! —le decía, porque pasaban los meses y la Tomasa se iba poniendo más ancha que alta. La Laurita, con su ojo experto, calculó que el parto se iba a adelantar: no había forma de que ese cuerpito tan menudo aguantara mucho más. Al

poco tiempo, declaró con toda seguridad que no se estaba gestando solo un niño, sino que venían en yunta.

Cuando la fecha que había estimado se acercó lo suficiente, hizo limpiar y ventilar la casa para que a las guagüitas no se les llenaran los pulmones con el humo del tabaco, ni las almas con la energía oscura que los perseguía desde el pacto del finado don Augusto, y quiso que todo ocurriera en su propia pieza, donde habían nacido todos sus hijos. Andaba tan contenta que parecía haber rejuvenecido quince años, tal vez porque era la primera vez que estaba del otro lado del asunto. Incluso la pena por la repentina desaparición de Pedro parecía haber ido menguando en su alma.

Cuando una madrugada la Tomasa la despertó para tartamudearle que había roto la bolsa, ella no se inquietó: le tomó la mano y le cantó una antigua nana, que la chiquilla agradeció con los ojos. Acabado el rito, la Laurita se levantó y sacó de la cama a las siete hijas, calentó el agua, dispuso los paños, y ella misma asistió a la parturienta ante la ausencia ya definitiva de la matrona (cuyos restos descansan en la isla).

Cuando llegó el alumbramiento despuntaba el sol de un bonito día de enero, y doña Laurita, que se sentía maravillosamente lúcida, auguró que los niños tendrían la energía de las mañanas. Pero aquel presagio tuvo que alcanzar para tres, porque después de que salieron los dos niños que esperaban, en medio de la sangre que teñía las sábanas y los gritos cada vez más preocupantes de la madre, vino de yapa un tercero: tres partos terribles en espacio de unos veinte minutos, tres niños igualitos y llorones saliendo del cuerpecito delgado de su mamá, listos para recibir los colores del alba y llenarse de la energía de las mañanas, con sus propios llantos ahogados, ajenos al vientre oscuro y líquido en el que habían crecido, ajenos también al dolor irrefrenable de la que los acababa de parir. La Laurita lloraba de la emoción o la sorpresa. La Tomasa, en cambio, parecía no terminar de entender qué estaba pasando, o

tal vez se trataba del terror que le dejó la visión de esa mujer flaca que se había apostado a los pies del lecho.

—¡Son tres, niña, son tres! ¡Igual que dijo la meica!

No sabemos si la muchacha recibió el mensaje, porque, desangrada y exhausta, con los ojos fijos en la sombra silenciosa que la esperaba, no dio señales de emoción ni de sorpresa; al contrario, cerró poco a poco los párpados, como si, una vez cumplida la misión vital, ya no fuera necesaria su presencia en este mundo. Se dice que cuando las bocas de dos de los niños fueron acercadas por la Laurita a sus pezones, la Tomasa ya había dejado el alma en la isla. El cuerpo todavía fue capaz de amamantarlos durante unos minutos, pero no alcanzó esa primera leche para el tercero de los críos. La Laurita lo comprendió tarde, y su grito hizo entrar a tropezones a las hijas a la habitación, que se espantaron por la cantidad de sangre que bañaba el suelo, por la humedad del cuarto, por el hedor que habían dejado la vida y la muerte.

Cargaron a los niños en sus brazos y les ofrecieron sus propios pechos sin leche, mientras la Laurita, confundiendo padrenuestros y avemarías, cubría el cuerpo de la Tomasa con una sábana que ya sería roja para siempre.

Los restos de la joven descansan en el antiguo cementerio.

No avanzamos mucho más con la historia esa noche, porque la Gaby, que se asomó a la taberna de puro aburrida que estaba en su hotel sin turistas, nos interrumpió para saber por qué siempre señalábamos dónde descansaban los restos de los muertos.

—¿Qué importa esa cuestión?

La pregunta nos ofendió un poco. Es que la Gabriela no sabe cuidar los tonos. Como preguntó mal, le respondimos mal:

—Como se nota que usted no es de aquí, ah.

(Pero la verdad es que nos dejó pensando).

Que la Laurita haya decidido criar a los trillizos no tiene mucho misterio: los once hijos que quedaban en la isla ya eran adultos, ninguno se había casado ni tenía descendencia, e iban a estar felices con estos tres chiquillos que tan probablemente eran sus sobrinos (o ahora con total seguridad, dado que eran tres como había anunciado la meica).

Pero lo que sí nos llama la atención es que la Laurita recordara de pronto a don Augusto, a quien no mencionaba jamás, y que retomara la tradición alfabética interrumpida por ella misma. A lo mejor volvió a temerle al diablo después de lo que ocurrió con la Tomasa, o tal vez los veintitantos años de viudez habían maquillado el mal recuerdo que tenía de su marido. Fuera por una cosa o por la otra, lo cierto es que la Laurita bautizó a los niños, ahora sí, con la jota, la letra pendiente: el primero Julián, el segundo Jerónimo y el tercero Juan de Dios.

—Como debería haber hecho con el tonto de Pedro, que no sé por qué no le puse Jedro —decía la Laurita.

Una nodriza vino especialmente desde el continente para alimentar a los trillizos, con los pechos rebosantes de leche porque había parido recién a una niña que no sobrevivió. Venía a pasar su pena con las tres guagüitas y a juntar alguna plata para ayudar a sus padres. La Laurita y la nodriza se entendieron de maravillas, excepto por la costumbre de la joven, seguramente heredada de sus ancestros alemanes, porque acá nunca se había visto tal cosa, ni siquiera en el continente, de amamantar a los niños en cualquier parte y sin la manta de rigor.

—Tápate, niña por Dios —se santiguaba la Laurita. —Yo no me escondo para comer. ¿Por qué los niños sí?

—Ay, chiquilla, a mí que soy mujer se me van los ojos. Imagínate nomás al pobre Guillermo.

A la nodriza le tenía sin cuidado que la mirara quien fuera: no era su culpa que los hermanos Garcés vivieran en ese curioso celibato y se embobaran con una teta. Preocupada de pasarse de los tres nietos anunciados, la Laurita había exigido desde siempre a sus hijos que no hubiera casorios ni guaguas, tal vez esperando que la descendencia viniera por descuido (que fue precisamente lo que pasó).

Con el pasar de las semanas, sin embargo, en la casona terminaron por acostumbrarse a ver a la nodriza con los senos al aire, a veces con una, dos o tres boquitas buscándole la leche, y otras con los niños y ella misma durmiendo a pata suelta y los senos al aire de todas formas, ocasiones que la Laurita, siempre atenta, aprovechaba para tirarle una manta encima y taparla hasta la cabeza.

Cuando llegó el otoño, la familia levantó el duelo por la Tomasa e invitó a los vecinos a compartir un asado para dar la bienvenida a la estación, y también para agradecer por las nuevas tres viditas que les había regalado el cielo. Los vecinos se dejaron caer puntuales, llevando una hilera de longanizas, un pollito, una garrafa de vino, una corvina, un saco de papas o sus tontas cebollas para meter entre las brasas. La fiesta, recatada al principio, entusiasta después, iba expulsando los últimos alientos de la pena y de la muerte.

Parecía que toda la atención de los invitados se la llevaban los tiernos trillizos, pero los viejos reconocen entre risas que tal vez la estrella de la noche fuera la nodriza, a quien todo el mundo animaba a beber copiosos vasos de malta con huevo para que no se quedara sin leche.

A medianoche, la joven consideró que ya estaba bueno de fiesta para los niños y se los llevó a la habitación de doña Laura, donde dormía con los tres.

Pero acaso por el exceso de malta, acaso por el puro destino o la sed de venganza del coludo, la nodriza se quedó dormida en mala

posición y no la pudieron despertar los suaves quejidos de una de las guagüitas, que pasó toda la noche bajo su peso hasta que ya no salieron más sonidos de su boca.

Doña Laurita se culpaba por haber bautizado a los tres niños con la jota: tendría que haber sido la jota, la ka y la ele, si salió uno después de otro, repetía en el velorio, mientras los vecinos intentaban consolarla a ella y sobre todo a la pobre nodriza, asegurando con palabras cariñosas y sentidas que nadie tenía la culpa de nada, que la vida era así, y que si acaso había algún culpable era don Augusto por haber pactado con el mandinga, pero que en cualquier caso ahora en el cielo habría un angelito para cuidar de sus hermanos que se quedaban en la tierra, y que por eso habían dejado el cadáver del niño sentadito y a la vista de todos, con esas alitas blancas que le hicieron, y que no podían llorar para no mojárselas, ¿o acaso no querían que llegara al cielo esta guagua, que a todo esto, cómo se llamaba, para poder rezar por su alma?

La familia Garcés tenía un pequeño inconveniente para responder esa pregunta. Resultaba ser que, al nacer los niños, le ataron a cada uno un cordelito alrededor de la muñeca para poder diferenciarlos. A Julián le tocó una lanita negra, a Jerónimo una blanca, y al tercero, Juan de Dios, un cordelito hecho mitad con lana blanca, mitad con lana negra. Y aquí las historias difieren: algunos dicen que con el paso de los meses las tres lanas terminaron todas negras y que no había forma de distinguir una de otra. Otros han escuchado decir que Cristina, Dora y Francisca, por entonces unas treintañeras risueñas que andaban juntas para todos lados, les cambiaban las lanas a los niños para molestar a la nodriza, hasta que ellas mismas terminaron por olvidar cuál sobrino era cuál.

Sea por esto o por lo otro, lo cierto es que ni doña Laura ni la nodriza ni ninguno de los once hermanos Garcés supieron informar a los vecinos si había muerto Jerónimo, Julián o Juan de Dios. Ante la insistencia de la pregunta, doña Laurita, toda vestida de negro y sentada en la misma silla desde la mañana, hizo callar de repente a las cantoras para anunciar que el niño muerto era Juan de Dios, porque con ese nombre era el único que podía ahuyentar al diablo, así que seguramente tenía el camino despejado hasta el cielo y no

importaba que se le mojaran las alitas con las lágrimas de su familia porque algún otro angelito lo vendría a buscar, protegiéndolo del malvado.

Y así se zanjó el asunto.

A la mañana del tercer día se fueron todos al cementerio para enterrar al niño al lado de su madre. Al regresar a la casona, los Garcés recordaron que todavía les quedaban dos niños y les repartieron sin concierto los nombres disponibles, asegurándose esta vez de no olvidar cuál era cuál.

Jerónimo y Julián, entonces, los trillizos que ahora eran mellizos y que crecieron en la casona bajo los cariñosos motes de Jejei y Jujui. Así era como se llamaban entre ellos desde que aprendieron a usar las palabras y a los adultos, claro, les hacía mucha gracia.

—¡Se pusieron motes güenos pa llamarse de lejitos! —decían los hermanos Garcés, y cierto es que durante muchos años se pudo escuchar, rompiendo la calma de la isla, el grito infantil de un Jejeeeeeei o de un Jujuuuuui que rebotaba en los riscos y llenaba el aire de algo que nos gustaría entender, tal vez porque el bicho este nos tiene medio sensibles, como un profundo amor de hermanos. Porque Jerónimo y Julián, como buenos mellizos, fueron desde siempre uña y mugre, y tan pa- recidos que resultaba imposible para los vecinos diferenciarlos de buenas a primeras, a lo que la manía de las hermanas Garcés de tejerles la misma ropa no ayudaba en nada. Había que estar con ellos un rato para saber cuál era Jerónimo y cuál era Julián.

Los vecinos iban descubriendo poco a poco las pequeñas, sutiles diferencias. Por ejemplo, mientras uno miraba fijamente las cosas y tenía un andar pausado, el otro llevaba los ojos de aquí para allá todo el rato y se sobaba constantemente las manos. En cualquier caso, los ancianos que todavía tienen memoria (a los que fuimos a visitar en parejas para preguntarles por estas y otras cuestiones)

dicen que no recuerdan cuál era el que miraba fijo ni cuál era el inquieto, y que tanto podía ser Julián como Jerónimo (o Juan de Dios, nos quiso convencer una noche un abuelo, bien tapadas las piernas con un chalcito de lana y con los ojos vidriosos de tanto esfuerzo que hacía por llevar la mente atrás, hasta que le recordamos que Juan de Dios falleció aplastado a los tres meses de nacido. Después de pensar un poco el abuelo nos dijo que en ese caso Juan de Dios no podía ser ni el inquieto ni el mirón, que lo disculpáramos, y dicho eso se quedó dormido en el sillón y tuvimos que dar por terminada la entrevista).

Las primeras particularidades de los dos hermanos fueron apareciendo con el tiempo, lentamente. No alcanzaban para diferenciarlos por apariencia, pero sí por las cosas que hacían. Más de alguno recuerda, por ejemplo, que Jerónimo tenía una puntería espectacular. Se hizo famoso cazando pajaritos con su honda, y era capaz de darle a una lagartija que trepara por un muro con un piedrazo lanzado a veinte metros de distancia (discutimos sobre la posible exageración de lo anterior. Para resolverlo, se nos ocurrió inventar un problema con un zapato o una pelota en la copa de un árbol para que don Jerónimo pudiera demostrar si tenía o no tan buen achunte).

Julián tenía otro tipo de puntería: puntería de pescador. Salía varias veces a la semana en los botes, un puntito con gorro de lana entre los pescadores que le iban enseñando el oficio y se peleaban para que se subiera en tal o cual chalupa, porque el niño tenía una intuición feroz para indicar dónde debían echarse las redes. Fue en esas madrugadas de botes y cañas, de largas esperas en el mar calmo, donde el niño Julián escuchó hablar por primera vez de la campana hundida y se obsesionó con la idea de encontrarla. La historia nos la contó el propio don Julián en varias ocasiones y venía del tiempo de los españoles, cuando ya estaban bien asentados en esta parte del mundo y los barcos atracaban a cada rato en la isla para hacer un descanso y llevarse algunos cuantos indígenas que les construyeran sus casas y sus iglesias y les dieran la vida de nobles que no habían tenido en Europa. Uno de esos barcos traía un cargamento especial: una campana gigantesca y cubierta de oro, que tenía por destino incrustarse en lo más alto del campanario de la nueva catedral de la ciudad. La embarcación había cruzado todo el océano sin mayores contratiempos, y el capitán supuso que no habría inconveniente en hacer un alto en nuestra isla, sin sospechar que los indígenas ya estaban mosqueados y alertas y no tenían ninguna gana de recibirlos como no fuera a flechazos. Pero la nave, ignorante, siguió su rumbo y se acercó lo suficiente a la tierra como para quedar posada sobre las aguas que se encienden.

No hay nadie en la isla que no haya jugado con un fosforito a prender el mar. Don Jerónimo nos dijo que eso pasa porque en nuestro mar hay algún tipo de gas; don Julián negó con la cabeza y explicó que es porque nuestra isla está cargada y el mar, cuando se acerca a la orilla, se carga también. No sabemos a quién creerle, pero sea por una cosa o por la otra, lo cierto es que una chispa puede prender el fuego sobre el agua, lo que naturalmente impresiona a los turistas, que no pueden evitar tomarse fotografías con el mar encendido de fondo y una cara de cumpleaños que complementan haciendo orejas de conejo con los dedos (cosa que, honestamente, no hemos entendido jamás).

Lo que contaba don Julián era que una de las lanzas que arrojaron los indígenas para espantar a los intrusos venía encendida, como si fuera una antorcha voladora. Al caer al agua prendió el mar, y la embarcación no se dio cuenta de que se le empezaba a quemar la quilla. Cuando lo descubrieron ya era demasiado tarde, y el barco se hundió con capitán, tripulantes y campana. Los pocos sobrevivientes lograron subirse a uno de los botes y no volvieron jamás. La historia corrió por el reino y los indígenas tuvieron algunos años de paz, hasta que un día, o tal vez una noche, años después del naufragio, los isleños distinguieron, entre el ruido de las olas, lo que parecía ser el sonido fantasmal de la campana, que repicaba desde el fondo del mar como un presagio oscuro.

Al día siguiente vinieron otra vez los barcos, pero esta vez las lanzas no pudieron contra ellos. Los españoles desembarcaron, cargaron sus fusiles y apresaron a cuanto indígena pudieron atrapar.

No pasó mucho tiempo hasta que la isla quedó deshabitada. La campana, decían los pescadores, aún se siguió escuchando en noches sin luna, alertando a los isleños. Nosotros hemos creído escucharla por lo menos cuatro veces: cuando llegó la Milena (que fue algo bueno), cuando llegaron los milicos (que fue algo insulso, porque se fueron al día siguiente), cuando lo del tsunami (evidente,

con todo el mar moviéndose con tanta furia) y ahora que llegó don Jerónimo.

Cuando dábamos por terminada una jornada en la taberna, nos íbamos juntos por la isla anochecida comentando alguna cosa que quedó pendiente, un episodio que debió contarse mejor, una escena a la que faltaron detalles, pero en conjunto contentos por sentir que éramos capaces de reconstruir la historia entre todos. Al principio avanzábamos lento, porque todos queríamos aportar un detallito, alguna ocurrencia, imprimirle a la historia algo nuestro, y las discusiones se volvían eternas: ¿Y si la señora Laurita dijo tres veces el nombre de Pedro, no ven que queda como más no sé, más qué sé yo, como más, como mejor?, proponía alguien, y eso tenía que evaluarse, claro, no era cosa de llegar y afirmar una cosa así, porque si de algo estábamos seguros era de que nunca más se iba a juntar un puñado de pueblo a recordar la historia de los Garcés. A lo mejor otras historias, a lo mejor las nuestras, pero esta de los mellizos ya se iba a poner añeja, o no añeja, pero es que ya iba a tener su versión oficial: la nuestra.

De modo que en las primeras noches estábamos más bien inseguros de declarar con tanta certeza que, por ejemplo, la señora Laura Casanueva repitió tres veces el nombre de su hijo Pedro la noche en que lo parió, porque después, en el futuro, capaz que nadie iba a poder quitar ese detalle. Entonces tenía que ser un buen detalle, algo significativo, como dijo la Martita, linda palabra esa.

Pero con el paso de las noches ya estábamos un poquito más sueltos y menos peleadores: al final una historia solo existe en la forma en que se cuenta, y nosotros queríamos que existiera y no podíamos ponernos tan mañosos, así que le fuimos echando para adelante, estampando el relato con nuestras huellas: no importaba si se ensuciaba porque eran las huellas de todos y eso estaba bien, eso nos quitó el miedo, nos gustó esta cosa de ser una sola voz, de ir recuperando la palabra de una voz por todas.

Y era lindo ese momento en que la Martita cerraba la taberna y nosotros nos íbamos por la isla oscura de regreso a las casas,

porque tomamos la costumbre de irnos por el camino que pasa por la casona de los Garcés, para verla y sobre todo para fijarnos si durante las horas que habíamos pasado reconstruyendo la historia los hermanos habían seguido recuperando su casa. Era como si nuestras propias palabras ayudaran: cada escena recordada era una tabla nueva, una teja reemplazada, un clavo suelto devuelto por el martillo a su lugar original. Cada frase era una poda, cada invento una limpieza de la mala hierba.

A mediados del otoño don Jerónimo ya pudo instalarse en la casona, pasando las noches en la que había sido su pieza de niño. Nos pidió ayuda para lavar sábanas y frazadas, pero no aceptó que le colaboráramos a sacar el polvo acumulado del interior. No quería que entráramos. El único que lo hacía, por derecho propio, era don Julián, que a veces se quedaba a dormir, aunque seguramente en otra habitación. No sabemos si en la misma en la que dormía con la Milenita, porque claro, tantos recuerdos, tanta historia.

—Siempre está callado, así que no hace mucha compañía —nos comentó un día don Jerónimo—. Pero enciende la chimenea en dos segundos. No sé cómo lo logra. Siempre tiene la casa caliente.

—Tal vez esa sea su forma de hacer compañía, pues —dijimos, y el viejo nos miró como si le hubiéramos revelado el mismísimo misterio de la vida.

Hace sesenta años, en cambio, a los mellizos solo podía separarlos el mar de las mañanas. Cuando se aburría de esperar a Julián, que ahí andaba otra vez entre las chalupas, Jerónimo se dedicaba a recorrer una y otra vez la isla, más que nada para capear el trabajo en la hacienda, que se volvía monótono si lo hacía sin su yunta. A veces a caballo, a veces a pie, remontaba una y otra vez los bosques. Era un diestro trepador de árboles, desde cuyas copas divisaba los botes de los pescadores entre los que iba, tan contento, su mellizo.

Una mañana, cuando ya tenía catorce o quince años, Jerónimo distinguió desde la copa de un árbol una columna de humo a lo lejos. Aunque era humo blanco, se le quiso ocurrir que se podía estar quemando el bosque. Entonces bajó del árbol a toda carrera y salió al trote cerro arriba, adentrándose a su pesar en la zona prohibida de la isla. Ahí, se decía, habitaba una manada de pumas a la que era mejor no molestar, aunque Jerónimo jamás había visto a un puma (y ya que estamos, nosotros tampoco). Por las dudas, se aperó de piedras grandes y, confiando en que su puntería le permitiría dejar ciega a una fiera a la distancia, se internó más y más en el bosque. Los gritos de su hermano ya no se escuchaban y eso le debería haber hecho recular, pero no lo hizo. Siguió avanzando, guiado por el olor a humo, hasta que descubrió, camuflada entre el follaje, lo que con buena voluntad y algo de imaginación podía entenderse como una casa, de cuya tosca chimenea salía un humo que desordenaba el viento.

Por supuesto, el joven Jerónimo tiene que haber escuchado los adultos decir que en lo más espeso del bosque vivía un brujo, pero seguro que también los había oído relatar con toda seriedad que en las noches su cabeza se desprendía del cuerpo y las orejas le crecían hasta transformarse en alas, alas orejudas que batía para salir a recorrer la isla y echar maldiciones a diestra y siniestra, y también que si uno lo veía o siquiera lo escuchaba tenía que decir "¡Por Dios y Santa María!" si no quería quedar tullido para siempre, y entre una cosa y otra Jerónimo, más desconfiado que su hermano, elegía no creerles nada.

Pero ahí estaba la casa. Ahora quedaba por ver si había o no había un brujo.

Jerónimo se pasó la mañana entera escondido en lo alto de un árbol, sin dejar ni por un segundo de mirar la puerta de la casa, a la espera de que se apareciera el brujo. Al mediodía, muerto de hambre y envalentonado por la repetición inmóvil de la escena, decidió acelerar un poco las cosas: sacó del bolsillo una de las

piedras que tenía preparadas para enfrentarse a los pumas y la lanzó a las puertitas de madera de la única ventana.

El ruido espantó a los pájaros, pero no hizo salir al brujo. Ahora Jerónimo sí que tenía miedo, porque a lo mejor el viejo estaba esperando que bajara para echarle un maleficio. Entonces se quedó ahí, con el corazón inquieto y la guata rugiéndole de hambre, hasta que varias horas después, cuando el sol ya empezaba a bajar hacia el mar, una voz lo sacó de la duermevela en la que se había sumido:

—Ya está bueno, mijo. Bájese de ahí y venga a tomarse una agüita de boldo, que debe estar acalambrado.

Abajo, mirando hacia la copa con una sonrisa divertida, estaba el único habitante de la isla que Jerónimo no conocía. Se llamaba don Lautaro y era pequeñito, barbón, maceteado y calvo, como si durante su vida no hubiera hecho otra cosa que intentar parecerse lo más posible a un duende del bosque.

En los años que siguieron el viejo le dijo muchísimas cosas al muchacho, frases sorprendentemente iluminadoras o misteriosas que soltaba como si nada en medio de los relatos que hacía de su vida anterior, de sus viajes por el mundo, de las cárceles que conoció y los amores que todavía recordaba, de su militancia en el Partido y la Ley Maldita, que en 1948 le obligó a esconderse en la isla, construir la casa y reducir al mínimo posible sus viajes al continente, aunque de vez en cuando recibía misteriosas visitas que le traían mercadería, implementos fotográficos y, suponemos nosotros, todas las noticias de los devenires sociales del país. Pero la frase que mejor recordó don Jerónimo, y que por algo escribió en su libro, en el cuento del puma, fue la que pronunció apenas lo vio saltar y poner otra vez los pies en la tierra:

—Esas patitas que tiene usted van a andar muchos caminos, pero no van a engañar a la muerte.

El joven Jerónimo se miró las ojotas, a ver qué había visto el viejo en sus pies. Pero no distinguió nada más que el barro que los cubría siempre, que los callos que se le hacían de tanto andar por los cerros de la isla.

—¿Por qué lo dice, señor?

—Eso ya se lo responderá usted mismo, cuando se deje de andar a los piedrazos.

Así se dice que conoció don Jerónimo al viejo Lautaro, cuyos restos descansan en algún lugar del bosque que le dio refugio.

Después de algunos intercambios que, reconocemos, subieron bastante el tono nuestras reuniones (tal vez porque esa noche el mar estaba revuelto y nos emborrachamos de tanto mirarlo a través del ventanuco, en los momentos en que parecía que la historia no tenía más hilo en el carrete), llegamos al consenso de que fue la aparición de don Lautaro lo que empezó a desviar de forma definitiva las que hasta entonces eran dos vidas que avanzaban por el mismo sendero (la frase es de don Gustavo, que pide que lo señalemos y que aprovechemos de avisar que todavía le quedan copias del libro que mandó a imprimir al continente y que reúne lo mejor de su poesía).

Sí, porque el viejo no solo le enseñó al joven Jerónimo lo que sabía de las aves, de los árboles, de las hierbas medicinales y esas cosas; no solo fue su amigo como lo fueron para Julián los pescadores o el farero Gamadiel: al final cada uno tenía más o menos cercanía con tal o cual isleño y eso no impedía que los mellizos siguieran siendo inseparables. La diferencia radicaba en el entusiasmo que don Lautaro le transmitió al joven Jerónimo por algo que no se encontraba en la isla, lo que con el tiempo obligó al muchacho a ir a buscarlo al otro lado del mar. Nos referimos, claro, al arte de la fotografía, con la que don Lautaro se había ganado la vida antes de venir a esconderse en la isla.

Jerónimo se tiene que haber vuelto loco cuando pudo entrar al cuarto oscuro donde su nuevo amigo revelaba las fotos que tomaba con su cámara, una Kodak plateada que le había sido regalada a don Lautaro por un fotógrafo gringo en pago por sus servicios (que ignoramos en qué consistieron). Era pequeña y modernísima para la época, con una funda de cuero hecha a la medida para transportarla por el mundo (la descripción la hace don Félix, pero, con perdón del bueno de don Félix, nos da la impresión de que en realidad no la recuerda o no la conoció, y que se está inspirando en la máquina que anda paseando ahora don Jerónimo por la isla).

Por toda la casa, amontonadas sobre las paredes, había fotos sepiosas de la isla, de la ciudad, de la capital y hasta de otros países. El mundo le había entrado por los ojos a aquel muchacho que vivía rodeado de agua, y fue esta revelación (nunca mejor dicho) la que, en nuestra humilde pero consensuada opinión, desvió para siempre los destinos de los mellizos.

El muchacho aprendió rápido el arte de la fotografía y cambió su famosa puntería de cazar pájaros por la puntería de retratarlos, mientras Julián se preguntaba dónde andaba su hermano, que ya no salían juntos a recorrer la isla. Porque hasta donde hemos podido indagar, Jerónimo no le contó sino hasta mucho después a su mellizo que tenía un nuevo amigo, ni le habló de su pasión por mirar el mundo a través de un lente.

Un par de años después, cuando el viejo y el muchacho ya habían construido palabra a palabra su entrañable amistad (de la cual lamentamos no haber podido recabar más información, porque a don Lautaro se le conoció muy poco en el pueblo), el ermitaño le dijo a Jerónimo que iba a tener que ir al continente a comprarle rollos de fotos, porque la reserva que se había traído tantos años atrás se le estaba acabando y él no pensaba (o tal vez no podía) poner un pie al otro lado del mar.

—¿Al continente, don Lauta?

—Claro, ¿o acaso venden rollos en la isla?

—Es que yo nunca he ido al continente.

—Bueno será que vea algo más que este pedazo de tierra rodeado de agua. Ya no es un niño.

—Pero es que los tíos no me dejan ir. Dicen que mejor aquí nomás.

—Entonces pídales a sus tíos que le traigan los rollos — dijo don Lautaro—. Porque si no, se acabó la foto.

El pobre muchacho no quería que su familia se enterara de que pasaba el tiempo con el brujo, porque ya sabía qué diría la Laurita sobre la imprudencia y sobre el decoro y sobre el peligro y sobre los pumas. No tenía, pues, cómo explicar que, de repente y sin venir a cuento, necesitaba con urgencia un puñado de rollos Kodak.

Antiguamente la cosa era así: la isla producía y los barcos se llevaban la producción una vez al mes. A cambio, nos traían lo que no teníamos aquí. Pero un día los barcos dejaron de venir. No nos sale a cuenta, dijeron por toda explicación, y se fueron por el mar como niños amurrados. Pasadas las primeras semanas de consternación, hubo que arremangarse las camisas y los pescadores recuperaron el olvidado oficio de boteros. Cobraban una módica suma por llevar al campesino de turno hasta el continente, y echaban en la chalupa todo lo que se pudiera vender en el muelle más cercano.

La familia Garcés, que era la que más producía, fue también la más afectada por el repentino fin del comercio. Menguaron los asados y las fiestas, dejó de cosecharse la arveja a gran escala y los viejos se empezaron a aburrir. Así empezó el lento declive de la hacienda. Cuando don Julián, en sus veinte, se hizo cargo de todo, ya se trataba básicamente de mantener vivos a los tíos y a unas cuantas decenas de vecinos. Pero en los tiempos en que dejaron de venir los barcos la hacienda todavía producía más que lo que podía consumir y hubo que pedir ayuda a los nuevos boteros para que llevaran a alguno de los hermanos Garcés a vender la cosecha, viaje que de vez en cuando era aprovechado para seguir hasta la ciudad y comprar remedios y otros menesteres, aunque por lo general preferían llegar nomás hasta el primer muelle, vender rapidito y regresar de inmediato a la isla casi sin poner un pie al otro lado. Es decir, lo mismo que hacemos nosotros, excepto si nos enfermamos y tenemos que ir hasta el hospital de la ciudad, pero acá poca enfermedad es la que se ve. Vejez, nomás, pero la vejez no es una enfermedad (la frase es de la señora Nancy, que también pide que la señalemos, aunque lamenta no tener libros que vender).

En este punto hizo su entrada a la historia la tía Helena, que era, descontando a Pedro, la menor de los Garcés. A diferencia de sus hermanos, Helena sabía leer, escribir, multiplicar y dividir, instruida

en su adolescencia por la matrona Griselda Fernández, por propia iniciativa y a escondidas de los demás.

Cuando los mayores acusaron cansancio para seguir surcando el mar hasta el continente, en esos agotadores viajes de varias horas de ida y vuelta, ella se ofreció voluntaria de inmediato, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida que esperar esa oportunidad. Nadie se opuso: al contrario, los hermanos mayores se alegraron de no tener que ir a la ciudad nunca más, porque, según decían, no se hallaban entre tanta gente y tan poco horizonte. Helena no pensaba igual que sus hermanos. Salía con algún botero de alba, cruzaba el mar y se apeaba contenta en ese mundo tan distinto, donde hasta la larga espera del primer bus que pasara en dirección a la ciudad se le hacía mágica, lo mismo el camino saltarín arriba de la máquina, un trayecto fatigoso que ella disfrutaba como una zambullida en verano, porque entre más se acercaba a la ciudad más se convencía de que el mundo era inmenso y que los caminos estaban hechos para andarlos (la frase es, según la Toñita, el epitafio que se lee en su tumba, allá en el continente). Todo le maravillaba: las tiendas, los sombreros, los bigotes, los vestidos, los ventanales, los carteles, los semáforos, los automóviles y hasta los gritos. Si hubiera dependido de ella, se habría quedado un buen rato en la ciudad, pero el compromi- so con su madre era ir y volver en el mismo día. De modo que compraba lo que tenía que comprar, y si le quedaba tiempo se tomaba un helado en la plaza, fascinada por la gente que la atravesaba, antes de tomar el bus de regreso hasta el lugar donde la esperaba el botero para traerla de vuelta a la isla.

A escondidas de sus hermanos, que no le habrían aguantado que destinara dinero a algo tan innecesario, Helena regresaba siempre con un libro de estudio para los mellizos. Ya en la isla, se alejaba con ellos hasta algún roquerío fondeado y se sentaba, se estiraba la falda y, con un sobrino a cada lado y el mar al frente, les enseñaba a leer y a escribir. Los mellizos aprendían rápido y cuando cumplieron quince años ya habían superado con creces los rústicos conocimientos de su tía: desde entonces Julián y Jerónimo siguieron

aprendiendo por su cuenta y empezaron a pedirle otras lecturas a la tía: novelas de aventuras y de cowboys, preferentemente, que ella compraba por folletines en los quioscos de la ciudad, dejándose para sí misma alguna novela romántica que le permitiera soñar con que un día algún isleño se fijara en ella y pudiera tener su propia familia, lo que no terminaba de ocurrir porque en la isla ningún hombre se atrevía a mirar a las hermanas Garcés, que si no eran ya viejas eran, en cualquier caso, infértiles, dado que la meica había anunciado tres nietos y estos ya habían llegado hace tiempo, lo que sepultaba las esperanzas de los que hubieran querido tener descendencia.

Una tarde, Jerónimo se armó de valor y le rogó a la tía Helena que en su próxima visita al continente le comprara rollos de fotos, lo que le obligó a confesar que había conocido al viejo Lautaro. A Helena le pareció fascinante que en la isla hubiera una cámara de fotos y le aseguró a su sobrino que podía contar con ella en cuanto al secreto, pero que esos filmes seguramente serían caros y los hermanos se darían cuenta de que estaba faltando dinero.

—Si se consigue plata yo se los compro, mi niño.

Cuando a la casona no le quedaban más arreglos urgentes que hacerle y ya era de nuevo un espacio habitable, los viejos se dedicaron a recuperar el huerto. Trabajaban todo el día y en la noche se sentaban en el corredor principal y hacían un fuego en el brasero, que miraban en silencio, sin hablarse casi nunca. Daban tremendas ganas de meterse en la casa a buscar la guitarra de la Milena para animarles su fiesta privada, pero resultaba que, aunque no era fiesta, sí que era privada.

¿Cómo no van a tener nada que decirse después de cincuenta años?, nos preguntábamos.

El orden de la fiesta, pensamos entonces. El orden de la fiesta, caramba.

Y así empezamos a tejer el plan.

Todo eso del orden de la fiesta era una idea que don Julián se animó a compartir con nosotros al final de una velada exitosa, con la lengua ya traposa y la vista fija en las últimas brasas, sosteniendo apenas su vaso de vino a medio tomar. De esto hacen muchos años. Era el tiempo en que don Julián hablaba hasta por los codos. Esa vez, más encima, estaba pasado de copas. No había quién lo parara. Lo recordamos perfectamente: bien guardado dentro del poncho y acariciándose con ternura su propia barba, se puso a ponderar la junta que iba acabando, haciéndonos saber por qué, a su juicio, había resultado tan bien.

—El orden de la fiesta —dijo, y los pocos que quedábamos no vimos necesidad de irnos todavía, si quedaban brasas, si aguantaba el vino, si la noche invitaba a escuchar al viejo—. Hay dos tipos de fiestas, muchachos: las que resultan y las que no resultan. Cuando era chico me costaba entenderlo, porque en todas las fiestas había esencialmente lo mismo: personas queridas, vino y comida, naipes, fuego y música, parejas de oficio y otras tentándose. Incluso los cantores eran los de siempre. Lo que cambiaba podía ser la casa, el anfitrión, pero de todas formas siempre había una casa y un anfitrión. Los elementos, pensaba yo, les hablo de cuando tenía diez, doce años, eran iguales. Pero a veces, aunque llegaba todo el mundo, aunque traían cosas para echar a la parrilla, aunque la comida estaba buena y también el vino, aunque había incluso una voluntad general de pasarlo bien, la gente al rato se veía medio perdida, enredada en conversaciones sobre el tiempo, sobre el mar o la cosecha, sobre trabajo, pues, y se paseaban por la fiesta buscando algo que no sabían qué era y que no podían encontrar. Entonces, al rato, se iban despidiendo, cortésmente, ¿no?, en parejas, tenemos al menor durmiendo solito, decían, no estamos seguros si dejamos bien cerrada la cerca, deben tener hambre los perros, y los dueños de casa respondían que claro, que muchas gracias por venir, mientras los invitados partían caminando lentamente, echando alguna mirada atrás, como si esperaran que todavía pudiera darse vuelta el asunto, pero no, no había caso con

esa fiesta, y entonces iban desapareciendo por la isla, hasta que los anfitriones, también ellos aburridos, se estrujaban las manos esperando que los pocos pesados que insistían se fueran también de una vez por todas, porque para estar escuchando borrachos mejor se iban a dormir, y mientras rogaban, en silencio, que se esfumaran, iban calculando no el éxito (a todas luces escaso) de su convite, sino más bien el desorden que había quedado, el tiempo que tardarían en volver a poner todo en su lugar al otro día, el vino que había sobrado en los vasos a medio tomar y que habría que echar a la tierra porque quién se iba a querer tomar esos tintos bigoteados, y así pasaban el rato hasta que, desesperados por esos dos o tres insoportables que no se iban nunca, pese a que ya era evidente que la fiesta había terminado, se ponían a ordenar nomás, a adelantar un poco del trabajo que de todas formas tendrían que afrontar al día siguiente, y los pegados como que entendían que era hora de partir, y se despedían, y los anfitriones preguntaban por cortesía, Ah, ¿ya se van? ¿No se toman otro vinito?, aunque por supuesto que esperaban que les dijeran que no, que ya se iban, y eso decían, No, no, vamos yendo nomás, vecinos, gracias por todo, gracias por todo. Y al día siguiente yo intentaba recordar la fiesta, paso a paso, para entender qué había pasado, dónde se había torcido todo: si acaso el frío, si acaso la semana había venido dura y la gente estaba cansada o qué se yo: por qué, por qué diablos había fracasado la fiesta. Y como esto lo observé toda mi vida, especialmente en las fiestas que daba mi mamá Laurita y después, aunque con menor frecuencia, los tíos, entendí que no podían ser los elementos, si siempre eran los mismos, los que hacían la diferencia, sino que el asunto radicaba en el orden en que aparecían. Eso es el orden de la fiesta, muchachos. Ahí se juega todo.

Don Julián se acomodó un poco, dio un traguito al vino, y siguió hablando, entusiasmándose a cada palabra, porque sintió – tal vez era cierto– que nos estaba dejando la enseñanza más importante de todas las que hubiera podido ofrecernos jamás, y lo hizo con una seriedad que llevaba a pensar que no había en todo el mundo algo

más importante para ese hombre que el éxito de sus convites, que la alegría de los suyos después de un carrete.

—El orden de la fiesta, eso es. Antes de empezar, tenemos que consensuar que existen tres tipos de fiestas: las organizadas, las semi-organizadas y las improvisadas. Las improvisadas siempre son un éxito, porque nadie improvisa una fiesta a menos de que el ánimo personal o general lo haga inevitable, y con tanta alegría dentro eso no tiene posibilidades de fracasar. Por otra parte, la improvisación tiene sus propias reglas, y lo que no tiene son expectativas, así que no hay por dónde echarla a perder. De las semi-organizadas no hay mucho que decir, porque todo el mundo sabe que no tienen, jamás, opción alguna de triunfar, de modo que las dejaremos a un lado y nos iremos a las organizadas, cuyo éxito depende del orden de la fiesta. El orden de la fiesta, entonces. Lo primero es echar a correr la invitación un par de días antes, hacer un poquito de expectativa, para que la gente se venga preparada a pasarlo bien. Pero a ciertas personas, las que considere el anfitrión por cercanía, sangre, interés amoroso o simplemente por simpáticas y entusiastas, se les dice por lo bajo que se vengan antes. Se forma así un grupo de, digamos, seis, siete personas, entre ellos los anfitriones, que preparan el camino, prenden el fuego y se van tomando alguna cosa mientras se ponen al día. Esto tiene un efecto importante por dos razones: primero, porque como, de forma espontánea, para ir rompiendo el primer hielo, se ponen en común un montón de temas y de vidas, el grupo, que llamaremos Núcleo de la Fiesta, se puede hacer una idea de los temas que son causa de alegría y los que son causa de silencios. Los temas que traen silencio se van descartando, de modo que después, durante la fiesta, serán evitados naturalmente, y en cambio se podrá repetir una anécdota que causó especial gracia entre el Núcleo de la Fiesta, ahora mejor condimentada y dirigida a todo el resto. Una sandía calada, digamos. La segunda razón por la que este primer grupo resulta esencial es muy sencilla: cuando empiezan a llegar los invitados se encuentran con una fiesta que ya empezó, y no saben ustedes cuánto afecta eso a los que recién se asoman. No hay nada más lamentable que

apersonarse en un convite silencioso, con dos o tres personas mirando las moscas. El alma se encoge y puede que de ahí no salga más. Por eso, muchachos, el Núcleo: ahí se está empezando a tejer todo, y cuando caen los primeros invitados no pueden hacer otra cosa que sumarse a la alegría que ya está regada, y se ponen contentos de haberse arrimado a una fiesta que promete tanto. El espíritu fiestero se ha activado. Es un buen momento para jugarse una mano de naipes, porque todavía somos pocos, pero debe considerarse que el juego puede no acabar, porque cuando llegue una masa mayor de invitados habrá que dejarlo hasta ahí nomás. El ánimo general es bueno, la gente no tiene que esperar horas para comer porque la parrilla está prendida hace rato, pero tampoco es que apenas uno ponga un pie en la fiesta le pasen un choripán, asunto de por sí desagradable, por muy hambreado que se venga. No, se espera un poco, la gente se va bajando sus vasos de vino, y como no han comido aún la chispa los agarra un poco antes, y la carne y los pescados y las longanizas pasan, digamos, a un plano secundario, la gente entiende que esta fiesta es mucho más que el asado, que promete mucho más.

»A la hora de comer, que de todas formas tendrá que llegar, un anfitrión de oficio puede sentar a la mesa, con tacto, a unos con otros, procurando el fluir de las palabras según la avenencia, pero si la previa ha resultado bien esto no será necesario: ya todos están contentos y animados, y tanto da si hablan con este o con aquella. Terminada la comida viene un momento difícil: si ha sido muy abundante, alguno echará de menos su cama y querrá partir a pegarse una pestaña, con escasas posibilidades de regresar. Hay que evitar a toda costa el abatimiento general, para lo cual hay dos opciones: la primera y más efectiva es retomar las mejores anécdotas del Núcleo, buscando la risa, que es el mejor remedio para el sueño, y como solo se puede responder a una historia con otra historia, es de esperar que al oír tal o cual relato otro invitado, uno que no estuvo en los albores de la fiesta, diga que eso que contó Fulanito le recuerda a lo que contaba su padre acerca del señor don Sutano, y así se pueden pasar dos, tres horas de risa,

mientras el vino se sigue escanciando y las carcajadas son cada vez más fuertes y la alegría ya es una cosa incontenible. Pero si la conversación no fluyera como se espera, el anfitrión debe tener preparado un segundo plan, un juego de cachos, por ejemplo, ofreciendo un premio al ganador: una garrafa de vino, por decir, que de todas maneras sabe que va a sobrar porque se ha agenciado con diligencia de tinto, pipeño y blanco. Se sortea así el sueño, la pesadez en el estómago, y antes de que puedan darse cuenta, los invitados ya no se sienten abatidos sino más bien entusiastas, y cuando ven que esos dos o tres vecinos –del Núcleo, que son, claro, los más comprometidos con la fiesta– han encendido la fogata lo agradecen con aplausos, porque a esta hora el sol ya se ha ido o pretende irse y ha empezado a correr un vientecito frío que podría arruinarlo todo. De todas formas, el anfitrión ha previsto esto y tiene repartidos los ponchos por el patio para los infaltables friolentos, que curiosamente nunca son precavidos con estas cosas. La fiesta se ha movido, sin necesidad de explicarlo ni hacer una invitación formal a pasar a la fogata (hay que evitar las invitaciones, hay que dejar que todo fluya, muchachos, que la gente crea que está tomando decisiones espontáneas), donde después de una u otra anécdota rezagada, sale la guitarra. Ah, y el guitarrista, muchachada, el guitarrista es esencial y es también un problema, porque acá no se trata de tener a uno que toque bien la guitarra, no se trata en ningún caso del mejor de los músicos, porque ese va a tocar despacito como si fuera un concierto, ¡y esto no es un concierto, caramba!, es el momento de cantarle a la noche. Se necesita a uno que sepa hacer sonar la guitarra, por supuesto, pero que no toque demasiado bien, porque el que no toca tan bien se tiene que ayudar cantando fuerte y sabe que todo depende de que conozca bien la letra, para que los demás lo puedan seguir, y no importa si falla uno u otro acorde, que los invitados, ya bien entonados, no van a distinguirlo: lo que importa es que sea capaz de seguir las pistas de ánimo que van dejando los invitados, que toque canciones que todos quieran cantar, y que deje de lado, totalmente, la posibilidad de lucir su talento, ¡porque no tiene que tener talento, carajo!, o más bien, su talento es otro, es el de escuchar las almas y rasguear esos

cantos que los invitados van a corear, van a gritar, a veces, porque esos versos hablan de ellos mismos, esa melodía siempre les llega al alma, y entonces el guitarrista puede estar dos, tres horas cantando sin parar, y si se detiene un segundo para descansar o tomarse el vino que lo aguaita sobre un tronquito tiene que tener a un socio que sea igual que él, uno que al pasarle la guitarra no va a tocar la única, triste y aburrida canción que se sabe, sino que va a seguir el recorrido por el que el otro, al que llamaremos Primer Guitarrista, venía, y con ánimo de seguir cada vez más alto, más lejos, más arriba, mientras otro vecino, que podemos llamar Fogonero, se ha venido encargando, silencioso, de que la fogata esté siempre bien alimentada, que se vea el fuego, mierda, porque mientras el fuego esté arriba y bailando a nadie se le va a ocurrir irse: eso solo pasa cuando no quedan más que brasas, pero falta todavía para el momento final de las brasas; ahora ha llegado el tiempo del baile, que surge con las canciones que el Primer Guitarrista, astutamente, ha guardado para este momento, las cuecas y las cumbias, que hacen que la gente se ponga de pie y mueva un poquito el cuerpo, medio dormido ya por tanto rato que llevan sentados cantándole a la noche, y después de ver a todo el mundo bailando, confundidas las parejas de todos los días, abrazados los amigos y las botellas, escondidos por allá esos dos que siempre se han tenido ganas, ya puede pasar cualquier cosa. La fiesta ha sido un éxito rotundo y la gente tendrá algunos días de mucha alegría al recordarla, y se sonreirán los vecinos que se encuentran en la playa, en el bosque, arriba de los botes, pastoreando a las ovejas, recordando cuando Mengano quiso levantar, en medio del baile, a la linda Fulanita, y terminaron ambos rodando por el suelo y muertos de la risa, qué buena fiesta, qué bien que lo pasamos donde El Anfitrión, quedé con la voz ronca de tanto cantar.

»Después del baile, con el guitarrista lleno de callos en los dedos, con los cuerpos empezando a rechazar otro vaso de vino, con el cansancio que empieza a pegar y el frío que ya no logran detener los ponchos, es normal que poco a poco la gente empiece a añorar su cama y su almohada, y que se despida con abrazos sinceros del

Anfitrión y los suyos, sin necesidad de decir muchas gracias, porque en las caritas el agradecimiento es evidente, es honesto y es completo.

»Sin embargo, puede ser que a la fiesta le quede todavía un momento más, que he dado en llamar La Hora Profunda, y que tiene lugar, ahora sí, frente a las brasas de esa fogata que el Fogonero sabe que no debe seguir alimentando. En la penumbra roja de la noche, el Último Grupo hace un silencio alegre, se oye todavía alguna risa o un ayayai nostálgico; la guitarra yace acostada en la tierra, mirando las estrellas, descansando al fin, y las miradas fijas sobre las brasas llevan al cuerpo a una especie de trance, que alguien aprovecha, después de un rato, para hacer una confesión o traer un recuerdo, o simplemente para filosofar sobre la vida. Ya no hay risas, porque ya lo hemos reído todo, y en cambio ahora quisiéramos terminar de estrechar los lazos sacando esas cosas del alma que nunca dejamos salir, porque cuándo, porque a quién, porque dónde. Y ahora es cuándo y dónde, y estos son los quiénes, estos rostros medio ocultos por la noche, con la espalda encorvada y las palmas de las manos abiertas, buscando el calor. Y al que habla no se le mira, o muy de vez en cuando, porque en realidad, y esto es muy importante, muchachos, lo que dice se lo dice al fuego, a esas últimas brasas que de pronto son la vida misma, y en ese brotar de palabras, de las pocas palabras que realmente valdrá la pena haber pronunciado a lo largo de una vida, surge, y perdonen que me emocione, ah, pero es que surge, y no quisiera sonar melodramático, pero a lo mejor ustedes me entienden, en ese brotar de palabras, decía, surge algo que solo puede definirse como divino.

»Por lo general, el Último Grupo espera el amanecer, y son las aves las que dan fin a la fiesta. Alguno duerme la mona en el patio, otro se ha agenciado un lugar en la propia casa del anfitrión, la pareja que desapareció durante el baile se quita de encima las hojas que cayeron de los árboles y se reconoce con las primeras luces del alba, mientras que el Anfitrión se duerme apenas apoya la cabeza en la almohada, profunda y alegremente. La fiesta ha terminado.

Ahora, en la taberna, ya no solo nos contábamos la historia de los mellizos sino que íbamos armando el plan de la fiesta. Pensábamos en lugares, en cómo tenía que ser el orden del asunto, a veces descartábamos la idea o nos cansábamos de discutir y preferíamos regresar a la tranquilidad del tiempo de antes, a los días en que un Jerónimo jovencito se daba vueltas por la isla pensando cómo diablos conseguir algo de dinero para comprar los famosos rollos Kodak.

Su problema iba más allá de que no supiera qué hacer para ganar unas monedas. Lo realmente complejo del asunto era que en la isla casi no había plata, porque todo era intercambio. Los que tenían ganado cambiaban carne por pescados, los pescadores cambiaban pescados por papas, los campesinos cambiaban papas por madera, los leñadores cambiaban leña por lana, los tejedores hacían chalecos y los cambiaban por carne. Ahora sí que hay algo de sencillo circulando, pero antes los niños se arremolinaban todos sobre el campesino que regresaba con una moneda del continente, conseguida quién sabe con qué artes.

Pero Jerónimo ya se había hartado de mirar por el lente de la cámara sin apretar el gatillo y estaba decidido a hacer lo que fuera para comprar sus rollos. Los deseaba tanto que estaba seguro de que no existía una cantidad de filmes tan grande en el mundo como para que él dijera que no necesitaba más. Pensó en robarse algo de la casona y pedirle a la tía que lo vendiera en el continente, pero sabía que era imposible convencer a Helena de algo así. Luego se le ocurrió fabricar hondas. Hizo una veintena, que la tía llevó al continente en su siguiente viaje. Jerónimo la esperó sobándose las manos: calculaba que si lograba vender la mitad, tendría que alcanzarle para comprar unos cuantos rollos.

Por supuesto, la tía regresó con las veinte hondas y la sonrisa triste de quien ha fallado en su misión. Desesperado, Jerónimo recorrió toda la isla buscando viejos tesoros del mar, restos de naufragios,

monedas olvidadas en la noche de los tiempos. Nada daba resultado. Hasta que finalmente recordó que, según su hermano, en la isla había un tesoro hundido que valía tanto como la casona entera, o tal vez como la isla entera.

Una mañana, mientras se aburrían pastoreando a las ovejas, Jerónimo se animó a sacarle el tema a su hermano. Julián se sorprendió mucho de que, después de haber recibido constantes negativas a lo largo de los años, ahora fuera el mismo Jerónimo quien propusiera salir en busca de la campana española. Pero en vez de ponerse a hacer preguntas, aplaudió un par de veces, como señalando que ahí mismo empezaba el proyecto, y se pusieron manos a la obra.

Fue recién en la tarde, mientras recorrían la isla con un mapa hecho por ellos mismos, en el que iban marcando las zonas del océano donde podría haber navegado el barco español en su intento de alcanzar la isla, cuando a Julián lo asaltó una duda.

—¿Y no era que a ti te daba miedo el mar?

—Un poco —reconoció Jerónimo—. Pero esto es mucho más importante.

La primera y última expedición tuvo lugar una tarde de otoño, a la hora en que los botes de los pescadores estaban libres. Los hermanos eligieron el del Loco Evaristo, porque como siempre estaba riéndose supusieron que no se iba a enojar, y sobre todo porque el Loco había bautizado al bote con letras negras que decían El campanario, y se les ocurrió que eso podía traerles suerte. Se aperaron de unos cuantos racimos de uva y algunas cajas de fósforos, y pronto estaban atravesando las primeras olas. Ya en el mar calmo remaron hacia el primer sector que habían marcado en su mapa.

—Imagínate a los piratas, viendo la isla de lejos y pensando que acá había oro —se ensoñaba Julián.

—No eran piratas, eran españoles.

—La misma cuestión.

Cuando llegaron a las aguas de la primera zona, hicieron las pruebas de rigor: rasparon un fosforito y probaron a ver dónde se encendía el mar. Cuarenta fósforos después ocurrió el milagro del fuego aguado, que no por común dejaba de ser impresionante. Sin embargo, las aguas eran muy bajas en esa zona. Julián tomó un remo por la punta y lo hundió: apenas alcanzaba a cubrirse entero.

—Más allá tiene que ser.

Jerónimo, silencioso desde que subieron al bote, miró con temor el horizonte.

—¿Y hasta dónde será, más o menos?

—Piensa tú que eran barcos grandotes, si estaban llenos de oro y de gente. Tiene que ser harto más allá para que se haya hundido y que no se vea el mástil ni nada. Capaz que se le empezó a quemar la quilla pero no se hundió al tiro, sino cuando ya se alejaba de la isla. Hundir un barco no es cosa de un segundo, Jejei.

La marea había ido subiendo lentamente y Jerónimo hubiera preferido regresar a tierra y probar suerte otro día, porque habían perdido demasiado tiempo tratando de encender el mar y ya empezaba a oscurecer. Pero Julián no iba a dejar pasar la primera oportunidad que tenía de encontrar la campana. Así que se adentraron más y más en las aguas.

—Van subiendo las olas —murmuraba Jerónimo.

—No importa, que suban todo lo que quieran, si el bote va a estar siempre encima. Hasta el cielo podemos llegar si quieren. Esa es la gracia de los botes: que flotan.

—Oye, pero no se ve nada para abajo. ¿Cómo vamos a saber dónde está la campana?

—Yo me imagino que tirará algún reflejo dorado, ¿no? No la vamos a sacar ahora, esta expedición es para saber dónde está. Después damos el aviso y le decimos a los buzos que nos acompañen.

—Pero esa campana debe pesar muchísimo.

—¡Puros problemas, Jerónimo! Si encontramos la campana la vamos a sacar del fondo como sea. Todos van a querer ayudar.

—Ya. Pero mejor vengamos otro día, de mañana, para que el sol refleje el oro.

—La próxima venimos más temprano. Pero ya estamos acá y todavía tenemos que ver hasta dónde sale fuego del agua. A mí me está pareciendo que es cerca de la orilla nomás, pero ahí no se habría hundido el barco. Ya vamos sacando conclusiones, ¿viste? Demos una vuelta más y volvemos y anotamos todo en la bitácora.

No podemos saber hasta dónde se metieron, porque no hay testigos más que ellos mismos y de esto no han hablado nunca. Pero más allá o más acá, lo cierto que El campanario empezó a parecerse cada vez más a una almendrita perdida en una laguna, una cáscara flotante que subía y bajaba al va y viene de las olas, mientras los peces y capaz que hasta las ballenas le pasaban por abajo.

—A lo mejor ahora sí que tendríamos que volver —dijo Julián de pronto, y Jerónimo suspiró aliviado.

—Vamos.

Intentaron ganarles a las olas, pero ya estaban muy crecidas. Arriba, las nubes empezaban a cubrir las pocas estrellas que se habían animado a salir.

—¿Será que viene tormenta?

—Vamos, vamos.

—Agárrate bien, que se está tambaleando esta porquería.

—¿No era que flotaba siempre?

Una ola enorme los cubrió de pronto, llenándoles la vis- ta y las gargantas de agua y de sal. Julián se afirmó al tablón donde iba sentado, como bien sabía hacer. Pero cuando pasó la ola, descubrió que estaba solo en el bote. Una mano suplicante apareció desde las aguas, a varios metros de distancia. Julián remó hasta allá, con las olas en contra. Después de un par de minutos, mientras Jerónimo gritaba y pataleaba, pudo llevar el bote lo suficientemente cerca como para estirarle el remo a su hermano, que luego de varios y desesperados intentos logró tomarlo. Julián lo ayudó a subir al bote y le golpeó la espalda para que terminara de botar toda el agua que había tragado.

Cuando lograron alcanzar otra vez la isla ya estaba completamente oscuro y caían las primeras gotas de lluvia. El tío Augusto los estaba esperando con la huasca, rodeado de un montón de curiosos que asistieron al primer castigo público de los mellizos.

—Esta por salir sin permiso.

Y la huasca rompió la espalda de Julián.

—Esta por tomar un bote.

Y la huasca rompió la espalda de Jerónimo.

—Y estas por no haber aprendido todavía que el mar es traicionero.

Y la sangre de los mellizos llegó a salpicar a los curiosos, y sus gritos de dolor los hicieron temblar.

—Ahora se ponen de pie y se me van a la casa sin llorar, que ya son bien hombrecitos los dos.

Esa noche, que ya ni recordamos cuál sería, llegamos hasta ahí nomás. No nos fuimos tan contentos esta vez. Primero pensamos que era porque la historia, como toda buena historia, estaba pasando por los primeros nubarrones, porque la cosa se iba oscureciendo: a nadie le gusta imaginar a dos muchachos siendo golpeados con una huasca. Pero después, conversando al otro día, ya con la primera cañita, nos dimos cuenta de que lo que nos tenía intranquilos era, simplemente, que no nos gustó cómo contamos esa parte de la historia. No logramos transmitir el miedo de Jerónimo en el mar, decíamos, y nos sentimos tristes por no ser buenos narradores. Le teníamos que haber metido más olas, más lluvia, más cuento, repetíamos mientras esperábamos a que nos termináramos de encontrar todos en la taberna.

—A la primera ola lo botamos al agua al tiro —decía una vecina.

—Es que no sabemos cómo fue en verdad —trataba de consolarse otra.

—Y justo por eso, pues —decíamos entre todos—, teníamos todo el mar para nosotros, un océano entero para echarlo encima de los mellizos. Y si teníamos todo el mar y toda la lluvia y toda la noche, ¿por qué botamos a Jerónimo a la primera ola?

Nos imaginamos entonces otra escena, una en la que las olas se agitaban durante varias horas, donde el mar seguía encendido allá lejos y desde la playa se escuchaba a los vecinos gritando desesperados, mientras los pescadores se intentaban acercar sin suerte al bote de los mellizos. El agua, la sal, las nubes, el fuego, los botes, la gente, pero también los peces y las ballenas, y los barcos hundidos y hasta el submarino repicar de la campana: todo estaba ahí para nosotros, para ser parte de nuestra historia. Y sin embargo, no pudimos, no fuimos capaces, era tanto lo que teníamos que no supimos elegir. Y por eso estábamos tristes: no porque se hubiera

nublado la historia, sino porque nos habíamos nublado nosotros mismos en el afán de contarla.

Así que nos costó retomar. Pucha que nos costó. Estábamos extraviados en altamar, sin brújulas ni astrolabios, sin tierra en el horizonte, sin gaviotas que anunciaran un destino. Nos mirábamos unos a otros, sonriendo apenas, como para que no se notara que habíamos perdido otra vez las palabras que tanto nos había costado recuperar. Pero todos sentíamos lo mismo, y ya nadie se animaba a seguir narrando. Por más que lo quisimos, no lo logramos esa tarde, y a la siguiente tampoco, y encima el mar se había dado cuenta de que ya había llegado el invierno y estaba movido, y las olas llegaban a chocar contra la taberna y la zarandeaban, como si nos dijeran acá estamos, acá seguimos, y ustedes aún no aprenden a hablar de nosotras aunque no hacen otra cosa que mirarnos con la jeta abierta.

Cinco o seis de nosotros acusamos un poco probable resfrío y los demás dijimos bah, mejor esperamos a que se recuperen, no vaya a ser que un pájaro errante se haya traído el famoso bicho desde el continente. La taberna quedó vacía durante varios días de cuarentena narrativa, sin otra visita que las olas furiosas. En el mundo de las historias, los mellizos nos esperaban sobándose las espaldas adoloridas.

Una semana después, capaz que una semana y media, cuando ya todo parecía perdido, el mar se calmó una buena tarde, como si antes nomás se hubiera estado estirando para bostezar.

En pocos minutos estábamos todos de vuelta en la taberna.

La alegría de reencontrarnos y sentir que, poco a poco, regresaban las palabras y se ordenaban las ideas, fue mucho más grande que la historia que queríamos contar. Y ahora, cuando miramos hacia atrás, hacia los días en que hablamos con el mar, esos momentos de duda y frustración no parecen tan graves, como no le parecen tan

tremendas a los marineros las tormentas que vivieron en altamar una vez que pisan otra vez la tierra y se encuentran con los suyos.

Entonces nos embarcamos de nuevo.

Los que no se embarcaron de nuevo fueron los mellizos. La fallida expedición no solo fue el final de la búsqueda de la campana hundida, sino también, al menos durante un tiempo, de la libertad de la que habían gozado hasta entonces los mellizos: las tareas en la hacienda se hicieron más intensas, se le prohibió a Julián volver a salir con los pescadores y a Jerónimo perderse por el bosque.

De todas formas, Jerónimo no tenía ninguna intención de volver a subirse a un bote con Julián. Pasaron varias semanas en que no se hablaron: mientras Jerónimo esperaba que Julián le pidiera disculpas por haberse adentrado tanto en el mar, Julián esperaba que su hermano le diera las gracias por haberlo salvado. Y tal vez habrían continuado así mucho tiempo más, de no haberse enfermado la Laurita, que por entonces tenía casi ochenta años y la salud frágil de la gente que nació en el continente.

Hacía unos buenos años que no salía mucho de la casona. Se pasaba el día en la misma cama en que vivió su noche de bodas, en la que parió dieciséis veces, en la que recibió a sus tres nietos y en la que murió la pobre Tomasa. Ahora la muerte se sentía rondar otra vez por la habitación, primero despacito, como pidiendo permiso, luego con soltura, como una vecina que pasa todos los días a ver qué se cuenta, y ya por entonces con una patudez insoportable. La Laurita la había sentido, y los suyos la habían sentido también.

—A lo mejor habría que llevarla al continente —escuchaba la Laurita que murmuraban sus hijos por el pasillo. Después entraban sonriendo, con una cazuela para levantar muertos, y le contaban de las cosas de la hacienda.

Hasta que un día se aburrió de hacerle la lesa.

—Escúchenme bien los jetones. A mí me casaron sin preguntarme. Me trajeron a la isla sin preguntarme. Me embarazaron dieciséis veces sin preguntarme. Ahora tengo ochenta años y me quieren llevar al continente sin preguntarme.

Los hijos se miraron con culpa.

—Ya, entonces le preguntamos, pues mamá. ¿Quiere que la llevemos al conti?

—No.

—¿No quiere ir a médico?

—No, ya dije.

—¿Y qué quiere?

—Echar los huesos aquí.

—¿Y por qué?

—Para decidir alguna cuestión yo.

Los hermanos Garcés acordaron hacerle caso, pero las pre-ocupaciones fueron en aumento.

—Ya está pedida de arriba —decían.

—Hay que traerle los remedios.

—Helenita, vas a tener que ir al continente.

—Ni loca. ¿Y si se muere mientras estoy allá? No, me quedo aquí con ella.

—Pero es que se va a morir si es que no le traes los remedios.

—Pero le voy a poder dar la mano cuando la venga a buscar la huesuda, que es para lo que sirven los hijos.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Que vaya otro.

Pero todos los hijos querían estar presentes y endominga- dos cuando llegara la muerte a buscar a la madre, así que no se ponían de acuerdo. Entonces Jerónimo vio su oportunidad.

—Yo voy —le dijo a la tía Helena.

—¿Usted? Pero si está castigado.

—Por eso, como estoy castigado, me toca ir al continente. De castigo, ¿no ve?

—Ya. ¿Y si su abuela se muere mientras anda por allá?

—Hay que correr el riesgo.

—Pero si no es por usted,es por mi mamá que no se va a ir tranquila al cielo si no están los dos nietos.

—No se preocupe, tía. Julián viene y la saluda. Después se va, se cambia de ropa y cuando vuelve le dice a la abuela que ahora es Jerónimo y asunto arreglado.

Jerónimo se vio obligado a dirigirle otra vez la palabra a su hermano para explicarle el plan. El muchacho estaba sensible porque también sentía a la muerte en cada pasillo de la casa, así que en vez de ponerle peros a su mellizo le dio un abrazo.

—Oye, Jejei, y perdón por meternos tanto en el mar.

—Ya, bueno. Oye, y gracias por salvarme.

—Bueno. Vuelve rápido, eso sí.

—Si voy y vuelvo en el mismo día.

—Ya, y después me cuentas cómo es la ciudad.

—Yo te cuento.

Al día siguiente, Jerónimo se subió a una chalupa con uno de los boteros más jóvenes, que le llevaba diez o doce años. Ese botero era don Gustavo, que ahora, en la taberna, nos contó que el muchacho vomitó dos veces en el trayecto y que los peces se amontonaban sobre sus alivios para comerse la porquería que quedaba flotando sobre el agua (le explicamos que la imagen no era necesaria, pero don Gustavo insistió en que así fue y que no hay que hacerle asco a la verdad). Después, cuando llegaron al primer embarcadero del continente, el que está más cerca de la isla, se quedó esperándolo todo el día. Don Gustavo recuerda que el muchacho regresó esa tarde tan contento que no parecía que se le estuviera muriendo la abuela. No vomitó ni una vez en el regreso, porque se fue todo el camino con la vista anclada en el continente, y todo el mundo sabe que los puntos fijos evitan los mareos.

Cuando regresaron ya era casi de noche y Jerónimo partió corriendo a la casona con los remedios. Parece ser que la Laurita, que estaba tocada por la lucidez de los moribundos, se había dado cuenta de que el que vino a saludarla ese día, después de Julián, no era Jerónimo, sino que el mismo Julián con la ropa del hermano, y que entonces se negó a morirse hasta que viniera el nieto a darle el beso de todos los días.

—Usted creyó que me iba a hacer lesa —le dijo a Jerónimo cuando al fin llegó el muchacho—. Para qué necesitaré yo remedios si ahora mismo voy partiendo al cielo. Ya, cuente, ¿le gustó el continente?

Jerónimo solo atinó a asentir con la cabeza. La Laurita le tomó la cara con las manos huesudas y lo miró a través de la tela de los ojos.

—Cresta grande, se nos enamoró este tonto.

Pocas semanas después del fallecimiento de su madre, Helena se fue para siempre a la ciudad. Aunque no le había dicho nada a nadie, en sus continuos viajes había conocido a un viudo de su entero gusto y se habían comprometido.

—Pero tengo que esperar que parta mi mamita —le explicaba Helena, y el señor, que no debe haber tenido más apuro que las ganas de estar con ella todos los días, le aceptó la condición.

Cuando una tarde Helena juntó a sus hermanos para contarles la noticia y despedirse sentidamente de ellos, los Garcés en pleno la trataron de traidora y le negaron la bendición, aunque sí que estuvieron de acuerdo en que podía llevarse lo que quisiera como parte de su herencia. La tía Helena renunció a lo que le podía haber correspondido y se fue entre lágrimas, acompañada hasta el bote solamente por los mellizos.

Nunca quiso regresar a la isla. Sus restos no descansan aquí.

Y a esta altura de la historia, poco más teníamos que contarnos. En los meses que siguieron a la muerte de la Laurita y la partida de Helena, Jerónimo continuó yendo al continente con cierta regularidad, aprovechando que ahora podía alojar en la casa de su tía. Julián, en cambio, se volcó al trabajo en la hacienda y dejó el mar para sus momentos libres. Para cuando los mellizos cumplieron dieciocho años ya había fallecido también el tío Augusto, dando inicio al largo, lento y ordenado peregrinaje al cielo de los hermanos Garcés, que se iban de la tierra sin haber hecho otra cosa que trabajarla.

Un día de verano, Jerónimo regresó del continente con una amiga, hecho inédito que dio muchísimo que hablar en la isla. La muchachita hablaba raro, era parlanchina y tenía los modos apresurados y directos de la gente de ciudad, lo que al principio no cayó nada bien en la casona. Pero con el pasar de los días terminó por conquistar a los hermanos Garcés con el profundo interés que

mostraba por las tareas del campo y por la atención con que escuchaba sus viejas y repetidas historias, esas que salían al ruedo cuando se habían tomado el vino de la tarde y la lengua se les empezaba a soltar. Encantó también a don Lautaro con su conocimiento de la fotografía, y a los pescadores con los poemas que les leyó y que hablaban del mar, aunque no le creyeron que los había escrito ella misma. Y no cabía duda alguna de que ya había conquistado a Jerónimo con su sonrisa y su actitud resuelta, con la forma en que lo tomaba de la mano y le decía pero mostrame la isla, Jero, que me la quiero shevar de vuelta.

Se llamaba Milena y venía de Argentina, aunque desde los quince años vivía a este lado de la cordillera con su padre, el dueño de la única tienda de revelado de fotos de la ciudad. Se dice que ya en esos días comenzaron a apersonarse vecinos por la casona sin motivos muy claros, especialmente los muchachos que tenían la edad de los mellizos. Don Gustavo recuerda —y los ojos se nos llenan de lágrimas al oírlo hablar— que todo el mundo se sentía tan escuchado por la muchachita que nadie quería perder la oportunidad de pasar un rato con ella.

Solo el mar sabe cuánto la echamos de menos. Durante todo el tiempo en que tejimos otra vez la historia de los mellizos en la taberna sentíamos algo en el pecho, algo que no tenía que ver realmente con los Garcés sino con la certeza de que, en algún momento, tendríamos que llegar a este punto, a recordar a la Milenita, y tal vez por eso alargamos un poco más las noches de la historia. Y ahora pensamos que fue poco, que total teníamos a todos los tíos Garcés para hablar de cada uno de ellos, a todos los pescadores, a todos los árboles y otra vez al mar, solo para alejar el momento en que apareciera con toda su luz esa muchachita que nomás venía de visita, sin saber que pocos años después se vendría para siempre. Pero la historia se nos acabó y de repente nos vimos recordándola. Y fue difícil, pero también fue hermoso, y tuvimos la certeza de que nos acompañaba esa noche en la taberna,

escuchándonos con sus ojos grandes y su risa alegre, con la guitarra siempre a mano para ponerle melodías a la vida en la isla.

Anoche corría un vientecito suave y no hacía frío. La isla nos daba una tregua de su invierno tan crudo, sabedora de que se trataba de una noche especial para nosotros. Hicimos vino gloriado para variar un poco, porque todos sabíamos que ya se acababa la cuerda de la historia, o al menos de esta parte, y que se nos iba a escapar antes de que cantara el gallo. La taberna se mecía como si recordara sus tiempos de embarcación navegante. Había un aire nostálgico, aunque al mismo tiempo estábamos orgullosos de haber contado la historia entera entre todos. Claro que nadie quería preguntarse de qué hablaríamos al día siguiente, en qué saco echaríamos ahora las palabras, con qué excusa nos reuniríamos, como si fuésemos incapaces de recordar que nos habíamos encontrado desde siempre en la taberna sin ningún motivo. Era bonito contarnos una historia, pero advertíamos que nos iba a dejar un vacío cuando se acabara. Nos miramos entre todos, nos salió una risa nerviosa, nos echamos al buche un vaso de vino y empezamos, porque qué otra cosa podíamos hacer.

Y entonces recordamos que al único que no pudo ganarse la Milena fue a Julián. Aunque ella y Jerónimo no dejaban de invitarlo a que saliera con ellos a recorrer la isla, el muchacho se sentía apartado. Quería recuperar el amor de su hermano, que cada vez lo dejaba más solo con sus continuas idas y venidas al continente, echándole encima toda la responsabilidad de hacerse cargo de la hacienda ahora que los tíos estaban cada vez más viejos y empezaban a despedirse lentamente del mundo, y preocupado únicamente de la cuestión de las fotos y ahora de esta desconocida tan rara.

No sabemos mucho más. La Milena estuvo un par de semanas en la isla y luego se volvió al continente. Jerónimo y Julián andaban cada uno por su lado, cada vez más solitarios. Costaba creer que había habido un tiempo en que fueron inseparables, en que el grito de un Jujuuuuui o de un Jejeeeeei quebraba la calma de la isla y llenaba todo de aquel profundo amor de hermanos.

Un día, Jerónimo partió, como ya era costumbre, a la ciudad, pero no regresó ni ese día ni al siguiente. No regresó a la semana ni cuando llegó el tiempo de la cosecha. No estaba aquí cuando volvió la Milena, ni la escuchó preguntar por Julián. No estaba aquí para la boda, y tal vez ni se enteró de que hubo una.

Tampoco estaba aquí cuando llegaron rumores de que los milicos se habían tomado el poder, ni cuando eso se confirmó, menos para cuando los vimos llegar a la isla, recorrerla entera con sus metralletas, perderse como tontos en el bosque y finalmente izar una bandera e irse para siempre, porque habían venido a buscar a don Lautaro y el viejo no les quiso dar el gusto: había fallecido dos meses antes, aunque nadie se lo quiso decir a los intrusos.

Jerónimo tampoco estaba aquí cuando arriamos la bandera de los milicos y la tiramos al mar. No estaba aquí el día en que la Milena nos pidió ayuda a todos para hacerle un regalo a don Julián y encender, después de tanto tiempo, la lámpara del faro, ni la escuchó reírse toda la tarde viéndonos fracasar una y otra vez. No había vuelto aun cuando construimos el cementerio nuevo. No estaba aquí para el maremoto ni cuando vino ese señor que decía ser del ministerio de algo y nos prometió que reconstruirían el muelle hecho pedazos, ni para cuando fue evidente que se habían olvidado de la promesa.

No estaba aquí cuando el mar se llevó a la Milena.

No estaba aquí las noches en que los gritos desgarradores de su mellizo nos hacían olvidar nuestra propia angustia.

No estaba en la isla cuando don Julián mandó todo a la mierda y se fue a vivir a La Punta. Ahora sí está aquí y no puede volver a salir, porque allá, en el mundo, anda un bicho. Para pasar el tiempo arregla la casona, trabaja en el huerto y se mira en silencio con su hermano.

A veces nos cuenta historias.

A veces toma alguna una foto.

Desde que empezó el invierno, escribe todos los días en un cuaderno.

Un cuaderno que anoche se le quedó en la taberna y que ahora, con perdón del cielo, nos disponemos a leer.

INVIERNO

De que no voy a salir vivo de la isla me convencí hace un par de meses, pero recién ahora, cuando ya es pleno invierno y el viento se retuerce por todas las rendijas de esta casa olvidada, me estoy dando cuenta de que tampoco voy a salir muerto.

Llegué a esa conclusión hace apenas una hora, cuando me propuse hacer una lista de las personas o instituciones que se podrían interesar en repatriar mis restos y pasé diez minutos sin acertarle a ninguna. La libreta se mantuvo en blanco y la pluma a media altura. Todo parecía una inyección en suspenso. Cuando empecé a sentir agujetas en el brazo pensé, tal vez por aprovechar el impulso: un diario. Para que alguien lo encuentre junto a mi cadáver. Como el mensaje dentro de la botella que después de recorrer todo el océano es depositada suavemente por las olas en una isla perdida. Solo que aquí podemos pasar directamente a la isla perdida y prescindir del azar de las aguas. Por otra parte, ya entendí que no voy a terminar el reportaje que me trajo hasta Chile, así que está bien escribir otra cosa.

Cualquier cosa, lo importante es no volverse loco.

Los colegas me lo habían advertido: llega un momento, decían, en que no quieres o no puedes escribir una sola crónica más; en que sientes, decían, que te toca hablar de ti mismo. Que ya es hora de hablar de ti mismo. Es lo que le viene pasando a mi generación en los últimos años, pero yo no acababa de entenderlo. Cada vez que alguien me venía con esas historias respondía con argumentos de manual, que no por ello resultaban menos efectivos: siempre nos estamos contando a nosotros mismos; en toda crónica hay un yo; la elección de una historia es ya un manifiesto de ideología; somos, cojones, lo que contamos.

Pero visto desde aquí —y cuando digo aquí digo tantas cosas: se enredan el tiempo, la soledad y la tierra, truena el mar, se ríe la muerte— me siento obligado a confesar que, en buena parte, ese yo

cronista tenía mucho de disfraz. Aquel ente abstracto resultaba estupendo para esconderme tras las letras dejando ver a alguien mejor, más comprometido, más aventurero, más inteligente, tantísimo más deseable que el amasijo de carne y huesos que estaba golpeando, casi siempre cansado, casi siempre triste, casi siempre harto de todo, las teclas del ordenador.

Tal vez los colegas ya me habían convencido y yo no había caído en cuenta, porque ahora todo surgió con una facilidad increíble. Me quedé con la pluma goteando tinta y la libreta abierta, sin nadie en la lista de posibles interesados en mis restos, y entonces me dije: hombre, estoy en una isla perdida, es invierno y el mundo se cae a pedazos. Yo ya no tengo más lealtades. Menos con mis viejas ideas. Así que voy a escribir un diario.

Por otra parte, ningún colega podrá enrostrarme el cambio de opinión, porque nadie sabe dónde estoy ni qué fue de mí. Desaparecí del mundo y llegué a una isla, exactamente al revés que hace cincuenta años, cuando desaparecí de una isla y llegué al mundo. Entonces no tenía cómo comunicarme con los de la isla. Ahora no tengo cómo hacerlo con los del mundo. La mejor idea que se me ocurre es llenar mi libreta para que la encuentren abrazada a mi cadáver. Ese será mi mensaje en la botella, el mapa del tesoro, el diario de Robinson Crusoe, las rayas del náufrago sobre la corteza de un árbol: una mezcla de voluntad y desesperación, como la que arroja a la mejor literatura.

Hace un frío de la hostia. Apenas logro tener las manos fuera de la cama para sostener la libreta y la pluma. Creo que en cualquier momento el viento se lleva el techo y me deja ver la noche.

El otro día Julián tuvo uno de esos raros momentos en que se pone a hablar. Me estuvo contando de las constelaciones y la mitología y esas cosas. Habíamos trabajado desde la mañana y estábamos cansados, pero la noche cayó agradable y no corría apenas viento. Hicimos una hoguera con la idea de asar unas longanizas en un

palito, pero en verdad a ninguno le apetecía comer (solo queríamos sentir el olor, supongo) y al final nos contentamos con chambrear un poco el vino y beberlo en silencio. Después Julián se entusiasmó con el tema de las estrellas y conferenció por unos buenos cinco minutos. Yo intenté animarlo a que siguiera hablando, hice preguntas simples y amplias, con oficio. Pero es como si Julián tuviera dentro una de esas baterías dañadas que se agotan en un tris, poco fiables para salir con ella de casa. Respondió con monosílabos y después de un rato volvió a hundirse en el silencio.

Lo que más me gustó de esa noche fue el regreso inesperado del verbo chambrear. No lo oía, y menos lo utilizaba, desde que me fui, pero fue cosa de ver a Julián dejando el botellón cerca del fuego y la palabra se puso de pie. ¿Dónde se había alojado esa palabra durante estos cincuenta años? Si no hubiera tenido la pésima idea de venir a la isla seguiría por ahí, agazapada, esperando que los astros concertaran un encuentro entre un botellón, una hoguera y la noche, y como en Barcelona eso no me ocurriría nunca la palabra habría terminado por saltar un buen día y para siempre, como un duendecito en busca de otro árbol.

¿Cuántas palabras habré perdido en los caminos?

¿Cuántas me quedan por perder?

Por ahora, me considero afortunado por recuperar algunas. Arveja, por ejemplo, que es una palabra bonita que en España no quiere decir nada, al igual que butifarra es, aquí, un significante vacío. O era: a los isleños les encantó y ahora la usan todo el tiempo, aunque más bien para echarse la bronca. Como decía P: nada mejor que el nombre de un plato extranjero para convertirlo en insulto.

Me he dado cuenta de que los isleños se divierten en remedarme. Es una imitación amistosa, espero, pero el tartamudeo exagerado me resulta algo cruel. Estoy seguro de que no es para tanto. Y que tampoco repito cada dos palabras coño, cojones o no passa res.

Diría que es más bien lo contrario, que aquí hablo como chileno: apenas puse un pie en Chile el ustedes llegó a reemplazar al vosotros, como si cincuenta años en España fueran equivalentes a un segundo en esta tierra narniana.

La mente debe tener algún rinconcito para estas cosas. Un lugar donde acumular recuerdos, costumbres, palabras que esperan por décadas la oportunidad de saltar al campo de juego con una paciencia de tercer portero.

En fin. Este diario, todavía, pero mi cadáver sí que no le interesará a nadie. No lo van a repatriar. Por otra parte, para que eso fuera posible habría que tener, como mínimo, una patria, y yo no he tenido más que tierra y agua bajo los pies. Mi tumba podía estar en cualquier lugar del mundo, o mejor, mi tumba era un túnel que iba excavándose bajo tierra a medida que yo me movía. Una tumba móvil, una tumba a la espera. Quién hubiera dicho que iba a dar una vuelta magallánica para morir donde nací. La muerte me vio salir de mi madre y dijo vale, por aquí será, y mientras se la llevaba a ella aprovechó de señalar mi tumba a unos cuantos centenares de metros de la habitación donde fui parido. Marcó con sus pies de hielo un rectángulo, dio la vuelta a su reloj de arena y se echó a descansar ahí mismo. Cuando me vio partir en busca de otros nichos, apenas se dignó a levantar la cabeza y moverla de lado a lado, risueña e inconmovible, y volvió a echarse sobre la tierra, con las manos haciéndole de huesuda almohada.

Julián, en cambio, asumió desde siempre que su tumba estaba aquí, que no tenía que ir a buscarla a ninguna parte. Y todo indica que tuvo razón. Acá lo quieren tanto que seguro declaran un mes de duelo en toda la isla cuando muera, y su tumba tendrá flores y hasta unos simpáticos remolinos girando al viento. La mía, en cambio, será gris y triste y sin remolinos.

No sembré nada para mi tumba durante mi vida.

Por suerte los isleños me tomaron simpatía. No digamos que me llorarán a mares cuando muera, pero seguro que se animan a enterrarme y cantar alguna cosa. A ratos creo que ya me consideran uno de ellos, pero luego, cuando hablan, me doy cuenta de que su nosotros no me incluye.

Y tampoco incluye a Julián, a decir verdad.

Ni a los pescadores, que hacen grupo aparte.

Ni a la hippie pija del hotel.

Pero a todos ellos (a Julián, a los pescadores, a la pija y has- ta al pesado del piloto) me los puedo imaginar enterrados en la isla. Eso debe ser tener una patria, sentir que existe una patria: un lugar donde morir en paz. Yo, pues, no sé. Nunca he sentido algo así. Y morir en la isla en que nací me parece demasiado circular, demasiado literario, y la muerte se ríe de mí.

Mejor que me tiren al mar, a ese cementerio gigantesco. Si he tenido una patria, sin duda ha sido el mar. En ese caso, me gustaría una crucecita en el cementerio nuevo, ese que no tiene cuerpos, por si alguien me quiere recordar.

Aquí yace y no yace Jerónimo Garcés, en la isla que le vio nacer y morir. Nadie se interesó por repatriar sus restos, así que lo echamos al mar. Que el agua le sea leve.

Ese sería un buen epitafio. Sería, realmente, un muy buen epitafio. "Yace y no yace" me recuerda a los cuentos de la tía Panchita, que siempre empezaba diciendo "Era y no era un rey...". Nunca entendí ese arranque. Me fascinaba. A veces la tía se distraía y decía "Había una vez..." y yo tenía que protestar para que empezara de nuevo.

“Era y no era un hombre...” decía entonces la tía, y yo respiraba tranquilo, repleta ya la mente de la imagen y no imagen de un hombre,o de un rey,o de una muchacha, que por supuesto no lograba hacerse nítida jamás, porque era y no era al mismo tiempo.

Me reencontré con esta idea paradójica muchos años después, pero no frente al pelotón de fusilamiento sino entre las páginas de un libro: El caballero inexistente, de Ítalo Calvino. Va de un caballero del ejército de Carlomagno que se mueve, lucha, habla, piensa, pero que no existe. Bajo su armadura no hay nada más que aire. Es y no es un caballero. Una vez coincidí con Calvino en un congreso en París al que me habían mandado a reportear y aproveché la ocasión para preguntarle si había tomado la idea para su novela del “Era y no era” de los cuentos, pero como no sé italiano se lo intenté decir en inglés y no me entendió, o hizo como que no me entendía, y se puso a hablar con los del otro lado de la mesa, y esa es la triste historia de cómo aburrí a Calvino con una pregunta que a mí me parecía pertinente. Después supe que hablaba bastante bien el español. Para entonces la muerte ya se lo había llevado.

No tengo sueño, pero la vela está a punto de acabarse y para ir a buscar otra tendría que salir de la cama. Con este frío, ni loco.

Julián durmió aquí la semana pasada, pero se fue de nuevo a La Punta. No sé si le molestó algo que dije o simplemente echaba de menos a sus perros, o tal vez tenía que trabajar un poco en el huerto. No me cuenta nada y yo ya no me esfuerzo en entender. Así y todo, prefiero que se quede aquí, en la casona, porque enciende la chimenea en tres segundos y no le importa levantarse cada una o dos horas a echarle otro leño al fuego. No digamos que hace mucha compañía, pero mantiene la casa caliente.

Aunque tal vez, pienso ahora que lo escribo, esa sea su forma de hacer compañía.

Era y no era un hermano acompañando.

Era y no era un hombre perdido en una isla.

Era y no era un viejo escribiendo su epitafio.

Era y no era un muerto que yacía y no yacía.

Era y no era un hombre rascando el pasado en una isla que no aparece en ningún mapa.

*

Lo de la inexistencia de la isla en los mapas lo descubrí hace cincuenta años, justo antes de partir a Argentina a conocer a mi padre. Nunca supe cómo se enteró de que mi tía Helena se había mudado a la ciudad, y, aunque no se atrevió a ir a verla, le hizo llegar un sobre con algo de pasta y una carta en la que le rogaba que le dijera a su hijo que quería conocerlo. Que vivía al otro lado de la cordillera, en plena pampa argentina. Que las cosas estaban complicadas para él, que no podía volver a Chile, y menos a la isla, donde sus hermanos o a lo mejor el pueblo entero lo querría crucificar. Pero tenía que hacer sus descargos, había cosas que su hijo tenía que saber. Le dejaba sinceros saludos a mi madre: por supuesto que no sabía que murió en el parto. En la posdata reconocía que no estaba seguro de si tenía un hijo o una hija y que en realidad no llegó a saber si había nacido, en cuyo caso solicitaba a la tía Helena que quemara la carta y devolviera el dinero al remitente.

Si no sabía nada de eso, mucho menos podía saber que no tenía un hijo, sino dos que durante unos meses fueron tres.

Pero la carta llegó a mis manos. No a las de Julián, porque estaba en la isla, ni a las de Juan de Dios, porque estaba muerto, y a ese capricho del destino le entregué toda mi suerte.

Yo había empezado a viajar al continente varios meses antes. Iba a la ciudad y compraba o robaba rollos de fotos y miraba a las chicas en la plaza. Como Julián, que era el favorito de todos, se estaba empezando a hacer cargo de las cosas de la hacienda, y como los tíos estaban viejos y mi mamá Laurita ya había partido, yo me sentí, de pronto, libre, y en vez de ir y volver el mismo día como solía hacer tomé la costumbre de quedarme a dormir donde la tía Helena, que me recibía feliz de la vida y me preparaba arroz con leche.

A cambio de su hospitalidad yo fingía interesarme por los secretos del ajedrez, que don Genaro se empeñaba en revelarme después de la cena, cada uno con su bajativo: manzanilla para él, menta para mí. No estaba acostumbrado al alcohol y aunque hacía durar el vasito durante las dos o tres partidas que jugábamos, terminaba mareado y regalándole la dama para poder irme a la cama de una buena vez.

Yo lo llamaba don Genaro, pero él me decía que le podía llamar tío Genaro. El asunto es que un tío, para mí, no podía vestir de terno todos los días. No podía cortar quesitos y ponerlos sobre una tabla y ofrecerlos él mismo con una sonrisa. Un tío era un hombre callado trabajando la tierra. Un tío era un hombre que se sentaba a la mesa y esperaba en silencio que sus hermanas trajeran la comida. Eso era un tío. Así que al marido de mi tía yo le seguí llamando don Genaro.

Él a veces me llamaba "hijo". Hijo, venga a jugar un ajedrecito. Para mí esa palabra estaba vacía, así que no me importaba que me dijera así. También me llamaba muchacho, ñatito, bandido y bellaco, y yo no sentía ninguna diferencia respecto a las ocasiones en que me decía hijo.

Una tarde la tía Helena llegó seria y me entregó el famoso sobre de mi padre. Yo conté el dinero, primero, y leí la carta, después. Me quedé en silencio un buen par de horas. Es lo que tienen los fantasmas: que te quitan el habla. Cuando lo recuperé, le hice a mi tía tres preguntas:

La primera, por qué nunca me había hablado de mi padre.

La segunda, si acaso a Julián sí le habían hablado de nuestro padre.

Y la tercera, si es que alcanzaba la plata para viajar con Julián a conocerlo.

La tía Helena contestó tranquila y en orden. Se sentó en la orilla de mi cama y me dijo que nadie podía asegurar, hasta ahora, que Pedro fuera realmente mi padre, de modo que no parecía sensato hablar sobre ese parentesco. Por otra parte, todos los tíos habían sido, en realidad, nuestros padres, puesto que nos querían como verdaderos hijos. Por último, ya sabía yo cómo eran las cosas en la familia, donde era imposible hablar en serio.

—Pero igual le pido perdón, mijo. Si a usted le parece que yo debería haberle hablado del irresponsable de Pedro, entonces le pido disculpas de todo corazón por no haberlo hecho.

Yo quería que pasara a responder las preguntas dos y tres, así que le acepté las disculpas para no quedarnos enredados en un punto muerto. Igual la segunda pregunta estaba más o menos respondida: no, a Julián tampoco le habían dicho nada de nuestro padre, al menos que ella supiera. Y para la tercera pregunta no tenía respuesta en ese momento, pero prometió ir a averiguar al terminal de buses al día siguiente.

Resultó que no: la plata estaba justa para que fuera y volviera una sola persona. La tía Helena me dijo que su recomendación era que rompiera la carta, le diera la mitad del dinero a Julián y con mi parte me comprara un buen par de zapatos.

Pero yo me había convertido, de golpe y porrazo, en un Hijo. Hijo único, por lo demás. Había pasado la noche en vela imaginando a mi padre aterido de frío en Argentina (visualizaba un país blanco, nevado entero) y pensando en las importantes cosas que tenía que decirme a mí, su Único Hijo, y cuando llegó el amanecer ya había decidido que iba a hacer ese viaje con Julián o sin Julián.

Es verdad que cuando la Milena supo la historia y me dijo, entusiasmada y aplaudiendo, que ella iba a ir a Buenos Aires a pasar las fiestas de fin de año con sus abuelos, que viajaría en coche con su padre, donde cabían perfectamente dos personas más, que el pueblo de mi padre quedaba prácticamente de camino y que si todo salía mal podía seguir con ellos hasta Buenos Aires, le hubiera podido avisar a mi hermano para que fuéramos juntos.

Pero no lo hice. La palabra Hijo se había llenado de algo que era yo y en ese singular no entraba nadie más.

Tal vez toda mi vida se definió por la ausencia de una ese en una carta.

Regresé a la isla. Trabajé como nunca. Los tíos me felicitaron y Julián me preguntó si me pasaba algo. Le conté a medias: Milena me había invitado a Argentina a conocer a su familia. Estaría un par de semanas fuera, por eso quería adelantar trabajo. Era un concepto que le había robado al papá de la Milena, que se preparaba para dejar cerrada la tienda de revelado de fotos por algunas semanas. Julián, evidentemente, lo notó de inmediato: en el campo el tiempo es el tiempo y no hay nada que adelantar. Pero no hizo ningún comentario.

El día de mi partida me despedí de todos los tíos con un abrazo, algo totalmente fuera de lo común. Me despedí incluso del tío Augusto, al que no le dirigía la palabra desde que me rompió la espalda con una huasca. ¿Intuía que no los volvería a ver jamás? No puedo decirlo.

Yo solo pensaba en mi padre y en el largo viaje que haría con la Milena.

Julián me acompañó al embarcadero. Eran solo tres semanas, pero nosotros nunca habíamos estado separados más de un par de días. Era probable, además, que nuestro cumpleaños me encontrara en Argentina. La tristeza de Julián le hacía parecer nervioso.

—No te demores tanto, que viene el tiempo bueno. A la vuelta buscamos la campana.

Le di un abrazo y le prometí que antes de que se diera cuenta de que me había ido ya estaría de regreso. El botero nos miraba desde la chalupa sin apurarnos.

Me fui sentado en el bote dándole la espalda al continente, haciéndole de vez en cuando saludos a Julián. A medida que el bote avanzaba, su figura delgada se iba haciendo más y más pequeña, hasta que fue absorbida completamente por la isla. Solo entonces me di vuelta y miré hacia adelante.

*

Antes de partir, le pedí al papá de la Milena que me enseñara dónde estaba Argentina. Entramos a una librería y pedimos un globo terráqueo. Entonces me mostró Chile y después Argentina. Su dedo pasó por el globo indicando el recorrido que íbamos a hacer, dejando una línea limpia entre tanto polvo. Era la primera vez que yo veía el mundo.

—¿Y dónde está mi isla? —pregunté, como en si en vez de dieciocho años tuviera cinco.

Don Gastón se rascó la cabeza calva y puso un dedo sobre el azul del océano Pacífico.

—Y... más o menos acá.

Yo no pude dejar de pensar en todo el viaje que mi isla no existía. Que a lo mejor por eso mi padre no había podido volver nunca, porque no sabía cómo llegar, porque no se puede volver a los lugares que no existen.

Cruzamos la cordillera. Reventamos dos neumáticos. Comimos charqui en un puesto que olía a mierda de caballo. Yo iba de copiloto y Milena atrás, porque le gustaba asomarse entre los asientos delanteros para conversar sin tener que girar la cabeza. A ratos don Gastón se cansaba, detenía el coche y dormía una siesta a la orilla del camino. Lo esperábamos veinte, treinta minutos, hasta que él despertaba diciendo bueeeeno, y echaba a andar otra vez el motor.

Yo nunca he vuelto a ver un paisaje más desolado que la pampa argentina. Tampoco recuerdo un viaje más feliz. Pensaba en la isla todo el tiempo, pero se me iba desdibujando, porque mi isla no estaba en los mapas. Me sentía culpable con Julián. Pero volvería pronto y le contaría cómo era la pampa y la poca nieve que vi en la cordillera, y de cuando Milena tuvo que conducir mientras don Gastón y yo empujábamos el coche para sacarlo del barro. No sabía si contarle lo de mi padre. Seguramente se lo terminaría diciendo o él acabaría por descubrirlo: siempre fue muy difícil tener secretos entre nosotros.

Solo que yo no volví.

*

Hoy Julián duerme aquí, en la casona. Como todas las noches, elige el sillón junto a la chimenea en vez de cualquiera de las siete habitaciones, pero es evidente que no lo hace tanto por el arrullo del fuego como por estar lo más lejos posible del cuarto que compartió con la Milena durante tantos años, el mismo donde antes durmió mi mamá Laurita, primero con el abuelo, después sola hasta su muerte. La casa tiembla con cada ronquido.

Esta tarde llegamos juntos a la taberna por primera vez. A los dos nos apetecía pasar un rato, pero Julián lo dijo primero, así que yo dije que me quedaba en la casona, que fuera tranquilo, que lo esperaba con la chimenea encendida. Él se encogió de hombros. Le tengo tanta manía a ese gesto que cambié de opinión y anuncié que mejor sí iba, por el puro gusto de fastidiarlo. Julián ya no supo echarse atrás y terminamos yendo juntos, atravesando la isla para llegar al barco varado donde se juntan los isleños. Como si fuera una especie de conversación, Julián iba a mi lado mencionando los nombres de las aves y los árboles. A pito de nada. Ni que yo le hubiera preguntado. Sospecho que lo hacía para enrostrarme que alguna vez supe y que ya no sé. Respiré y me guardé las ganas de mandarlo a la mierda. Es algo que hago muchas veces al día. A Julián, no tengo dudas, le pasa lo mismo. Pero ya nos mandamos a la mierda una vez y no sirvió de nada.

Apenas bajamos a la taberna se hizo un silencio de lejano oeste. Tal vez hablaban de nosotros, o a lo mejor fue la sorpresa de nuestro arribo en yunta. Después nos saludaron, amables como siempre. Nos ofrecieron una caña a cada uno e hicieron salud por nosotros. Queríamos sentarnos discretamente alejados uno del otro, pero desde hace algún tiempo los isleños juntan todas las mesas, como si fueran tan amigos que no quisieran estar separados ni un segundo. Lo cual no termina de hacerme sentido, porque a mí me cuentan todo y tengo claro que si se soportan es porque no hay más opciones dentro de un mundo tan pequeño como este. A la primera de cambio, me empiezan a hablar mal de este y esta otra. A veces la isla parece un verdadero infierno. Pero siempre ha sido así.

Recuerdo muy bien que la tía Dora decía que por eso salía fuego del agua.

Como no vimos dónde sentarnos, Julián y yo nos quedamos de pie. Parecíamos autores inéditos en una fiesta editorial, a la espera de un milagro. No era fácil explicarles a los isleños que la incomodidad no iba con ellos, sino entre nosotros. Que era así desde que llegué. Seguramente ya se habían dado cuenta.

Por fortuna, la tensión se movió de sitio cuando alguien pidió que Julián contara una historia. La idea fue recibida con aplausos entusiastas, pero entonces una mujer propuso que mejor contara algo yo.

Los miramos sin decir nada. Se armó entonces una pequeña discusión entre los isleños sobre si era mejor escuchar las mismas historias de siempre o más bien algo nuevo, algo de otros mundos. Parecían haber olvidado por completo que nosotros seguíamos ahí parados. Mientras los oía dar argumentos y razones de por qué esto o por qué lo otro, pensé que en esa discusión, sostenida en la pequeña taberna de una isla perdida al final del mundo, estaba contenida toda la historia de la literatura.

La idea, en cualquier caso, no es mía, sino de Walter Benjamin. Decía que los que cuentan historias han sido siempre campesinos o marineros. Campesino sería el que recoge la memoria local, y la cuida, y la traspasa. Marinero, aquel que se va por las aguas y regresa con historias de otras tierras. Por supuesto, Benjamin concluye que un buen narrador tiene que ser un poco campesino y un poco marinero, qué otra cosa va a decir.

¿Pero es cierto, eso, don Walter? Julián parece tener las palabras justas para los isleños. Siempre lo quieren escuchar. Y si hay una persona en el mundo que no tiene nada, absolutamente nada de marinero, ese es Julián, el viejo que no ha salido jamás de la isla en

que nació. Y es, a decir de todo el pueblo, un narrador formidable. Un campesino benjaminiano de pura raza.

Yo, en cambio, no soy un gran narrador, por esto de la tartamudez y porque bueno, nunca me dediqué a eso. Pero recorrí el mundo para escribir historias de otros lugares. Eso me hace un marinero. En cuanto a contador de historias no tengo nada de campesino. Y no me ha ido mal del todo. Nunca hablé de mi isla, nunca conté historias de aquí. Excepto una vez, en mi libro de cuentos, cuando escribí un relato sobre la feroz lucha entre un puma, un muchacho y la muerte. Pero Julián me lo robó y ya le perdí la simpatía. El asunto se les escapó a unos isleños. Era mi segunda o tercera semana aquí, estábamos en la playa y conversábamos. Cuando me enteré del plagio, los dejé ahí sobre las rocas y me fui directo a La Punta, sin cansarme siquiera en el camino, echando espuma por la boca.

Con Julián tuvimos una discusión tremenda. Aparecieron las viejas rencillas, el silencio de cincuenta años se llenó de gritos y hasta de un puñetazo por cada lado. Yo solo quería que me devolviera la historia del puma y él solo quería que me fuera al carajo. Le hice caso, o lo intenté, pero ya no llegaron más las avionetas y no me pude ir, ni al carajo ni a ninguna parte.

Eso fue en marzo. Ahora es julio. Pasamos la mitad del otoño sin hablarnos. Julián se quedó en La Punta y yo me quedé en las casas de los isleños hasta que recordé que aún soy dueño de la casa más grande de toda la isla y me decidí a hacerla habitable otra vez. Partí por arreglar la puerta, que estaba toda descuadrada. No tengo ningún talento carpintero, pero qué tan difícil podía ser. Pues era difícil. Lo estaba haciendo mal. Ese mismo día, como si se hubiera enterado de que me disponía a arreglar la casona, Julián bajó al pueblo por primera vez en meses. Me encontró martillando la puerta y yo lo encontré en el cementerio, supongo que presentando sus respetos a la Milena. Los hombres y mujeres que lo acompañaban no se perdían nada de lo que pasaba. Al final hablamos un poco, más tranquilos, y Julián me dijo que le parecía bien, que tenía todo

el derecho de quedarme en la casona, pero que tuviera cuidado con los recuerdos. No entendí si se refería a que tuviera precaución con pasar a llevar alguna foto o si hablaba de recuerdos metafísicos, que podían asaltarme en la noche y hacerme pedazos el alma. Le dije que no se preocupara por eso.

—Pero te va a hacer falta ayuda.

Yo quería hacerlo todo solo, pero no tenía ganas de empeo- rar las cosas. En una isla hay que aprender a soportarse. Me había demorado unos buenos meses en recordarlo.

—Yo vengo de vez en cuando y te ayudo —zanjó Julián.

Más que un ofrecimiento era una imposición, pero me daba igual. Ciertamente necesitaría ayuda, y no quería involucrar a los isleños. Al final, Julián me aclaró que no lo hacía por mí, sino por el recuerdo de nuestra madre. No me quedó claro si se refería a nuestra madre biológica o a la mamá Laurita. No se lo quise preguntar.

Ese mismo día empezamos a recuperar la casona en silencio.

*

Era un pueblo en la pampa que llevaba el nombre de algún oxidado coronel argentino, con un arco ruinoso en la entrada que decía "BIENVENIDOS", aunque bien podría haber puesto "DISCULPAS DE ANTEMANO". Llegamos a la hora de la siesta y penaban las almas. Era imposible imaginar que alguien pudiera entrar por la estrecha calle principal sintiendo que le retumbaba el corazón. Así iba yo. La Milena me había puesto una mano sobre el hombro y su padre me echaba miradas de vez en cuando. Conducía lento, como si no quisiera despertar a nadie.

—A ver si encontramos a alguien que nos ayude a dar con la casa —decía.

Al final despertamos a un hombre que echaba una siesta afuera de su casa. Dos cuadras hacia allá y a la derecha, indicó. Estiraba las vocales y no parecía enojado porque le hubiéramos interrumpido el descanso, pero aprovechó de quejarse por el calor. Mencionó que más allá había un río y se le acabaron las recomendaciones turísticas. Nos preguntó si nos servíamos un mate. El papá de la Milena le agradeció, pero le dijo que estábamos de paso, que no le queríamos interrumpir la siesta, que a lo mejor íbamos a conocer el río.

Seguimos sus instrucciones para encontrar la calle que buscábamos. No estábamos apurados, pero tampoco teníamos todo el tiempo del mundo. Me pregunté cómo diablos había llegado a caer mi padre en ese pueblo.

—¿Cuál era el número de la casa?

—Trece —dije, mirando el sobre de la carta, aunque ya me lo sabía de memoria.

—Esa de allá.

La Milena me apretó más fuerte el hombro y me preguntó si quería que me acompañara. Le dije que no.

—Tomate tu tiempo, pibe —me dijo don Gastón apagando el motor y reclinando un poco el asiento, como si fuera evidente que me iba a demorar un siglo.

Me demoré, en efecto. Afirmado a la manilla como a la espera de que pasara un temblor, respiré profundo mientras la Milena me transmitía todo su cariño a través de esa mano puesta sobre mi hombro.

La casa era pequeña, rosada y fea. A los pocos minutos un niño de unos diez años salió por la puerta, cruzó la calle e intentó distinguir a alguien en la casa de enfrente. Al parecer no lo logró, porque se volvió a su casa desanimado. Todo el aburrimiento del mundo se concentraba en ese niño. La Milena y su papá no me quitaban el ojo. Yo seguía con la mano pegada para siempre a la manilla.

Al final me bajé. La puerta rechinó un poco y pensé que iba a despertar a todo el pueblo. El calor me atontaba. La tierra estaba hirviendo.

Me acerqué un poco a la casa e intenté ver hacia el interior por la ventana. El niño estaba ahí. Me saludó con la mano, a través del vidrio. Yo lo saludé de vuelta. El niño pareció entender algo o sospechar algo o temer algo y se fue corriendo por la casa. A buscar a alguien, pensé. Y me sentí aterrado. Regresé corriendo al coche y le pedí al papá de la Milena que nos fuéramos de ahí, que no nos detuviéramos hasta llegar a Buenos Aires.

Don Gastón no hizo preguntas. Condujo lento, regresó a la calle principal. Con tacto, o lo que ahora entiendo que fue tacto, buscó al hombre que nos había dado las indicaciones y le aceptó los mates. Nos bajamos del coche y escuchamos sus alegatos contra el calor y contra el gobierno durante unos quince minutos. Daba la impresión de que culpaba directamente al gobierno por la temperatura de ese verano que apenas arrancaba, o tal vez culpara a las temperaturas por tener un gobierno tan nefasto. En cierto momento, don Gastón me miró detenidamente, de arriba abajo, y asintió levemente con la cabeza.

La Milena se veía nerviosa e intentaba sonreírme.

Abandonamos el pueblo al paso del sol. Nos fuimos en silencio por la ruta un buen rato. Cuando encontró un puesto en el camino, el papá de la Milena detuvo el coche. Antes de que bajáramos me miró.

—¿Seguro, pibe?

Supe que no me lo volvería a preguntar, y que, fuera cual fuera mi respuesta, después de haberla formulado ya sería para siempre un adulto. Miré por el retrovisor a la Milena, que tenía los ojos abiertísimos. La hora de la siesta había terminado y en el puesto había ya algún movimiento.

—Seguro —dije.

Nos bajamos. El local tenía algunas mesas repartidas y nin- gún parroquiano aún. Una chica muy joven nos saludó con una sonrisa dormida. Don Gastón pidió tres cervezas y unas patatas fritas para compartir. Contra todo pronóstico, las cervezas estaban realmente heladas. Me pareció suficiente milagro para ese día.

Hablamos del viaje. Dieron por hecho que seguiría con ellos hasta Buenos Aires para pasar las fiestas con la familia. A mí me apetecía hacerlo, pero además no se me ocurría cómo podría regresar desde esa pampa desolada hasta mi isla desolada. Don Gastón me dijo que Buenos Aires era como Santiago, pero mucho más grande. Le expliqué que no conocía Santiago.

Un rato después la chica le trajo la cuenta a don Gastón.

—No, no. Invita el muchacho —dijo sonriendo.

Miré a la Milena, que también sonreía. Sin atreverme a preguntar por qué invitaba yo, o tal vez sin hacerlo porque una parte de mí lo entendía demasiado bien, caminé hasta el coche para buscar el sobre que contenía la pasta. Tomé un par de billetes y regresé a la mesa.

Por la pampa desierta había empezado a correr un vientecillo fresco.

*

La cosa fue así: me llama Ferrán un día y me pregunta por lo que está pasando en Chile. No da para ilusionarse, le digo, ya sacaron a los milicos. Ferrán insiste: son miles, millones en las calles. Habla de la fuerza del pueblo. Habla de la organización. De neoliberalismo, de capitalismo, de Allende, de las grandes alamedas. Como buen europeo de izquierdas, se emociona con Allende. Me pide que le cuente de aquellos años de esperanza. Yo no miento ni exagero. Le cuento por enésima vez mi único contacto con la agitación de ese tiempo, cuando en uno de mis viajes desde la isla hasta la ciudad me topé con una marcha enorme, llena de obreros, mujeres y niños que apoyaban a Allende y a la Unidad Popular. Ferrán se excita bastante. Habla de la belleza, de un proyecto de país. Después despotrica contra los gringos y los Chicago Boys, mete a Franco de pasada y regresa al presente. Jerónimo, me dice, vete a Chile. Cuéntanos qué pasa en las calles. Yo no sé qué responderle. Piénsalo, insiste mi editor: el muchacho isleño que estuvo en una marcha a favor de Allende en una ciudad pequeña, el joven que se ilusiona, que sufre el golpe militar y es exiliado, que pasa toda la vida en Europa echando de menos su tierra, y que regresa cincuenta años después, pasada la dictadura y todo lo demás, cuando el pueblo ha despertado y se termina de sacudir a Pinochet. Cuéntanos esa historia, Jerónimo. Es un gol de media cancha, Jerónimo.

Esa conversación ocurrió en octubre, tal vez en noviembre. Le dije que lo iba a pensar.Seguí el día a día de lo que se dio en llamar el Estallido o la Revuelta. Las noticias eran confusas: esperanza y dolor, ilusión y rabia, marchas alegres y saqueos masivos, rondas alrededor del fuego y cientos de ojos reventados por la policía. Luego, cuando el país se caía a pedazos, un acuerdo que prometía una nueva Constitución, una escrita por todos y por todas, una que derribara la que dejó amarrada el dictador.

Me empecé a entusiasmar yo también. En diciembre llamé a Ferrán y le dije que sí, que quería ir a Chile, que quería conocer Santiago.

Ferrán se sorprendió de que no conociera la capital. Después le pareció excelente. Esto puede ser un libro entero, Jerónimo. Te mereces regresar a tu país, Jerónimo.

Yo llegué a Europa algunos años antes del golpe militar de 1973, pero no hay caso: para todo el mundo fui siempre un exiliado, así que tuve que aprender a comportarme como tal. Se lo he explicado a Ferrán, pero le arruina la historia, así que se le olvida pronto.

La verdadera razón por la que me fui de Chile no tiene lugar en las revistas. Tampoco en las conferencias. Esa historia no puede escribirse más que en este cuaderno mojado, con la letra temblorosa que me han dejado los años.

Al final viajé de Barcelona a Santiago en enero. Mucha gente estaba de vacaciones, de modo que la cosa había ido perdiendo fuerza. Se anunciaba, eso sí, que el movimiento se retomaba en marzo. Las calles estaban destrozadas, los semáforos sin luz, las plazas sin pasto. Todas las tardes había jaleo, aunque la convocatoria a las concentraciones distaba enormemente de las masas interminables que aparecían en las fotos de octubre. El metro funcionaba de manera intermitente. Caminé mucho bajo el calor seco de Santiago. El humo de los incendios y el smog me impedían ver la cordillera. Recurrí al oficio: hablé con gente, me metí en las marchas, contacté a una escritora de renombre y tomamos un café en Providencia. Mi pregunta principal era la menos interesante: cómo era Santiago antes de ese octubre. Eso era lo que realmente quería saber, necesitaba un punto de comparación para saber qué tenía que mirar. Mi crónica no avanzaba. Caminé un poco más, abrí los ojos todo lo que pude. Pregunté por mis libros en todas las librerías que encontré abiertas. No los tenían en el catálogo, pero los encargados preferían decirme que estaban agotados.

Anotaba cosas en mi libreta: frases escritas en los muros, gritos oídos al pasar. Me sorprendió que Gabriela Mistral fuera un ícono popular de la lucha. Vi una estatua de papel maché de un perro

negro con un pañuelo rojo, pero esa historia ya la habían contado todos. Estuve a punto de perder un ojo por un balín perdido que me pasó muy cerca del rostro, pero ya había decenas de reportajes sobre gente que los había perdido en serio. El guanaco me empapó dos veces y me dejó un resfrío de varias semanas, pero a todo el mundo lo mojaba el guanaco.

A las pocas semanas entendí que había llegado tarde. Ensayé arranques cada vez peores de mi crónica. Podría decir que me reconecté con mi país, pero no sería verdad. Este nunca fue mi país. En la isla teníamos una idea vaga de lo que era el país, y en cualquier caso no estábamos seguros de pertenecer a él. No tenía más que decir que cualquier extranjero ávido de historias de cambio y revolución que pasara por Chile en esos días. Pasaba el tiempo y el dinero se me acababa. Ferrán me pedía las primeras páginas de la crónica para enviarme un anticipo de dinero. No tenía nada que darle a leer. Me cambié del hotel a un hostal, después a un hospedaje. No hacía nada más que pensar en la Milena, pese a que hace muchos años que no la recordaba, o que su recuerdo me era, en todo caso, indiferente. A veces me acordaba también de Julián.

Fui a otros lugares: al Cajón del Maipo, a Valparaíso. Las fotos que tomé eran sugerentes, pero eso lo podía hacer cualquiera: el paisaje estaba servido en bandeja.

No tenía nada que aportar.

No tenía nada que decir.

Una tarde, ya entrado febrero, salí a fumar al patio del hos- pedaje y me encontré a la casera, que regaba las plantas vestida con una jardinera y un sombrero blanco muy mono. Iba descalza y cada diez segundos se regaba sus propios pies para quitarse el barro. Se veía linda. El patio era una pequeña selva, lleno de sombrillas y tumbonas donde echarse a leer. Era muy difícil, en medio de ese oasis, recordar que afuera había una batalla. Saludé a la casera y le

propuse hacerle algunas fotos, como agradecimiento por haberme rebajado ya dos veces el valor de la pensión. Era una mujer que rozaba los sesenta, tranquila y asertiva, a la que le sorprendió mucho, unos días antes, que siendo escritor y periodista, y habiendo nacido en Chile, no hubiera leído jamás a Isabel Allende. Me dijo que, si no lo había hecho, no podía decir que no me gustaba. Era imposible rebatirla con honestidad. Le dije que me prestara el que ella considerara su mejor libro y me pasó Inés del alma mía, porque, según dijo, además de ser muy bueno me iba a resultar útil para conocer un poco la historia de Santiago, ya que andaba en eso.

Me senté a leerlo en el patio, con una desconfianza que olvidé pronto. Lo acabé al día siguiente. Fui a reconocerle que el libro me había gustado y ella sonrió. Desde entonces hablábamos bastante, sobre todo de libros. Ella nunca había leído nada que hubiera escrito yo, ni siquiera le sonaba mi nombre. Le expliqué que publicaba en España y que la distribución no alcanzaba Chile, ni siquiera Argentina.

—Qué pena —dijo ella.

—Sí —dije yo.

La tarde en que le propuse lo de las fotos ya llevaba dos semanas en su pensión y teníamos algo de confianza. A ella le pareció una idea estupenda. Estuvimos una hora en ello, malgastando el agua de la manguera. Quedó una sesión muy chula. Le prometí que en cuanto las revelara, si encontraba dónde hacerlo, le traería las fotos de regalo.

—¿Y por qué no usas una cámara digital? —me preguntó.

—Tengo el teléfono, que toma buenas imágenes y se pueden enviar rápido a la redacción. Pero eso lo dejo para las fotos urgentes. Para las otras, las que no tienen apuro, prefiero esta máquina.

—Es bellísima. ¿De qué año es?

—Me parece que del 39.

—¿Es buena?

—Muy buena. Ya no las fabrican así. Pero es que además tiene su historia. Me ha acompañado mucho tiempo. Voy a todos lados con ella.

Dejó de regar, entró a la casa y volvió a salir con dos vasos de limonada helada. Me invitó a sentarme y me dijo que quería escuchar la historia de la cámara.

Eran las cinco o seis de la tarde. Cuando terminé de contarle todo, eran casi las diez. D –la llamaré así– escuchaba y hacía algunas preguntas, pocas, siempre justas. Me pregunté si sería una sicóloga camuflada o una periodista de oficio. Por supuesto, la historia de la cámara era, en realidad, toda mi historia. Supongo que fue ese día cuando empezó a gestarse en mí la idea de escribir un diario, de llevar un cuaderno, de enfrentar al pasado. Pero en ningún caso pensaba regresar a la isla.

Eso ocurrió a la mañana siguiente. Desperté junto a D, con una mezcla de felicidad y nostalgia que terminó por hacerme llorar. Ella me miraba con ternura. Yo no sabía qué decirle.

Cuando me calmé, D se puso a hablar del estallido social. Parecía no venir a cuento. Relató lo que había visto, me contó lo que esperaba del futuro, recordó el plebiscito que finalmente derrocó a la dictadura. También habló de su marido, fallecido hace diez años. Pero se detuvo en la explosión actual, en el carnaval de emociones, en la rabia y la violencia, en la esperanza.

—La vida no me ha sido fácil. Quizá eso no existe. Pero, aunque voy a las marchas y apoyo al pueblo, no he lanzado ni una piedra. La rabia no me habita. ¿Sabes por qué? ¿Sabes cuál es la diferencia? Lo he pensado mucho.

—¿Cuál?

—Creo que es la posibilidad de elegir. La gente que de verdad tiene rabia es la que nunca ha podido tomar decisiones. La que se ve de pronto siguiendo una vida que no eligió. No hay nada más frustrante que eso. Con todas mis penurias, yo sí he podido elegir, al menos en ciertos momentos de mi vida. Por eso no estallo. Si lloro, lo hago en silencio, lo hago sola. Nadie es culpable de mi pena. Pero en Chile hay mucha gente, tal vez la mayoría, que no ha elegido nada. Gente a la que se lo han impuesto todo, que no ha podido abrir la boca para protestar, para decir: yo preferiría esto otro. ¿Qué podemos hacer más que solidarizar con esa rabia? Ahora toca devolverles la palabra.

Suspiró hondo antes de continuar.

—Hay un gran sistema, un sistema malvado que instaló la dictadura, y ese, evidentemente, no lo elegimos. Es un descontento social. Pero además existen millones de sistemas individuales que son las personas. Y cualquier sistema puede capotar, los grandes y los pequeños. Cuando fallan los grandes les echan la culpa a los chicos, y al revés pasa lo mismo. Pero a veces no es así. Los grandes fallan porque están mal hechos, y los chicos revientan por dentro, por decisiones propias que terminan por hacer cortocircuito. Reconocer dónde radica la falla, en qué momento se jodió todo, cuánta culpa tiene el sistema mayor y cuánta culpa tiene el propio: eso es lo que intento descubrir todos los días.

Estuve tentado de ir a buscar mi libreta para anotar todo lo que decía. Era lo más interesante que me habían dicho sobre lo que estaba pasando en las calles. Pero D me tomó la mano bajo las sábanas y me miró a los ojos. Y entonces entendí por qué me hablaba de todo eso.

—Pregúntate de dónde viene tu pena, Jerónimo.

*

A la noche siguiente tomé un bus hacia el sur. Dormí poco y nada. Cuando clareaba el alba llegué a la ciudad, a mi ciudad, a la ciudad donde conocí a la Milena. Pensé en darme una vuelta por los viejos sitios: la plaza, la tienda de revelados de fotos de don Gastón, la casa de la tía Helena. Al final no pude con tantos recuerdos y decidí tomar de inmediato el pequeño autobús que me llevaría hasta el pueblo después bordear el mar por dos horas.

En el pueblo me dijeron que ya no salían barcazas ni botes a la isla. Había un barco de carga que zarpaba una vez al mes, pero nunca se sabía la fecha, y además no era para turistas. Para visitar la isla, la única opción era subirse a la avioneta de un gringo que hacía ese servicio. Yo era incapaz de imaginar una avioneta aterrizando en mi isla.

Tardé tres días en encontrar al gringo. Me prometió traerme pronto, apenas terminara de resolver algunos asuntos. Esperé tres o cuatro días más. Los cajeros automáticos no tenían dinero, aunque tal vez tampoco lo tuviera mi cuenta (la quimioterapia por la que tuve que pasar hace dos años me sanó del cáncer, pero me dejó en la ruina: no pude trabajar en todo ese tiempo). Al final el gringo me fue a buscar a mi hospedaje y un par de horas después estábamos arriba de la avioneta. Era el único pasajero. Estaba seguro de que ese montón de chatarra alada se iba a caer. No sería el primer accidente, según me hizo saber el gringo imbécil. Cerré los ojos en el despegue. Los abrí cuando encontramos cierta estabilidad en el aire. El día estaba feo, parecía anunciarse una tormenta. Íbamos tan cerca del agua que podía notar el vaivén de las olas. La isla apareció pronto. Nunca la había visto desde el aire. La avioneta la rodeó y distinguí el faro. Podría decir que pensé en la Milena o en Julián, pero no sería verdad. Por alguna razón que no puedo explicar, se me

mojaron los ojos al pensar en Juan de Dios, el hermano que no llegué a conocer.

Mi pequeño hermanito, guardando el cementerio de la isla.

El viento corría fuerte y sacudía la avioneta. Cerré los ojos al aterrizar. Apreté los dientes. El gringo me miraba divertido. Por mostrarme tranquilo, quise hablarle del regreso, le pedí que viniera a buscarme en dos semanas. Me exigió dejarle pagado el pasaje de vuelta: ya le había ocurrido muchas veces que venía a buscar a un pasajero y una vez en la isla le discutía el valor o le decía que quería quedarse unos días más, y entonces él perdía el viaje. Confié en él, me hizo sentido lo que decía, le pasé mis últimos billetes. Podría sobrevivir unos cuantos días en la isla, Julián tendría que recibirme, y si no quería, no importaba: yo seguía teniendo derecho a dormir en la casona.

Solo entonces me pregunté si Julián seguiría en la isla, si acaso estaba vivo. No sabía nada de él desde hace casi cincuenta años. Temblando, arrastré mi maleta por la tierra. Recordé el camino hasta la casona. La encontré vacía y abandonada, con un cementerio al lado, con todos los muertos dándome una inquietante bienvenida. Una chica me hizo saber que Julián se había mudado a La Punta.

Creo que entendí todo de inmediato, pero es fácil decirlo ahora, con tanta verdad puesta sobre la mesa.

*

Una noche, borracho, le dije a Julián que no podía creer que no hubiera salido jamás de la isla. Que no hubiera hecho nada en la vida, como si le tuviera miedo.

Julián me escuchó en silencio. Pensé que lo iba a negar, pero en cambio me dijo que sí, que a lo mejor tenía razón. Me sorprendí y bajé la guardia. Entonces vino la estocada:

—Pero tú le tienes miedo a la muerte.

*

Llegamos a Buenos Aires de noche. Lo primero que me pregunté fue cuánto más grande podía ser una ciudad. Entre más me movía, más crecía el mundo, la cantidad de habitantes. Don Gastón me dijo que Sao Paulo era todavía más grande, ni hablar de Ciudad de México. Esos nombres me sonaban bien pronunciados así, en voz alta. Yo solo los había leído en las novelas. Nadie en mi isla había dicho jamás en voz alta la palabra México.

La casa de los abuelos de la Milena parecía pequeña por fuera, pero al entrar uno descubría que era grande, alargada, con un patio trasero lleno de limoneros, y sombra, y un nogal cargado, y una parrilla que estuvo encendida casi todos los días que pasé ahí. Dormía en el sofá de la sala, y tenía que levantarme apenas salía el sol, que era la hora en que Chuchi, la abuela, se levantaba y empezaba a trajinarse su café con leche.

—No, pero seguí durmiendo, chileno —me decía cuando me veía incorporarme, muerto de sueño —. Yo es que sin mi cafecito no ando, sabés.

Le decía que estaba acostumbrado a levantarme temprano, y era cierto, aunque mi cuerpo me pedía cada vez más horas de sueño. En la isla ya habíamos discutido con Julián sobre este asunto.

A Milena le gustaban sus abuelos y sus tíos, pero no le gustaban ni la capital ni los porteños. Obligada a mostrarme la ciudad, elegía los parques, las plazas, incluso ese mar tan raro que tiene Buenos Aires.

Al final, los dos preferimos pasarnos las tardes en Corrientes, encontrando novelas de saldo y charlando con los libreros. Todo estaba engalanado por las fiestas. Me pareció una ciudad increíblemente hermosa y se lo dije a la Milena.

—¿Esto? No, pero Jero, si tu isla es diez mil veces más linda.

—Si vivieras ahí no te lo parecería tanto.

—Y sí, claro que sí, si yo puedo pasarme una semana entera mirando el mar y no me aburro.

—Pero un año, dos años...

—Tampoco.

—Yo prefiero la ciudad. Nunca me aburro en la ciudad. Menos en Buenos Aires.

—Llevamos tres días acá, papafrita. Si tuvieras que vivir todos los días de tu vida en Buenos Aires te volverías loco. Mirá qué prisa que trae todo el mundo.

—Bueno, porque están comprando sus regalos.

—Pero no, Jero, si es así siempre, haceme caso.

De todas formas, ella disfrutaba recorrer la ciudad conmigo, porque tenía alguien a quien hacerle ver las cosas que de otra forma se tenía que dejar para ella. ¿Cuánto tiempo llevaría ese agujerito en aquel muro? ¿Desde qué piso de ese edificio tenía que saltar un suicida para morir al estrellarse contra el suelo? Si una persona no se ubicaba bien en Buenos Aires en vida, ¿se ubicaba bien cuando moría, cuando era un fantasma, o la ignorancia geográfica se arrastraba hasta la muerte?

Yo la escuchaba fascinado.

Una tarde, me pidió que la esperara y entró a una tienda. Insistí en acompañarla, pero se negó. Por hacer algo, saqué la cámara de fotos de don Lautaro, un viejo ermitaño de la isla del que me había hecho amigo. Me la había prestado para el viaje con una única condición: que se la llevara de vuelta. Era una Kodak Bantam Special de 1939, una verdadera joya. Tuvo que pasar mucho tiempo para que comprendiera cuán generoso había sido don Lautaro al prestarme esa máquina. Los carretes me los había regalado el papá de la Milena. Ahora los tenía de sobra, pero me había acostumbrado a la escasez y dudaba mucho antes de tomar una foto. En todo el viaje no había tomado más de dos o tres.

Buscaba un objetivo para tomar una bonita foto a esa esquina de Buenos Aires, cuando en el lente se apareció la sonrisa linda de la Milena. Llevaba algo en las manos. Sorprendida, lo escondió atrás de su espalda y yo apreté el gatillo en el momento exacto en que achinaba los ojos y sonreía como una niña pillada en falta.

Encontré esa foto en la casona, enmarcada y sepiosa. Es, sin duda, la mejor fotografía que tomé en mi vida. Tal vez todo este viaje absurdo a la isla, a mi infancia, a la casa donde nací, solo tuvo sentido por ver cincuenta años después a la Milena inmortalizada, escondiendo el regalo que traía para mí.

No me lo entregó ese día. Dijo que era algo para su padre, creo, y me olvidé del asunto. Me lo entregaría algunos días después, en mi cumpleaños. Era un pequeño cuaderno azul, con la tapa dura y aterciopelada.

—Te van a pasar muchas cosas, Jero —me dijo—. Y te pueden pasar por al lado o habitarte. Por las dudas, podés escribirlas aquí, como una extensión de esa cabeza que tenés, que siempre lo olvida todo.

Pero ese día yo tenía pena y tenía rabia y tenía miedo, y no creía poder sacar todo eso de mí para ponerlo en un cuaderno.

*

Parece que fue hace siete años. Parece que quería, después de tanto tiempo, ir a ver a su familia a Buenos Aires. Iba de tanto en tanto a la ciudad a ver a su padre, pero a Argentina no había regresado desde el funeral de Chuchi. El trayecto de la isla al continente lo hizo en una barcaza. No estoy seguro de si fue a la ida o al regreso cuando el mar la pidió. Julián no me contó nada. Julián está destrozado desde entonces. El pueblo entero está destrozado desde entonces. A la Milena solo se la puede visitar en un cementerio sin cuerpos, frente a una cruz que la quiere recordar.

*

La noche de Navidad oí sus pasos. En medio de la oscuridad, su sombra delgada se apareció frente a mí. El corazón me sonaba tan fuerte que pensé que iba a despertar a todos. Me quedé con los ojos cerrados. No sé por qué.

—No puedo dormir —me dijo ella, y se acurrucó a mi lado.

Fue la única vez que dormí con la Milena. En realidad, fue ella la que durmió. Yo me quedé mirándola toda la noche, resistiendo a la tentación de despertarla para decirle lo que de todas formas se me iba a escapar en cualquier momento.

*

Hoy me animé a preguntarle algo a Julián que me daba vueltas en la cabeza. Pintábamos los pilares del corredor principal de la casona, uno al lado del otro. Entonces hice la pregunta sobre los hijos. ¿Los habían tenido? ¿Vivían en otra parte? ¿No quisieron ser padres?

Julián siguió pintando como si nada. Después de un rato me dijo que tenía tres hijos, que yo ya los había conocido. Eran del grupo que se juntaba en la taberna.

Me quedé en silencio. Antes de que pudiera echarle la bronca por no haberme dicho nada, soltó una carcajada.

—No, nunca pudimos. Lo intentamos los primeros años.

—Imbécil —le dije, aunque después me dio risa.

—Nunca supimos si el problema era mío o de ella. Qué más da. Fuimos felices. Era una mujer maravillosa, Jerónimo. Siempre te agradeceré por haberla traído a la isla, aunque no haya sido precisamente para que yo la conociera.

Sentí que una rabia espesa, una vieja rabia de cincuenta años, me subía por la garganta. Respiré profundamente. No se puede cambiar el pasado, me dije. Acaso únicamente se puede porfiar en la fantasía de entenderlo.

—Siempre quise saber cómo fue todo —le dije, con una calma que hasta a mí me sonó falsa. De todas formas, seguí hablando—. Cuando vino a la isla la primera vez apenas se hablaron. ¿Qué pasó después?

Julián dejó de pintar y me miró.

—¿De verdad quieres hablar de esto, Jerónimo?

—Sí, ¿no? Qué más da todo a esta altura.

Respiró profundamente y miró al cielo, con un dramatismo que me pareció insoportable. Cuando volvió a mirarme, sin embargo, tenía los ojos mojados. Sentí que mi rabia se convertía en otra cosa que no supe distinguir entonces y no sé reconocer ahora.

—No hubo encuentros secretos, si te lo preguntas. No salimos juntos a recorrer la isla, no le hablé de la campana española, no escuché sus poemas, no me interesé por su vida. Creo que apenas le dirigí la palabra dos o tres veces. Simplemente me dediqué a observarla a la distancia. La quise desde el primer minuto. Pero yo no podía saber si tú te habías enamorado de ella. No me correspondía hablarle ni acercarme, aunque a ratos creía que ella también me miraba a la distancia, con algo que me parecía curiosidad. Era mi propio hermano quien la había invitado a la isla. ¿Qué podía hacer más que dedicarme con tristeza a trabajar en la hacienda? Por eso no los acompañaba en sus paseos. Pero el tiempo pasó. Un día te fuiste y no regresaste en las fechas prometidas. Por primera vez, pasamos nuestro cumpleaños en dos lugares diferentes del mundo. Semanas después, cuando la isla anunció que venía una visita desde el continente, pensé que serías tú, y me sentí contento. Pero era ella. El resto ya lo sabes. Y si no, lo puedes imaginar.

Se quedó en silencio. De pronto parecía muy cansado.

—No me resulta fácil...

—A mí tampoco —lo interrumpí con sequedad.

Seguimos pintando. Lentamente la casona se iba pareciendo un poco más a la de mis recuerdos. Casi podía sentir la presencia de mis tíos, de mi abuela, hasta de mi pobre madre muerta. El silencio, espeso como la misma pintura, me empezó a volver loco. Elegí volver a la pregunta inicial, porque había asuntos prácticos que quería discutir con Julián.

—Yo tampoco tengo hijos, por si te lo has preguntado.

—Lo supuse.

—¿Y esto? —pregunté al fin, apuntando con la brocha a la casa y luego hacia La Punta—. ¿Qué vamos a hacer con todo esto?

Julián me miró y levantó los hombros.

—Podría ser un parque. Protegerlo. Algún día volverán los inversionistas, cuando se hayan olvidado del maremoto.

—¿Y no pensabas consultarme? No tengo dinero. Podría vivir bastante bien con lo que nos dejara esta tierra. Tampoco es necesario venderla toda, puede ser solo una parte.

—Sería como regalarla. Con el cementerio al lado, el valor bajó mucho.

Miré el cementerio, sin comprender.

—Pero si ahí ni siquiera hay cuerpos.

Julián se puso a pintar de nuevo y sonrió.

—Y el hecho de que de todas formas haya bajado el valor dice mucho. ¿No?

Hablar con Julián me pone nervioso. He decidido esperar unas semanas para plantear otra vez el tema de la venta. En algún momento tendrá que ceder. Por ahora, pienso que mientras mejor esté la casa, más valor tendrá el conjunto. Me empeño cada día en recuperarla como si en ello se me fuera la vida.

*

Día feliz: en la mañana partí en dos un tronco de un puro hachazo, como si tuviera quince años. Ya no necesito que nadie venga a ayudarme a partir leña.

Me sorprende que a mi edad mi cuerpo todavía pueda mejorar, que la caída libre tuviera no solo un paracaídas, sino también un modesto elevarse, una ampliación de la distancia antes de reventar. No me he sentido tan bien en décadas. Hasta Julián me lo dijo el otro día. Me comentó que me veía mejor, que estaba más fuerte. Tanto subir y bajar el cerro, le dije riéndome, quitándole importancia. Pero agradecí el gesto.

Ya quisiera que me vieran en Barcelona, especialmente F. No veo la hora de volver. En la radio han empezado a hablar de soluciones, de reactivación. El bicho acá no ha llegado. Si eso significa estar aislado del mundo, tal vez no sea la peor de las desgracias.

¿Me contradigo, acaso?

Muy bien, me contradigo.

*

La Milena tenía un tío al que todos llamaban Cacho. No se llevaba muy bien con don Gastón, que lo tenía por un irresponsable. En sus veinte, Cacho había partido a Italia, pese a las recomendaciones de los familiares que se desesperaban intentando que entendiera que eran más bien los italianos los que se estaban yendo a Argentina, escapando de la guerra. Pero la guerra ya había terminado y Cacho tenía un amigo en Nápoles a quien estaba seguro de poder localizar. Así que un buen día se fue.

A su amigo no lo encontró nunca, pero dice que encontró el amor. Después ese amor se perdió y Cacho partió a España, sin importarle demasiado que los españoles también estuvieran escapando a Sudamérica, hastiados o perseguidos por la dictadura franquista. Encontró trabajo como portero de un hotel en Zaragoza, donde se quedó nueve años. Después el hotel se fue a quiebra y Cacho tuvo que pensar en regresar a Buenos Aires. Para pagarse el pasaje del barco, se enroló como tripulante, aunque tripulante es mucho decir: su misión era mantener limpia la cubierta, asear los baños, ese tipo de cosas. Cuando llegó a Buenos Aires, echó de menos España y regresó al par de meses en el mismo barco, haciendo lo mismo. No alcanzó a llegar a Zaragoza: en Galicia, donde atracó el barco, pensó que tal vez en Argentina estaría mejor, si al final era su tierra, y partió de vuelta. Cuando, ya de regreso en Buenos Aires, lo escucharon hablar con nostalgia de España otra vez, sus padres le dijeron que si se iba no lo recibían de nuevo, que ya tenía más de treinta años, caramba, y desde entonces se quedó a vivir con ellos, jurando que en cualquier momento se volvía nomás a Europa.

Yo me pasé tardes enteras escuchando sus historias y anécdotas, todas las cosas que vivió en Italia, en España y arriba de los barcos. Nos sentábamos a la sombra del nogal, tomando una cerveza tras otra. Cacho era gordo y calvo, con unas patillas de guerrillero y la voz ronca, afectada de tanta fiesta. También era el tipo más simpático que conocí jamás.

—A lo que te diga Cacho, le quitás el impuesto —me decía don Gastón, preocupado de que su hermano resultara una mala influencia para mí.

Yo le pedía que repitiera algunas de sus aventuras. Si las cambiaba mucho, pensaba, sería porque estaba inventando sobre la marcha, como la tía Panchita cuando improvisaba cuentos que después no había forma de recuperar. Pero Cacho contaba una y otra vez lo mismo, igual, sin contradecirse. Opté por creerle todo sin reparos.

Busqué Italia y España en un mapa, y existían. Eso era infinitamente más que lo que podía decirse de mi isla.

Le pregunté a la Milena si ella había pensado en irse a otro país algún día. Me respondió que ya se había ido, que vivía en Chile.

—Claro —le dije—. Pero yo te digo otro país. España, o Italia, o México.

La Milenita lo pensó un segundo y me dijo que no. Que a ella le gustaba Chile, y que, si tuviera que irse de Chile, se regresaría a Argentina, aunque no a Buenos Aires, sino al sur. Había estado una vez en Bariloche y le gustó mucho.

—Pero nunca, nunca he estado en un lugar más hermoso que tu isla —me dijo—. Si pudiera elegir un sitio en el mundo, sería ese. Yo podría ser feliz toda la vida en tu isla, Jero.

—Sí, pero no conoces todo el mundo. No puedes saber si serías todavía más feliz en otro lugar.

Me dijo que era imposible conocer todo el mundo, y que en vez de buscar toda la vida un lugar donde ser feliz, prefería quedarse en un lugar donde ya lo había sido.

La miré con un poco de tristeza. Ella no entendía lo que era vivir en una isla y yo lo estaba entendiendo recién.

*

Angustia de domingo por la noche.

Hace 266.624 minutos que no reviso el correo ni mis redes sociales, a los que tendría que sumar los cinco que tardé en hacer este

cálculo absurdo. Para darme ánimos, pienso que si durante estos meses hubiera tenido la posibilidad de tuitear, ni siquiera habría empezado este diario. Esto me ha hecho reflexionar sobre en qué saco roto habré estado echando las palabras en los últimos años.

Me pregunto si allá (en Barcelona, en el mundo) ya me habrán dado por muerto. Me pregunto si el bicho infame se habrá llevado a algún amigo. En la isla no ha muerto nadie, ni por el bicho ni por vejez ni por nada. Tal vez estamos todos en el purgatorio. Tal vez debería subirme de una buena vez a un bote y escaparme al continente, antes de cruzar el limbo final que me acecha en esta isla.

Sí, burlar a la muerte. Dejarla fuera del bote, como una estúpida. Verla agitar su puño huesudo, mientras yo me alejo por el mar cantando mis venganzas.

Pero las noches de domingo, se sabe, son muy malas consejeras.

*

También son malas consejeras las penas de amor, aunque eso no te lo enseña nadie.

Una tarde, Milena y yo nos subimos al nogal de la casa de sus abuelos. Era su lugar preferido de niña, me dijo, aunque por su entusiasmo quedaba bastante claro que lo seguía siendo. A unos buenos tres metros del suelo, firmes sobre las ramas del nogal, tal vez comprendiendo que ni ella ni yo tendríamos tan fácil una huida y seguro de que dentro de la casa la siesta general no había hecho más que comenzar, lo solté todo. Estaba tan nervioso que hablé sin parar durante quince o veinte minutos. Tenía pensadas algunas frases bonitas de los libros, pero al final me salió todo sin concierto y sin belleza. No la miré mientras hablaba. Miraba el suelo. Un punto

fijo, para no marearme. Milena me escuchaba con los ojos y los brazos abiertos, pero no porque quisiera abrazarme sino porque se sujetaba a izquierda y a derecha de las ramas.

De repente me quedé en silencio. Se me habían acabado las palabras. Me atreví a mirarla. Estaba roja. Primero pensé que roja de vergüenza. Después entendí que era rabia. En vez de contestarme, me preguntó por qué le hacía eso. No la entendí. Yo no le estaba haciendo nada. Yo solamente tenía dieciocho años y el corazón revuelto.

—Por qué, Jerónimo. Para qué.

Por qué, no lo sabía. Para qué, menos. Yo solo tenía dieciocho años y el corazón preocupado.

Me dijo que todos los hombres eran unos pelotudos. Me dijo que yo también era un pelotudo. Saltó del árbol y se perdió dentro de la casa.

Yo solo tenía dieciocho años y el corazón goteando.

Me quedé arriba del nogal toda la tarde, incapaz de volver al mundo. Tuvo que venir Cacho a buscarme.

—Dale, pibe —me dijo—. Dale, que la vida es así.

Bajé del árbol y Cacho me estrechó en un abrazo. Me acordé de don Lautaro, que una vez me había recibido a los pies de un árbol. Pensé en el fantasma de mi padre. Imaginé a Julián oteando el mar, a ver si ya volvía su hermanito, que no sabía dónde puchas andaba. ¿Qué carajo hacía yo en Argentina? Nunca he llorado más en mi vida.

—Dale, pibe, dale —repetía Cacho, y me daba palmaditas en la espalda y en la cara—. Dale que así nomás es.

Yo solo tenía dieciocho años y el corazón oscuro.

*

Hace algunas semanas me dio por hablar con los muertos. Voy al cementerio antiguo y le cuento cosas a mi mamá Laurita y a mi mamá Tomasa. También le he hablado a Juan de Dios. Nunca lo había hecho antes. Intento recordar qué significaba, en mi infancia, la ausencia de ese tercer hermano. Nadie nos hablaba de él. Si mi mamá Laurita no se hubiera confundido a veces, si no nos llamara de pronto por el nombre del hermano muerto, si sus hijos no la hubieran mirado espantados al oír mentar al que pertenecía al cielo, tal vez Julián y yo nunca nos habríamos enterado de que durante unos meses fuimos tres. No recuerdo ninguna conversación, ni siquiera con la tía Helena, en que alguien nos explicara qué había sucedido. Lo fuimos averiguando a retazos de distintas texturas, trozos de colores y tamaños diversos que se superponían sobre el humilde telar de nuestra historia, dejando una amalgama incomprensible.

A veces el fantasma de Juan de Dios surgía como amenaza en las peleas de niños que teníamos con Julián, en los puntos más álgidos de una discusión. Una línea prohibida que se cruzaba a veces, cuando la rabia era demasiada.

—Ojalá te hubieras muerto tú en vez de Juan de Dios. Supongo que no lo decíamos en serio. Al rato nos olvidábamos de la pelea y nos íbamos por la isla muertos de la risa. Podría decir que la frase quedaba flotando en el aire, que dejaba algún agujerito en nuestra relación de hermanos. Pero no sería cierto. Ni siquiera nos pedíamos perdón. Ni por las palabras ni por los hechos ni por nada. En la casona no se hacían esas cosas, porque de todas formas no había ningún lugar donde ir, no había otras personas con las que cimentar una relación; indefectiblemente llegaría la noche y dormiríamos

todos bajo el mismo techo. La vida tenía que seguir y las relaciones humanas eran fundamentales para la supervivencia en la isla. El perdón se daba por asumido o simplemente era inútil.

Julián, Jerónimo y Juan de Dios. Éramos tres, pero nunca fuimos tres. Éramos dos y un fantasma, que no es lo mismo.

Al cementerio nuevo no voy demasiado. Si la Milena se ahogó en las aguas, prefiero recordarla mirando el mar. Me preparo un mate y me voy a sentar a las rocas. A veces llevo también este cuaderno y escribo mi mensaje en la botella. Los isleños vienen y se me sientan al lado. Me preguntan qué escribo o, si me notan concentrado, me acompañan en silencio, entregando la mirada a la suerte de las olas.

*

Los días siguientes en Buenos Aires fueron horrorosos. La Milena no me quería ver, así que yo no tenía más remedio que pasar el tiempo con Cacho en el patio trasero o paseando por ahí con don Gastón. Lo peor de todo era que la familia en pleno se había enterado de mis palabras sobre el nogal, y me trataban con delicadeza, me hablaban despacito, me preguntaban si me hacía falta alguna cosa. Menos Cacho, que seguía siendo el mismo gordo simpático de todos los días, y que estaba feliz de tener a un pajarito nuevo a quien contarle sus andanzas.

Una tarde, cuando faltaban solo un par de días para el terrible regreso, para esas ochenta horas que tendría que pasar en el coche de don Gastón junto a la Milena, Cacho me llevó de paseo.

—Te va a venir bien un poco de aire, chileno.

Al final, aire fue lo que menos tuvimos. Cacho me llevó a un antro oscuro donde se reunía cada tanto con sus amigos. El humo de los cigarrillos impedía ver cualquier cosa. Cacho me sirvió una cerveza tras otra. Para llamar al garzón tocaba una campanita dispuesta sobre la mesa para esos efectos.

Recuerdo que Cacho les contó a todos que yo me había enamorado de su sobrina. Yo lo miré estupefacto. Los amigos, tipos de cuarenta años y vidas difusas, pasaron por alto mi vergüenza y se pusieron a competir sobre quién contaba la historia de amor más triste que hubieran vivido. Curiosamente, eso terminó por reconfortarme. Me reí mucho esa tarde. Aquellos hombres eran un desastre, pero parecían alegres. Sobre todo, estaban vivos. Entendí que mi vida también iba a seguir. Animado por la cerveza, me sentí de pronto dueño de mi destino. De repente le dije a Cacho que quería irme a España, como había hecho él mismo años atrás. No soportaba la idea de volver a la isla, pero lo que menos soportaba era ese viaje infernal de regreso junto a la Milena. De España no sabía nada, excepto que compartíamos el idioma. Me pareció garantía suficiente para empezar una nueva vida.

Cacho celebró la idea aplaudiendo y ofreció una ronda para todos.

Después ya no recuerdo nada más. Desperté al día siguiente con el trajinar de Chuchi, que no iba a perdonar su café con leche porque yo me hubiera ido de fiesta con el irresponsable de su hijo.

—Tremenda joda tuvieron anoche, ¿eh? —me dijo Chuchi—. Ahora vas y limpiás la porquería que dejaste en el baño.

Chuchi se reía. Estaba casi contenta de que me hubiera emborrachado. La profundidad de mi tristeza en los días anteriores tiene que haber sido altamente preocupante.

Me levanté para ir a limpiar el baño. Al hacerlo, se cayó de mi bolsillo un objeto pequeño y cantarín.

—¿Y eso? —preguntó Chuchi.

Era la campanita del antro. No recordaba en qué momento me la había guardado.

*

Hoy me vinieron a buscar los isleños. Cada cierto tiempo pasan a invitarme a la taberna, pero ahora venían a pedirme ayuda. Una vecina, me contaron, tenía problemas con cierto gato que le acechaba las gallinas. Lo había visto arriba del árbol por el que saltaba al techo del gallinero y, a falta de piedras cercanas, se sacó una sandalia y se la lanzó. El gato se esfumó, pero la sandalia se quedó en la copa del árbol. Venían, pues, a que hiciera gala de lo que al parecer era una fama de buena puntería, de la que yo no tenía memoria.

—A ver qué puedo hacer —les dije, preocupado de decepcionarlos. Lo poco que me queda en la vida es la admiración, o al menos la simpatía, de los isleños.

Caminamos juntos hasta la casa de la vecina, que andaba descalza del pie izquierdo y se apoyaba en uno de sus hijos para no ensuciarse la planta. La sandalia perdida apenas se veía, enredada entre las ramas y las hojas. Me sorprendí de que una mujer tan delgada hubiera lanzado tan lejos su sandalia. Había cierta expectación. Tomé una piedra de buen tamaño, cerré un ojo para calcular, y a falta de otras ideas, la lancé. Fue un tiro perfecto. La sandalia cayó al suelo y todos corrieron a abrazarme. Después nos fuimos a la taberna y conversamos hasta la noche.

Creo que ha sido el mejor día en la isla.

*

Cacho hizo sus averiguaciones entre los viejos amigos del puerto y me consiguió un lugar en un barco que zarpaba hacia Galicia a mediados de enero. Sería duro, explicó, tal vez demasiado para mí. Me iban a tratar como a la peor basura. Pasaría metido en los baños, limpiando la mierda de los pasajeros y de la tripulación. Dormiría en una habitación oscura, con diez o veinte personas más. El viaje duraría por lo menos un mes, aunque bien podían sumarse un par de semanas si se desataban las tormentas. Llegaría a odiar el mar y el cielo. En tierra no me iría mucho mejor. Llegaría a Galicia en pleno invierno, no tendría dinero ni amigos y nadie me querría ayudar. Tendría que dormir en la calle hasta encontrar un trabajo. No se me podía ocurrir robar –Cacho ya había visto la campanita del bar–, porque me deportarían de inmediato, o peor, me echarían a la cárcel sin juicio y sin defensa.

—Pero no hay nada más hermoso que sentir que estás vivo —me dijo—. Eso pasa en un solo momento: cuando el barco zarpa y mirás la tierra alejarse. Son apenas unos minutos, pero te bastan para enfrentar todo lo que venga. Sentís que sos dueño de algo, no sé de qué, ponele que del destino. Ah, qué cosa tan hermosa. Yo por eso iba y volvía en los barcos. Cualquier día agarro y me voy de nuevo, te juro. Eso sí: si te vas a arrepentir, tengo que saberlo hoy. No me hagás quedar mal con los muchachos.

Me pregunté quiénes serían los muchachos. Me pregunté también si yo quería ser dueño de mi destino. Al día siguiente cumpliría diecinueve años. En dos días más, la Milena y su papá regresarían a Chile. Tanto les daba si me iba con ellos o no. Yo ya me había gastado buena parte del dinero de mi padre en helados y libros, y ya no podía pagarme un pasaje de vuelta a Chile.

—Me voy.

Cacho me dio la mano y yo me fui resueltamente a buscar a la Milena, que desde lo del nogal apenas salía de la habitación. Toqué a la puerta de su cuarto y me abrió. No nos mirábamos de cerca desde hace cuatro o cinco días. Le sonreí y ella sonrió de vuelta con timidez. Entonces supe que todo iba a estar bien. Le dije que la invitaba a tomar un helado.

—Bueno.

De pronto éramos dos adultos. Yo caminaba con las manos atrás de la espalda y ella lo hacía con los brazos cruzados. Después de hablar trivialidades, la Milena se atrevió a mirarme y me pidió perdón.

Le dije que no hacía falta. Que lo que quería era entender por qué le ofendía tanto que me hubiera enamorado de ella.

—No me ofende, Jero —dijo, y parecía haber pensado mucho en sus palabras, preparándose para el momento en que volviéramos a hablar—. Supongo que en el fondo hasta me halaga. Pero yo no me puedo enamorar de vos. Yo quiero seguir cagándome de risa con vos, y acompañándote si querés conocer a tu padre o si querés huir de tu padre, a mí no me importa. Yo quería ser tu amiga, Jero. Pero si te enamoraste de mí estamos rotos, ¿entendés? Te podría decir que sigamos siendo amigos y eso no va a pasar nunca. Vos vas a sufrir y yo también.

Seguimos caminando en silencio. Cada una de sus palabras me dolía en lo más hondo. Tal vez debí preguntarle entonces si había alguien más, si estaba enamorada de otro. Pero no lo hice. A lo mejor una parte de mí sospechaba lo que me respondería, y sabía que sería incapaz de aguantar el golpe. ¿Hubo señales, en la isla, de lo que se había agitado en esos corazones? ¿Cómo se me pudo pasar por alto? Era demasiado joven. Todavía no aprendía a mirar.

—Vos te diste cuenta que Chuchi es medio bruja, ¿no? — me preguntó ella de pronto.

—Sí, bueno. Un poco.

—El día que te conoció, vino a darme las buenas noches y me dijo algo que me quedó dando vueltas. Mili, me dijo, ese pibe se va a comer el mundo. Lo observa todo, se queda mirándolo todo. Nunca desperdicia las palabras.

Yo le conté lo que había dicho don Lautaro cuando lo conocí. Que mis pies iban a recorrer el mundo.

—Y sí, y eso mismo vio Chuchi. Jero, yo no quiero comerme el mundo. Vos tenés que hacer tu camino, y yo no te puedo acompañar. Y vos, Jerónimo, vos tampoco me sabrías acompañar a mí, no entenderías nunca mis silencios, la soledad que necesito.

Llegamos a la heladería. Ella pidió de vainilla y yo de dulce de leche. Nos sentamos en el banquito de una plaza. Entonces le conté que me iba. Tal vez terminé de decidirlo en ese momento, con pena y con rabia, con todo el abono de las decisiones impulsivas.

Primero no me creyó. Después, cuando vio que iba en serio, lloró un poco y yo también. No me preguntó si estaba seguro, no me animó a regresar a Chile. Yo esperaba que lo hiciera. Joder, yo le estaba rogando con los ojos que me retuviera con las palabras. Pero no lo hizo.

—¿Se lo puedes explicar a Julián? —le pregunté después de un rato.

Ella asintió con la cabeza. Después lo pensó mejor y me dijo que le escribiera una carta donde le contara todo yo mismo. Ella se comprometía a llevársela hasta la isla.

Pero se me rompía el corazón al pensar en Julián.

Al otro día me celebraron el cumpleaños con una torta de chocolate. Quería tanto que Julián la probara también. Di la noticia de mi partida, que fue recibida con tibios aplausos y los gritos entusiastas de Cacho, que se ufanaba de tener algo así como un heredero. Don Gastón me regaló unos cuantos carretes más, Cacho me dio treinta dólares y la Milena me entregó la libretita que me había comprado semanas antes, esa vez en que entró a la tienda y yo le tomé una foto de sorpresa. Por mi parte, le regalé esa foto, que había revelado el día anterior, y le entregué también la campanita para que se la llevara de mi parte a Julián.

—¿Y la carta? —me preguntó. Negué con la cabeza.

—Cuando vea la campana lo va a entender todo —dije, con más esperanza que certeza.

*

Las premoniciones de Cacho resultaron sorprendentemente exactas, excepto porque no caí jamás a la cárcel, aunque sí que tuve que robar en los primeros meses. Robaba carretes de fotos, igual que en Chile. También, si soy preciso, le había robado a don Lautaro su cámara, aunque me había prometido a mí mismo que se la mandaría de vuelta en cuanto pudiera comprar otra.

Descubrí, arriba del barco, que podía inventarme un oficio. En mis escasos ratos libres, me presentaba como fotógrafo ante los elegantes señores pasajeros y les hacía retratos con el mar de fondo. Ellos me dejaban una dirección, que yo anotaba en la libretita, y el acuerdo era que les llevaría a domicilio la foto ya revelada: solo entonces me pagarían. La voz se corrió: todo el mundo quería un recuerdo de su viaje a través del mar. Hice cuarenta o cincuenta fotos, de las cuales pude cobrar unas ocho

(por supuesto, muchas direcciones correspondían a ciudades alejadas de Vigo, donde viví los primeros años, pero por entonces yo no conocía la geografía de España e imaginaba que sería cosa de tomar un autobús para llegar a cualquier parte).

No junté mucho dinero, pero vi la oportunidad. Una vez en tierra, me quedé en el puerto haciendo fotos a las familias que venían a despedir al que partía, que eran mucho más fáciles de cobrar después.

El resto ya lo he contado en el prefacio de Más allá, mi último libro (idea de Ferrán: reunir mis mejores crónicas –o las que a su juicio eran mis mejores crónicas– en una edición definitiva). En mi segundo año en Vigo, tuve la suerte o la desgracia de ir a entregar unas fotografías a la redacción de un periódico. Era la dirección que me había dejado un hombre que partía a Sudamérica y a quien nadie había ido a despedir. Mi misión era entregarle las fotos reveladas a su hermana, cosa que tardé un par de meses en hacer porque el hombre ya me había pagado y no sentía ninguna urgencia. Pero finalmente lo hice, y le pasé yo mismo el sobre con las fotos a esa mujer, que resultó ser la secretaria del director del periódico. De todo ello me enteraría con detalle más adelante. Por ahora solo esperaba alguna propina extra, y por eso me quedé parado mientras ella se olvidaba completamente de mí y abría con mano temblorosa el sobre. Vio a su hermano con un barco enorme atrás, cargado de bolsos y maletas y una sonrisa triste que estaba dedicada solo a ella. Quizá notó que las nubes no presagiaban nada bueno, que el mar estaba intranquilo, que los pasajeros que subían a esa nave eran demasiados. O se detuvo, quién sabe, en la mitad derecha del rostro de su hermano, cubierta por la sombra.

Entonces rompió a llorar y yo salí corriendo por la redacción para conseguir un vaso de agua.

El director en persona vino a consolar a su empleada, o tal vez simplemente a averiguar qué demonios pasaba, y ella le entregó las

fotos como si eso explicara todo. El hombre vio las fotos, puso una mano dubitativa sobre el hombro de la mujer, y luego me miró.

—¿Tú has traído estas fotos?

—Sí, señor.

—¿Y puedes decirme quién las tomó?

—Yo, señor. Yo las tomé. Hago fotos en el puerto todos los días. Pero no sabía que harían llorar a la señorita.

El hombre me miró de arriba abajo, deteniéndose en la tristeza de mis zapatos, en el cinturón que rogaba por un nuevo agujero para la hebilla, en la boina sucia que me daba un aspecto infantil.

—¿Y la cámara es tuya?

—Sí —mentí.

—Vamos a ver. Te espero mañana a las siete. Te asignaré a un reportero. Lo acompañas y haces las fotos. No las reveles, lo hacemos aquí. ¿Entendido?

—Sí, señor.

No sé si la secretaria seguía llorando o miraba la escena. Yo salí de la redacción y me fui caminando consternado por las calles de Vigo. Recuerdo muy bien que compré un helado para celebrar. Pedí dulce de leche y no me entendieron. Pedí frutilla y se cruzaron de brazos. Al final pedí vainilla: eso sí me lo entendieron. Desde entonces solo pido helado de vainilla, con la esperanza de encontrar uno tan asombrosamente bueno como ese.

*

Hoy recordé una conversación que tuvimos en un bar del Poblenou con algunos colegas. Fue hace dos o tres años. Veníamos, creo, de un lanzamiento, tal vez del penúltimo libro de S. En cualquier caso, lo que importa es que éramos todos de la misma generación, todos periodistas, hombres y mujeres.

Esa noche hablamos del oficio, pero hablamos en serio. No se trataba, como siempre, de contar anécdotas o descuerar a alguno que estuviera ausente. La conversación se fue a lo profundo. Tantos años siguiéndonos la pista, encontrándonos en lanzamientos, ferias y redacciones, y quizá era la primera vez que hablábamos de lo que era ser periodista. No podíamos vernos la suerte entre gitanos, todos conocíamos al dedillo las bondades y vergüenzas de la profesión. Ya lo habíamos visto todo. Alguno iba a jubilarse, otro se sentía en su mejor momento, yo había sido diagnosticado con cáncer hace un par de meses y aún no se lo contaba a nadie.

Entre recuerdos y defensas, entre alegatos y nostalgias, S trajo a colación algo que dijo o escribió Mark Twain alguna vez: que, habiendo fracasado en todos los oficios, no le quedó más remedio que hacerse periodista. Todos soltaron una risotada franca. Por el contrario, yo me sumí en un silencio profundo del que no me pudo sacar la cerveza ni el buen ánimo que se respiraba aquella noche.

Yo no había fracasado en nada más. Eso equivalía a decir que no había siquiera intentado nada más. Pero por entonces, ya enfermo y sintiendo el peso de los años, sentía que empezaba a fracasar como periodista. No porque no me dieran buenos reportajes, sino porque los escribía rápido, sin alma, tan distante de lo que hacía en los primeros tiempos. Colaboraba en ello el hecho de que nos iban dejando, a los cronistas, con cada vez menos espacio. Los lectores menguaban. La pasta nunca alcanzaba. Las revistas dejaban de imprimirse. En internet la gente quería leer breve y al callo. Cuando me tocaba viajar tenía apenas dos días para enterarme de un mundo

entero. No alcanzaba a ver nada, pero de todas formas escribía, entregaba en el plazo, me pagaban.

Hubo un tiempo en que me importaban las palabras. Después ya no. Es cosa de ver cómo baja la calidad de las crónicas de Más allá, que Ferrán ordenó cronológicamente. La mirada se me fue cerrando, la escritura perdió el brillo de otros días. Empecé a hablar mucho más de mí mismo que de los lugares que debía retratar. No había urgencia ni sentido, no había nada.

Moriré y no habré dejado nada de valor en la tierra, porque no he fracasado en ningún oficio más que en este. Creo que Bolaño decía que escribir era dar una lucha en la que sabías de antemano que serías derrotado. La calidad de un escritor la da, supongo, la dimensión de esa batalla, pero nunca su victoria. Si la lucha de Roberto fue a muerte (y evidentemente, así fue), la mía ha sido un duelo con cuchillos de plástico contra un maniquí.

Al menos en el último tiempo.

Al menos desde que renuncié del todo al arte.

*

Es posible que mi estado de ánimo actual contribuya a hacer de esa conversación en el Poblenou algo más profundo y triste de lo que realmente fue. Si soy sincero, puedo recordar que al regreso caminé junto a M y S hasta el Clot y que íbamos alegres y chispeantes, decididos a no tomar un taxi para que no muriera la alegría. Cuando nos separamos prometimos reencuentros y celebraciones varias, lo que indica que no puedo haber estado tan conmovido como ahora quiero creer.

Ocurre que pasó algo hace unos días. Algo que no me ha permitido dormir bien. Un recuerdo que me asalta en caprichosas oleadas de angustia o de paz. Esa ambigüedad es, en realidad, lo más terrible del asunto.

Había subido a La Punta a ver a Julián. Quería pedirle consejos para el trabajo en el huerto, pero sobre todo quería saber cómo estaba. Hacía más de una semana que no bajaba del cerro. Cuando llegué arriba no lo encontré. Después me enteraría de que había bajado por el camino del faro justo cuando yo iba subiendo por el sendero que atraviesa el bosque.

De modo que me vi solo, en La Punta, sin nada que hacer. Entré a la casa de Julián, hojeé algunos libros, alimenté a los perros, fui hasta el huerto e intenté entender la disposición del sembrado. Cuando asumí que Julián no estaba en La Punta me decidí a bajar otra vez, pero entonces la mirada se me fue hacia la leñera.

El lugar prohibido.

Me dije que Julián podía estar trabajando ahí y que entonces tenía pleno derecho a acercarme, porque yo había subido todo el cerro solo para saber cómo estaba mi hermano. Avancé lento hacia la leñera, cuidando absurdamente que no me vieran los perros.

Eché una mirada por la ventana, pero una cortina impedía ver hacia adentro.

Toqué a la puerta con los nudillos. No hubo respuesta. Sin pensarlo demasiado, la empujé y entré. Contra todo pronóstico, la leñera estaba impecable. No había polvo acumulado, ni herramientas dispersas, ni siquiera olor a encierro. La leña estaba perfectamente apilada en una esquina, alcanzando el techo. Pero todo eso lo vi después, porque la mirada se me fue de inmediato hacia un telar de dimensiones asombrosas que descansaba sobre varios tablones que hacían de mesa, apoyados en tronquitos bajos. Corrí todas las cortinas y la luz entró con decisión, dejándome ver aquello que

primero tomé por un telar y que solo al cabo de un rato comprendí que era más bien una alfombra, tejida completamente a mano.

Una alfombra que tenía más colores de los que yo era capaz de mencionar. Una alfombra que era la isla con todos sus relieves, sus cerros y su mar. Con su faro viejo, con su bar y su aeródromo. Con sus dos centenares de casas ubicadas exactamente donde están en realidad, y con los botes de los pescadores dispuestos tal como pueden encontrarse cada mañana, algunos en tierra, con la quilla hacia el cielo, otros meciéndose en las aguas. Porque esas aguas, las de la alfombra, se movían. Y las aves surcaban el cielo, y hasta era posible distinguir las mil direcciones del viento, y en el bosque se diferenciaban con toda claridad los arrayanes de los robles, los laureles de los boldos.

Era un impresionante ejercicio perecquiano: Julián había agotado la isla. Sé que parece que exagero; por suerte esto que escribo no va a ninguna revista, no tiene más destinatario que yo mismo. Solo quiero recordar con precisión eso que vi y que no volveré a ver. Era la isla dentro de la isla, con sus cuatro estaciones diferenciadas y mezcladas al mismo tiempo, con la casona tejida piedra a piedra: era la suma de todas las cosas que había visto Julián en la isla durante setenta años, capa sobre capa, ola tras ola, estación tras estación.

Un hombre en una isla tejiendo una isla durante medio siglo. Un hombre haciendo arte para nadie, rumiando puntada a puntada su pena, su tristeza, su infinita soledad, la isla que era su tierra y su cárcel, su propio cuerpo, el paso de su tiempo, su isla.

En la esquina inferior, a la derecha, encontré una fecha escrita con palabras. Decía: 6 de enero de 1971. El día de nuestro cumpleaños. El segundo que pasó Julián solo, cuando yo estaba por cumplir mi primer año en Vigo. Adiviné que era el día en que había iniciado su trabajo. El día en que asumió que su hermano ya no iba a regresar.

De pronto creí tener una visión, o moverme de sitio, tal vez entrar a la dimensión silente de la alfombra. Me mareé peligrosamente y tuve que salir fuera un minuto, como cuando la lectura obliga a cerrar los ojos, como cuando la maravilla de un cuadro o una escultura invita a tomar distancia antes de acometer un segundo vistazo. Respiré profundamente el aire de La Punta y me aseguré de que no hubiera nadie merodeando por ahí. Solo cuando me sentí despejado volví a entrar.

Entonces me fijé en los detalles. Eran miles y mínimos, casi indistinguibles; si tuviera oportunidad de volver a ver la alfombra seguramente encontraría muchos más. En el agua, por ejemplo, los colores cambiaban según la posición del sol y de lo que sea que haya en el fondo, exactamente como pueden distinguirse desde La Punta o el mirador. Julián se había dado una única licencia que podríamos llamar poética: en cierta zona (la que, según se dice, reúne mayor cantidad de naufragios), un resplandor dorado surgía desde el fondo.

La campana, pensé.

Me detuve en las pequeñas barcas que esperaban la madrugada en tierra, bañándose apenas por las olas que alcanzaban la arena. Sin pensarlo demasiado, tomé prestada la del Loco Evaristo, porque como siempre estaba riéndose supuse que no se iba a enojar. Nunca había entrado solo al mar, pero las olas eran suaves y no tuve mayores problemas para internarme en las aguas. Un poco más allá, descubrí que otra barca me seguía. "El tío Augusto", pensé aterrado, e intenté escapar, hasta que el grito de un "Jejeeeeei" me detuvo.

Julián remaba con una tranquilidad y pericia que envidié. Venía sonriendo.

—No pensabas ir a buscar la campana sin mí, ¿o sí?

No supe qué contestarle, pero le sonreí de vuelta. A ratos era un niño, después volvía a ser un viejo. En mi barca, las redes del Loco

Evaristo se me metían entre los zapatos. Estuvimos algún rato en silencio, escuchando a las gaviotas. Era tarde, así que decidimos regresar antes de que se agitaran las olas. Cuando llegué a tierra, Julián no estaba por ninguna parte. ¿En qué momento había regresado? Su barca ya descansaba sobre la arena. Decidí caminar hacia la casona. No vi a nadie en el trayecto, como si toda la isla estuviera de fiesta en algún lugar, tal vez en el mirador de La Punta.

La casona estaba silenciosa. Supuse que los tíos estarían también de fiesta. ¿Pero con qué motivo? No podía recordar qué santo se celebraba, tampoco entendía por qué no me habían invitado. ¿Y dónde cuernos se había metido Julián?

Recorrí los pasillos hacia la habitación de mi mamá Laurita. La escuchaba trajinar, tal vez se vestía para la fiesta. Siempre se demoró una eternidad en arreglarse. Toqué a la puerta, pero no tuve respuesta. Empujé suavemente y entré en la habitación. Primero pensé que no había nadie, pero tuve que ahogar un grito cuando descubrí que en la inmensa cama matrimonial había dos personas durmiendo.

La Milena rodeaba con sus brazos a Julián. Ninguno pasaba de los treinta años.

Respiraban tranquilos, sumidos en lo que, me pareció, eran sueños felices. Los contemplé mucho rato, sujetando la manilla de la puerta, preparado para arrancar en cuanto alguno de los dos abriera los ojos. Pero siguieron durmiendo, ajenos a mi presencia. El gran armario, la ventana cuadrada, las vigas a la vista: todo era igual que en mis recuerdos. Salí de la pieza y cerré con cuidado la puerta. Volví sobre mis pasos por el pasillo principal, pensando que tal vez encontraría a alguna de las tías afanando en la cocina. Nuevamente escuchaba ruidos, ollas que chocaban entre sí. Quizá no fuera más que el viento.

En la cocina no había nadie, o eso pensé primero. Luego descubrí unos ojos que me miraban desde el interior de la despensa.

—¿Julián?

Un niño salió del gran armario. Se parecía mucho a mí. Ahora yo también era un niño. Por un momento creí estar viéndome en un espejo.

—Julián está con los pescadores —me dijo el niño. —¿Y quién eres tú?

—Yo me llamo Juan de Dios.

—¿Juan de Dios?

—Sí. ¿Jugamos a la chola?

De pronto sentí unas ganas irresistibles de jugar con ese niño. Todo me parecía normal y cotidiano. Jugamos en la cocina un buen rato. No recuerdo haberme reído tanto en mi vida, especialmente cuando a Juan de Dios le cayó encima un sartén de cobre, que le quedó puesto como un sombrero. Le propuse que saliéramos al patio y aceptó.

Ahí estaban todos, tocando la guitarra y el acordeón en torno a una hoguera. Ya había anochecido. Vi a mis once tíos, a Julián, a mi mamá Laurita, a los isleños de antes y a los de ahora, y también a una mujer menuda y morena que no supe reconocer.

—¿Quién es ella? —le quise preguntar a Juan de Dios. Pero el niño ya no estaba por ninguna parte. Entonces me acerqué a la fogata. Mi mamá Laurita me vio y estiró los brazos para que fuera a acurrucarme con ella. Los adultos cantaban, y yo no me sabía las canciones. Las manos de mi abuela estaban tibias. Sentía sus uñas largas cuando me acariciaba la cabeza. Creo que me estaba

empezando a quedar dormido cuando mi mamá Laurita me dijo que se iba a ir a acostar.

—Ahora vaya con su madre —dijo, e indicó a la mujer menuda.

Le hice caso. Mi madre me acogió en sus brazos con toda naturalidad.

—Está helado, usted —me regañó con una voz suave, como si no quisiera que nadie más la oyera.

—Sí —dije, por decir algo.

Entonces me abrazó con fuerza y el frío empezó a ceder. Estaba tan bien ahí que no pude evitar quedarme dormido.

Desperté muy tarde. En La Punta ya había anochecido y la leñera estaba oscura.

Me sacudí el polvillo de la madera, volví a correr las cortinas para dejar todo como estaba y salí a la intemperie. No tenía cómo iluminarme para seguir el sendero hasta la casona, pero de tanto subir y bajar creo que he terminado por aprender el camino de memoria. Me puse en marcha, sin pensar en nada concreto, aunque con unos versos de Emily Dickinson resonando en mi mente una y otra vez, como un mantra. He intentado infructuosamente recordar cuáles eran.

Por supuesto, no he regresado a la leñera ni lo pienso hacer en el futuro. Creo que Julián tiene razón: nadie más que él debería ver esa alfombra.

*

Desde ese día dudo de todo lo que veo. Se me confunden los espacios. Elijo quedarme en la casona escribiendo o leyendo. Trabajo largas horas en el huerto. A veces abro los armarios esperando encontrar algo nuevo.

A Julián, por supuesto, no le he dicho una sola palabra de todo esto. Creo que ni siquiera sabría por dónde empezar. Solo he intentado entablar conversación con él sobre el arte. Quiero saber qué tiene para decir. Julián nunca ha visitado un museo, nunca ha tenido oportunidad de hablar con nadie sobre arte. Apenas ha leído unas cuantas decenas de libros, casi todos malos. ¿Puede hacerse un artista en una isla? ¿Ser una isla? ¿Qué hay de las influencias, del intercambio? Si yo me hubiera quedado para siempre en la isla, ¿podría, eventualmente, haber escrito una novela tan maravillosa como su alfombra, si me hubiera dedicado a ello todos los días durante cincuenta años? ¿Podría haber escrito aunque fuera una novela discreta, insípida y olvidable, pero finalizada al fin y al cabo, una cosa que tuviera tapa y contratapa y una historia emparedada entre ambas? ¿Se trata del tiempo? ¿De eso se trata todo esto? ¿Del tiempo que se destina a aprehender un objeto, una vida, una isla? ¿Pero no dicen que Hemingway escribió El viejo y el mar en una sola noche de borrachera?

Por otra parte: ¿puede llamarse arte al remedo exacto de la realidad? Si Julián es un artista, ¿dónde está su propia mirada? La alfombra la pudo hacer cualquiera que dominara la técnica del tejido, al menos en lo que refiere a su materialidad. ¿Y cómo cojones aprendió? Reparaba las redes de los pescadores, sí, y las tías nos enseñaron a tejer cuando niños, pero luego los tíos nos prohibieron seguir haciéndolo. Tengo un vago recuerdo de haber encontrado una vez a Julián tejiendo un chaleco, aunque siempre pensé que solo estaba cosiendo un agujero. Éramos adolescentes. Esa vez se puso nervioso, intentó hacerme creer que los palillos y la lana habían caído sobre sus manos por casualidad, cosa que tal vez creí o simplemente no le di importancia. Sin embargo, Julián tiene

que haber seguido tejiendo e hilando durante toda su vida, hasta llegar a ser todo un artista, de otro modo el telar no existiría.

¿Pero es, Julián, realmente un artista?

No he podido dejar de pensar en todo esto. Cuando le pregunto por el arte, cuando intento que me diga una puñetera palabra sobre el arte, Julián me mira y se encoge de hombros.

Curiosamente, ya no me molesta que lo haga.

Quizá todos tendríamos que hacerlo de vez en cuando para no morir de angustia.

*

La visión que tuve en la leñera me impide escribir. Han pasado ya algunas semanas y no puedo quitármela de la cabeza. O tal vez lo que me impide escribir sea la jodida comparación con Julián, con el gran artista que resultó ser Julián. Ahora mismo estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para no sucumbir a la angustia.

Pero si no tengo a las letras de mi lado, no me queda nada. No las puedo abandonar. No las quiero abandonar. Las letras, a mí, me salvaron la vida, me ofrecieron un camino. El hecho de que no haya llegado a ser un gran escritor no quita en modo alguno lo otro. Quizá si intento rehacer ese camino pueda encontrarme otra vez con las palabras.

La escritura llegó a mí, como todas estas cosas, de pura casualidad. Después de un par de meses trabajando en aquel periódico de Vigo, cuando ya había convencido al director de que la calidad de mis fotografías superaba lo que él estaba dispuesto a pagarme (lo cual,

supongo, le hacía bastante feliz), me asignó a Garrido, un reportero viejo y flaco al que era imposible verlo sin un cigarrillo entre los labios. Garrido era una vieja leyenda: había pasado por todas las secciones del periódico y, cuando presentó su carta de renuncia, el director intentó retenerlo ofreciéndole que eligiera él mismo la sección en la que quería desempeñarse, con mejor sueldo y menos obligaciones. Se dice que Garrido no lo pensó ni un segundo: curiosidades, dijo. El director le respondió, como si Garrido no lo supiera, que esa sección no existía. Entonces la inventamos, dijo el viejo, y zanjó el asunto.

Me tocaba, pues, acompañar a Garrido donde se le ocurriera que podía haber algo curioso. La mayoría de las veces nos trasladábamos a algún pueblo perdido en las montañas, donde trabajábamos el primer día y descansábamos los otros dos. Pero ni siquiera un trabajo tan amable pudo contra la desidia del viejo, que ya no quería saber nada más de redacciones ni de plazos, y en realidad, tampoco de curiosidades. Al poco tiempo me ofreció un trato: él me daba ciertas consignas e ideas y yo escribía el artículo. Luego él lo revisaba y lo mandábamos al periódico. Como no me ofreció dinero, le pregunté qué ganaba yo con eso. Seguir acompañando a Garrido, respondió.

Acepté. No sospechaba que lo que estaba ganando era otra cosa mucho mejor: un oficio. Garrido leía mis artículos y tachaba lo cursi, lo repetitivo, lo poco ingenioso, lo que no decía nada. Me obligaba a pensar tres veces cada frase, cada idea.

Su método era sencillo y difícil a la vez: siempre descartaba la primera tentación, la primera construcción de una frase. Somos muy obvios, decía. Para diferenciarse hay que ser menos obvio. Vas a lo segundo, a lo tercero, ojalá a lo cuarto que se te ocurra. Entonces la gente te lee y piensa: qué bien lo dice Garrido. No tienen idea de que ellos podrían decirlo igual o mejor, si es que no se quedaran con la primera cosa que se les pasa por la cabeza.

Cuando me notaba flojo o repetitivo, carente de ideas, me mandaba a leer a Chéjov. Según él, en Chéjov se encontraba todo lo que era importante saber sobre el arte de escribir.

Garrido fue mi escuela. Si no la única, al menos la más importante. Cuando, después de un par de años, se retiró definitivamente, le dijo sin ninguna vergüenza al director que el que había escrito todos los artículos del último tiempo era el chaval.

Así que el chaval pasó a ser un reportero indispensable, porque no solo escribía, sino que además tomaba fotos.

Pero todo esto lo he contado en detalle en el prefacio de Más allá. También relato ahí cómo desaproveché por borracho una oportunidad de trabajo en Madrid; los cinco años dorados en Sevilla, donde me porté mejor y terminé de hacerme un nombre; el ascenso, o lo que yo consideraba un ascenso, al llegar a Barcelona, y todo lo que vino después: el mundo mismo.

No conté en Más allá, porque no venía al caso, porque ni siquiera mencioné la isla en el prefacio, que en mi tercer año en Europa, cuando me sentí asentado (es decir: cuando mi sueldo de periodista y fotógrafo ya me permitía pagarme un cuartucho en un hospedaje de Vigo, donde no me moría de hambre ni de frío), decidí escribirle a Julián.

Era algo en lo que pensaba todos los días, y que aplazaba con argumentos infantiles que ni yo me creía. Pero sabía que tenía que hacerlo en algún momento.

En la carta, de diez folios o más, le contaba de mi vida, del viaje en barco, del horrible primer año en Vigo, del trabajo en el periódico y de Garrido. Le preguntaba si había recibido la campanita que le envié con Milena. Quería saber si había entendido la importancia simbólica de que mi regalo fuera una campana. También le conté de las circunstancias en las que la obtuve. La hablé de Cacho y de Buenos Aires. Le dije que tenía que conocer Buenos Aires. Le

pregunté cómo iban las cosas en la isla. También le conté de mi padre y la razón de ese viaje, y le pedí perdón por habérselo ocultado. Finalmente, le preguntaba si don Lautaro seguía vivo, porque en ese caso le iba a enviar su cámara de fotos de regreso. Le mandaba un abrazo y lo dejaba invitado a ir a verme a Vigo. Le iba a gustar España.

Su respuesta tardó tanto en llegar que en la espera cambié dos veces de domicilio. Me acostumbré a pasar cada tanto por mi antiguo hospedaje para preguntar si había llegado algo a mi nombre. El casero lamentaba decirme siempre que no, porque estaba convencido de que yo sufría horriblemente por el silencio de un amor y eso le partía el alma. Pensándolo bien, tal vez no estaba tan equivocado.

Un día, cuando ya había perdido toda esperanza, el casero me entregó contento un pequeño paquete.

—A espera pagou a pena —me dijo guiñándome el ojo. Luego se entró y yo me senté en la cuneta a abrir el sobre, con las manos temblorosas.

Dentro venía la campanita y una carta escueta, de apenas un par de párrafos. Julián no hacía ningún comentario sobre todo lo que yo le había contado, pero me notificaba de dos cosas importantes. La primera era que don Lautaro había fallecido, de modo que no sería necesario que enviara de regreso la cámara robada (fue la palabra que utilizó). La segunda noticia era que había contraído matrimonio (también son sus palabras) con Milena, a quien seguramente yo recordaba.

Rompí la carta sin leerla por segunda vez. La campanita la arrojé al otro lado de la calle.

Después de un rato la fui a recoger y la guardé por medio siglo.

PRIMAVERA

Hasta ahí nomás ha escrito don Jerónimo en su diario. Nos da una ansiedad tremenda saber que va a seguir escribiendo esta noche, y mañana, y pasado mañana también, y que ya no podremos leer. Pero está bien, tampoco se trata de meterse así nomás en su vida. Así que hoy le fuimos a devolver la libreta a la casona en patota.

El viejo estaba sin camisa, trabajando la tierra con oficio, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

—Don Jero —le dijimos mostrándole el cuaderno—, se le quedó esto el otro día en la taberna.

—Madre mía, y yo buscándolo hasta en la cazuela.

Nos agradeció y lo fue a guardar. Después volvió al patio y nos estuvo mostrando con orgullo todo lo que había sembrado en el huerto. Lo felicitamos y sonrió como un niño.

No sospechó en absoluto que habíamos leído su diario. Por si acaso la idea se le pasaba por la cabeza, pusimos un tema altiro. Le hablamos de la fiesta de primavera que estamos organizando.

—Va a ser en tres días, el 21 mismo, en La Punta.

—¿En La Punta? ¿Y Julián está de acuerdo?

—Es que no es en la casa de don Julián, sino que en el mirador que está ahí cerquita.

—Ah. ¿Y por qué allá?

—Porque ese lugar es de todos y la fiesta es de todos también. Pero especialmente porque desde allá el mar se ve increíble y dan ganas de quedarse a ver el amanecer. Llévese algo para el frío.

—Ya, ya.

—No nos vaya a fallar, ¿ah?

Don Jerónimo se encogió de hombros.

—Habrá que ver el ánimo de ese día.

Lo alentamos todo lo que pudimos. Le dijimos que era nuestro invitado de honor. Íbamos a hacer tremendo asado. Iba a ser la mejor fiesta de la historia de la isla. Don Jerónimo levantó el pulgar y nos guiñó un ojo, pero no quedó claro si con ese gesto estaba confirmando su asistencia o solo quería felicitar nuestro entusiasmo.

En la tarde fuimos a ver a don Julián. Aseguró que nos acompañaría en la fiesta aunque fuera un rato. Nos ofreció unos mates y hablamos de la vida. Casi que parecían los viejos tiempos. Cuando nos despedimos, dimos la vuelta larga para pasar por fuera de la leñera.

Es curioso: no sabemos si, ahora que conocemos el secreto, nos sentimos más o menos intrigados que antes. Pero lo que sí tenemos claro es que no vamos a entrar jamás. Ya lo dijo don Gustavo en la taberna, la noche en que leímos esa parte del diario de don Jerónimo:

—No cualquiera está preparado para mirarse al espejo, compañeros.

Hoy la isla anda revolucionada. No tanto por la fiesta de pasado mañana, sino porque poco antes del mediodía se escuchó el ruido de un motor en el cielo. No hubo avisos de la isla esta vez. Todas las miradas se fueron hacia el horizonte: un puntito se distinguía a lo lejos, acercándose. En pocos segundos al puntito le salieron alas y antes de ponernos a pensar ya estaba medio pueblo en el aeródromo.

La avioneta bailó un poco al aterrizar. Lo normal. Mike se bajó tranquilo, prendió un pucho y nos saludó con la mano, como si no hubiera pasado nada en todos estos meses. Corrimos a escuchar sus noticias. Era lo mismo que decía la radio, pero al fin teníamos a un informante directo. No, el bicho no se ha ido, explicó Mike, más bien lo contrario. La gente sigue encerrada, pero ahora, en las mañanas, te dejan hacer algo de deporte. Nunca se ha visto tanta gente corriendo a las seis de la mañana, comentó el gringo, con algo que parecía ser desprecio por la gente, por el deporte o por la gente que hacía deporte. Él había peleado mucho con las autoridades: les explicó mil veces que tenía que venir a la isla a buscar a un turista, pero no le hacían caso. La prohibición era absoluta. A nadie le importó que ese turista fuera una persona importante, un escritor europeo, porque Mike no se acordaba de su nombre y pensaron que se estaba inventando cosas. Recién ahora se abrió la posibilidad de viajar entre regiones, a otros países o a la isla misma; para obtener ese permiso, contó Mike, tuvo que someterse a un montón de exámenes y pruebas que demostraran que no se iba a traer al bicho de polizón. Así que aquí estaba, cumpliendo su promesa, porque más valía tarde que nunca.

Convencimos a Mike de que tenía que quedarse a la fiesta. Podía llevarse a don Jerónimo después de eso. Al gringo le encantó la idea y aprovechó de vendernos unas cuantas garrafas de vino, pasta de dientes, jabones y champú. Como no teníamos plata, prometimos rebalsarle la avioneta de frutas y verduras antes de que partiera al continente.

Curiosamente, don Jerónimo no vino a recibir a Mike. Recién se lo encontró más tarde, en la taberna. El gringo se tardó mucho en reconocerlo, porque claro, tiene que haber sido fuerte el contraste entre ese señor elegante al que trajo en el verano y nuestro don Jerónimo de ahora, que tiene la barba larga, lleva botas y casi no se saca ese poncho que encontró en la casona, aunque ya no haga tanto frío.

Don Jerónimo ni chistó cuando el gringo le dijo que se irían recién en tres días más, después de la fiesta. Hasta diríamos que se quedó un poco triste, como si no esperara partir todavía.

—Pues parece que va a ser una fiesta de despedida —murmuró, y le dimos la razón.

Nosotros también estamos un poco tristes.

Nunca nos han gustado las despedidas.

Los que estamos aquí, en el mirador de La Punta, somos ocho. El resto estamos abajo todavía, pero sabemos que también estamos arriba, solo que no podemos estar todos arriba porque si todos estamos arriba nadie está abajo y así no funciona la cosa. Los que ya estamos en el mirador llegamos tempranito, tipo nueve de la mañana: cargamos las yeguas con tres parrillas, las quince garrafas que trajo el gringo más las pocas que le quedaban a la Martita, un par de hachas para picar la leña aquí mismo y no tener que cargar más a las pobres bestias, y todo lo que nos vaya a hacer falta: platos, cuchillos, sal, pimienta, miel, algunas sillas para los más viejos.

Los que seguimos en el pueblo tenemos el encargo de llegar, cuando sea la hora, con otras cosas: ensaladas, los cachos y los naipes, el café, las teteras y los tachos. La guitarra se la encargamos a don Jerónimo, para dejarlo comprometido. Nos pican las patas para partir nomás al mirador, si al final qué tanto, pero en el fondo sabemos que es importante que los que estemos arriba seamos pocos todavía, así que aguantamos, nos saludamos de casa en casa, aprovechamos de alimentar a los animales y vamos cada tanto a la casona de los Garcés para que no se nos vaya a escapar don Jerónimo al faro o al cementerio antiguo: para que no le vaya a hacer el quite a la fiesta, pues. La taberna, como nunca, está cerrada. Nos bañamos todos en el mar: los recolectores para quitarnos el olor a mariscos, los pastores para sacarnos el olor a oveja, los campesinos para limpiarnos la tierra. Después nos tuvimos que duchar para espantar la sal. Aprovechamos contentos el champú que trajo el gringo para llegar olorositos al mirador, donde los de avanzada ya quitamos la maleza y engalanamos los árboles con banderitas de colores. El día está precioso y el mar contento. Recién empezamos a hacer el fuego y abrimos la primera garrafa. Tratamos de contarnos anécdotas divertidas o pelar a la Gabriela, pero andamos un poco nerviosos, así que apuramos los vasos para relajarnos un poco. Esto tiene que resultar bien. Hay que calcular cada detalle. No se nos pueden ir temprano los dos viejos. Es

absolutamente necesario que permanezcan hasta el final. De otra forma, todo el plan se va al carajo.

No hablamos del bicho. No hablamos de Mike y su avioneta, menos de la inevitable partida de don Jerónimo. No mencionamos ni de pasada el continente. Los tronquitos están dispuestos para que se sienten unos cuantos. Los otros comeremos de pie. Se siente rica la brisa del mar, que se mezcla con los aromas del bosque y el humo que tira la leña sobre las parrillas. La carne espera atravesada por los fierros el largo rodar que se le viene. Ahora somos doce, y si no jugamos unos cachos ahora no va a ser nunca. Dos nos quedamos en las parrillas, los otros jugamos muertos de la risa. De pronto somos quince y hay que dejar el juego hasta ahí, y nadie sabe quién ganó. El que dice haber ganado se da el lujo de abrir la segunda garrafa y les convida a todos de su premio. Está bueno el vino que trajo el gringo, o tal vez nomás sea que los tintos de la Martita ya se habían avinagrado. Ahora somos veinte y la alegría es grande. ¿Por qué cresta dejamos de enfiestarnos? Don Gustavo hace un primer brindis y celebra el olor que tiran las longanizas que echamos recién a las parrillas, un aroma, dice, que abre los estómagos como flores de primavera. Lo secunda la señora Nancy, que dice que mejor es el olor del vino, que despierta las pasiones. Don Gustavo y la señora Nancy se enredan en un duelo de palabras. Los demás levantamos las cejas y los tachos. Ya somos veinticuatro, ahora veinticinco. Los que recién llegamos nos entusiasmamos porque la cosa está prendida. Así da gusto apersonarse en una fiesta, caramba, decimos, y los que estamos aquí desde la mañana sonreímos, contentos de haber cumplido la misión, al menos de momento. Somos treinta, treinta y cinco, cuarenta. Todavía no llega la guitarra. Tampoco los hermanos Garcés. El gringo Mike sí que llegó, y viene a cada rato a preguntar cuánto le falta a la carne, o a dar consejos sobre el uso de la sal, o a proponer que le tiremos un poco de leche o de vino al asado para adobarlo. Le enchufamos un choripán y le decimos que no sea butifarra, que no hay leche y el vino no lo vamos a andar desperdiciando, y que si acaso en su país de mierda no le enseñaron

que al asadero no se le va a dar consejos jamás. El gringo se queda de piedra y después se ríe.

—Por eso me caen bien ustedes, cabrones —dice, y se va contento a molestar a otra parte.

Don Gustavo y doña Nancy siguen echándose palabras encima, pero nadie los escucha. Ya somos medio centenar de pueblo en el mirador, y no podemos hacer otra cosa que preguntarnos por qué carajo no habíamos hecho nunca una fiesta aquí, y los viejos dicen que antes era cosa común, pero que los más jóvenes se fueron poniendo cómodos y les daba flojera subir todo el cerro. Además, reflexionan, la casona de los Garcés era un gran lugar de encuentro, y por si fuera poco estaba la taberna, así que no parecía en absoluto necesario cansarse tanto para venir a La Punta, pero que sí, realmente se está bien aquí, con todo el mar para nosotros, con tanto cielo y tanto azul que dan ganas de estirar los brazos y gritarle al mundo que estamos vivos.

Ahí viene don Jerónimo. Que no se haga silencio, mierda, que vea que la fiesta promete. Los que venimos con él explicamos que la demora fue solo porque don Jerónimo insistió en afinar la guitarra antes de salir, así que bueno, cuando quieran, ahí la tienen.

La carne está a punto, como debe ser: sacamos los fierros de las parrillas y los enterramos en vertical, ofreciéndose para que cada cual con su cuchillo se pueda ir directo a la carne a cortar el trocito que se quiera echar al buche. Somos unos sesenta y parece que la cosa va quedando aquí. El cordero se come con vino: ya son cinco las garrafas vacías. Vamos eligiendo algún tronquito para sentarnos y seguir la conversa.

De pronto, en medio del barullo, una voz bien conocida truena y pregunta si le habrán dejado un poco de carne. Todos volteamos a mirar. Don Julián viene contento, hace un saludo general con la mano, se apera de un cuchillo y se va directo a los fierros para

agenciarse su trocito de carne, que se come ahí mismo, con la mano, ramoneándolo entero. Aplaude a los asadores, celebra las banderitas, reconoce el trabajo que hicimos para sacar la maleza. A ratos no lo distinguimos de su hermano, que conversa con don Gustavo y la señora Nancy: a cada segundo que pasa los dos viejos se parecen más, o tal vez sea efecto del vino que empieza a pegar.

No hay que preocuparse del abatimiento general que cae después de la comida. A nadie se le va a ocurrir irse a su casa a dormir la siesta, porque ya sabemos que la flojera nos ganaría ante la pura idea de subir otra vez el cerro. Aparte, don Julián, como nunca, se puso a contar cuentos cochinos y nos tiene apretándonos la guata de la risa, pero dónde cresta tenía guardados esos cuentos, preguntamos, y el viejo se ríe y dice que esos los contaba el tío Bartolomé cuando estaba copeteado, y don Jerónimo dice que es verdad y se acuerda de otro chiste de esos, y lo cuenta, y de repente estamos envueltos en una especie de alegre duelo de cuentos pícaros al que no puede dejar de sumarse la señora Nancy, que los narra mirando fijo a don Gustavo.

Cuando los silencios, las pausas entre un cuento y otro empiezan, lentamente, a alargarse, el Indio Gacitúa toma la guitarra, le mueve un par de clavijas aquí y allá, y se pone a tocar. Ya está todo el mundo en círculo, en torno a la fogata recién encendida. El Indio no tiene que hacer más que empezar a cantar para que lo sigamos todos, mientras se sigue escanciando (¡pero qué linda palabra esa!) el vino y ya vamos por las diez garrafas vacías, desperdigadas por el cerro como mártires de una vieja batalla.

Cantando al sol como la cigarra

después de un año bajo la tierra

igual que sobreviviente

que vuelve de la guerra.

El Indio repite el coro cinco, seis veces; nosotros cantamos fuerte y decimos cigasha, tiesha, guesha; don Julián canta más fuerte que todos y se le salen los gallitos porque tiene la voz medio quebrada, está emocionado nuestro viejo querido, se acuerda de la Milenita, seguro, y agradece este homenaje sin palabras, este recuerdo musical. Su hermano se fue a poner cerca de él y, aunque no canta, porque no se sabe ni el coro, levanta su tachito y lo bambolea en el aire como si fuera un bote a merced de las olas, olas de canto, se entiende, marejadas musicales que de pronto son cuecas y son cumbias que nos hacen dejar los tronquitos para bailar entre todos, hasta con los viejos, en ronda, en trencito, en parejas o en grupos, y de repente nadie sabe dónde están don Gustavo y la señora Nancy.

El sol está a punto de esconderse y ya tenemos las voces roncas de tanto cantar. Aunque da pena partir, algunos decidimos ir bajando ya, para aprovechar el último cachito de luz y no perdernos en el bosque. No sabemos a quién darle las gracias, porque si todos somos anfitriones nadie es anfitrión, así que las despedidas son generales. Bajamos los más viejos, los adolescentes, que vamos a seguir en la playa mejor, y también los niños, agotados de tanto juego. Al gringo Mike nos lo llevamos entre varios porque ya no puede tenerse en pie.

Nos quedamos unos veinte, y aunque el canto sigue un rato más, el sol ya se ha ido del todo y la Toñita, que oficia de fogonera, echa la que será la última carga de leña sobre la hoguera, porque aunque las llamas tienen que seguir altas y danzantes un rato más necesitamos que de un momento a otro lleguen las brasas, que se abra la roja penumbra y nos caigan encima las estrellas.

—Cuéntese algo, don Julián.

La noche ha caído tremenda y fresca. La guitarra descansa sobre la tierra. Nos queda la última garrafa y un poquito de energía. Tres o cuatro duermen la mona bajo los árboles, tapados con los ponchos. Perdimos a un par de parejas más. En la fogata solo están los mellizos Garcés, sentados uno al lado del otro, casi indistinguibles en la penumbra, y seis o siete de nosotros.

El Último Grupo.

—Mejor que cuente don Jerónimo.

Los viejos se miran y sonríen, pero no dicen nada. Después de tanta fiesta, las almas se acompasan en el fuego, buscando el equilibrio. De cuando en cuando las brasas se inquietan y lanzan chispitas rojas y amarillas como luciérnagas.

—Que cuente Julián —dice don Jerónimo, y luego se vuelve hacia su hermano—. Cuenta tú, que acá dicen que eres mejor que la tía Panchita y yo sigo sin creerlo.

—A mí me dicen que les hablas de las ballenas. —Una vez, una vez les conté de eso.

—¿Y si contamos los dos? —propone don Julián. Don Jerónimo lo queda mirando.

—¿Cómo, los dos?

—Una historia de esas de siempre. No se te van a haber olvidado todas. Yo empiezo y tú te metes cuando quieras.

Don Jerónimo no dice ni que sí ni que no, o tal vez asiente levemente y no alcanzamos a verlo por culpa de la noche. Entonces don Julián se pone a narrar. Es una historia conocida por todos. Una

historia de siempre. Una de esas que se necesitan escuchar de vez en cuando, y que no oíamos desde que éramos chiquillos.

—En el principio no había nada, pero luego hubo dos culebras gigantescas —relata don Julián—. Una que dominaba el mar, otra que reinaba en la tierra.

Su hermano asiente con la cabeza, recordando la historia, y tal vez preguntándose por qué don Julián elige precisamente este viejo relato en esta hora bendita. Pero apenas su mellizo hace una pausa, don Jerónimo sigue el camino iniciado y dice que la culebra del mar, celosa de los humanos, comenzó a saltar sobre las aguas y a inundar la tierra. Por entonces no existía, en nuestra isla, el cerro, apunta don Julián: todo era un trozo plano de tierra. Y retoma don Jerónimo: la culebra terrestre, amiga de los hombres y mujeres, levantó su cuerpo y así creó el cerro, donde los humanos pudieron refugiarse, fuera del alcance de las aguas, y a los que no alcanzaron a llegar arriba los convirtió en aves, y a los que logró tragarse el mar los transformó en peces.

Ahora, mirando las brasas que parecen, también ellas, narrar, olvidamos fijarnos en quién cuenta qué parte. Las voces de los dos hermanos Garcés se confunden y a ratos parecen una sola. Dicen que la lucha de los dos culebrones fue tan larga como una vida, y que cuando terminó la isla ya había tomado su forma actual. Cuentan que se había creado lo que ahora conocemos como La Punta, y también este mirador desde el que podemos ver la inmensidad del mar. A veces, dice uno, dice el otro, la culebra del océano agita todavía las aguas, pero aún tenemos el cerro para escapar de su furia. Tal vez, algún día, el mar cubra la isla por completo, o quizá cuando eso ocurra la culebra de la tierra hará crecer todavía más el monte.

—Porque la lucha existe —remata, al final de la historia, don Jerónimo—. Son las dos serpientes que habitan en cada ser humano.

Por eso todos nos vemos reflejados en este relato que se cuenta desde hace tanto tiempo.

—¿Y quién lo contaba primero? —preguntamos.

Los hermanos se miran.

—Los indígenas que habitaban la isla —dice, con seguridad, don Julián.

—¿Pero cómo lo conocen ustedes?

—Por nuestra madre —explica don Jerónimo—. Ella se lo contó, una noche, a la mamá Laurita, poco antes de que naciéramos.

—Y es lo único que conservamos de ella —completa don Julián.

Y de pronto se hace silencio, y no se escucha más que la respiración profunda de los dos viejos que nos han contado una historia en esta noche.

Los pájaros vienen anunciando el amanecer. Acostados cerca de las brasas, mal cubiertos por los ponchos, cada cabeza sobre la guata más cercana, echamos una pestañita porque ya no damos más. Nunca el frío es más profundo que a esta hora de la madrugada, pero viene cargado de la energía de las mañanas y del brote de la primavera.

Al abrir los ojos para acomodarnos un cachito, descubrimos que el sol ha comenzado a asomarse desde la lejana cordillera del continente, aunque todavía sin su redondez amarilla, solo con las luces que envía de avanzada. Los mellizos ya no están. Suponemos que se fueron a dormir a la casa de don Julián. Lamentamos que no hayan llegado a hablar desde el alma en La Hora Profunda, pero hicimos todo lo que pudimos. Tal vez tendríamos que haberlos dejado solos.

Entonces oímos sus voces, algo alejadas. Están un poco más allá, donde se acaba el mirador, sentados sobre sendas rocas, contemplando el mar que despierta. Alcanzamos a distinguir sus siluetas recortadas y el murmullo de sus voces viejas.

A ratos se quedan en silencio. Luego alguno retoma la palabra. En punta y codo, nos alejamos un poco de las brasas y nos arrimamos más cerca de ellos.

Don Jerónimo es quien lleva la voz ahora. Habla del mar, pero a ratos parece que hablara con el mar.

—Para mí siempre fue lo desconocido. La aventura, lo que estaba más allá. Por eso le tenía miedo. Pero supongo que al mismo tiempo era la sospecha de que cada ola es siempre distinta y que valía la pena conocerlas todas. Algo así.

Don Julián no se mueve. El mar parece sumirlo en un profundo trance. De pronto habla.

—Yo confiaba en la seguridad de las mismas olas. Eso me tranquilizaba. Me gustaba, me gusta todavía, saber en qué momento va a pasar una bandada de gaviotas, siempre a la misma hora de la luz, todos los días igual.

—Pero también te gustaban sus secretos, lo que escondía. No solamente lo que era seguro, no solamente las mismas olas. La campana, por ejemplo.

Don Julián se ríe.

—Nunca quise encontrar la campana. Quería saber que podía buscarla. Me bastaba con creer que estaba hundida en estas aguas. Amaba la posibilidad de su existencia, en eso te doy la razón. Pero nunca quise tenerla. Además, ¿cómo cresta íbamos a sacar del fondo del mar una cuestión más pesada que un alerce?

Los dos hermanos se ríen. Luego don Julián continúa hablando:

—Tal vez por eso no la busqué realmente. Y tal vez por eso te envié de vuelta tu campanita, esa que me mandaste con la Milena.

Don Jerónimo se queda en silencio un buen rato. Casi puede sentirse el crujir de sus recuerdos.

—¿Por qué? —pregunta al fin.

Don Julián suspira. Ahora sí mira a su hermano.

—Tuve la campanita en el velador durante dos o tres años, ya no recuerdo. Nunca la hice sonar. Una parte de mí creía que, de hacerlo, ibas a volver de inmediato, que solo bastaba hacerla repicar para que los pájaros o la campana hundida anunciaran tu regreso. Otra parte de mí, la racional, sabía que era una estupidez. Pero no podía dejar de pensarlo. Por eso te la envié de vuelta. Porque así dejaba tu regreso a la voluntad del mar, y no a la mía, que seguramente sería decepcionada.

—¿Querías que volviera, Jujui?

Don Julián se demora en responder. Parece formular una y otra vez las palabras, hasta que no se aguanta más y dice:

—Nunca he querido tanto otra cosa.

Ya ha amanecido por completo. Nunca es más bella la isla que a esta hora. Los dos viejos siguen sentados sobre las rocas, sin mirar atrás. Si lo hicieran, se sorprenderían de ver a tres o cuatro de nosotros tan cerca de ellos, tan lejos de lo que fue la fogata. Pero no se giran. Tienen la vista clavada sobre el mar, que les va trayendo las palabras con cada marejada.

—A lo mejor debería haber regresado mucho antes —dice don Jerónimo.

Don Julián niega con la cabeza.

—Una vida es una vida. No vale la pena mirar atrás. Tú eras Jerónimo, eras distinto a mí, y ahora eres famoso en todo el mundo. Tu vida valió la pena. Aquí no habrías encontrado la felicidad.

—Sobre la fama, lamento decepcionarte. Sobre la felicidad, pues... No sé si he sido realmente feliz. En el último tiempo he pensado mucho si no habría hecho mejor quedándome, si mi destino no era más grande que esta isla. Si hubiera sido... un mejor artista. Pero sobre todo he pensado: ¿yo soy realmente Jerónimo?

—¿Y quién chucha vas a ser si no?

—Ya sabes que cuando murió Juan de Dios no murió realmente Juan de Dios. O tal vez sí. Hay un tercio de posibilidades de que haya sido él. A los que quedamos nos dieron los nombres de nuevo. ¿Nunca has pensado que a lo mejor tú siempre has sido Jerónimo, que tu destino, si creemos en eso, estaba fuera de la isla? Yo sí que lo he pensado. ¿Y qué tal si siempre fui Julián? ¿Qué tal si creí ser yo mismo recorriendo el mundo, cuando mi felicidad se hallaba aquí, ante el mismo mar de cada día, ante la

misma bandada de gaviotas que pasa siempre a la misma hora de la luz, describiendo nada más que la isla en vez de todos esos lugares del mundo que nada tienen que ver conmigo?

Ahora es don Julián quien se queda en silencio. Cuando finalmente saca la voz, dice:

—Y todavía hay otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Que Julián o Jerónimo estén muertos hace setenta años, y que en ti o en mí habite realmente un tercero: Juan de Dios. Otro camino, que no es ni de isla ni es de mar. Una tercera culebra, de aire, de cielo, de noche. El tercio que falta para completarnos. El camino inexplorado.

Don Jerónimo se golpea con ambas manos en los muslos y pega un grito que nos despertaría si no fuera porque ya estamos despiertos.

—Joder, Julián. ¡Joder!

Don Julián se ríe y después se pone serio otra vez.

—Tal vez es así, que uno nace para ser otra cosa y no se entera hasta que es un viejo madrugando la muerte. ¿Por qué hombre y no árbol? ¿Por qué carne y no agua, mar o sal? Tal vez tendríamos que haber sido ballena, ola, silencio, la noche, las brasas después de una fiesta, un leño apilado a la espera, una cuerda, el canto de un pájaro. ¿Por qué Julián y no Jerónimo? ¿Por qué Jerónimo y no Juan de Dios? ¿Por qué dos y no tres? ¿Para qué dos y no uno solo? Podríamos haber sido otra cosa, pero fuimos esta. Desde que nacemos la vida entera se va abriendo como una estela que se cierra pronto tras el bote, dando una y otra vez la oportunidad de encontrar la grieta donde yace una respuesta. Pero el bote siempre va unos metros por delante. Entonces nos afirmamos en la idea de que no vale la pena pensar en qué hubiera sido de nosotros si la vida, si ese día, si mi padre, si mi hermano muerto, si yo mismo, no; elegimos seguir el camino que lleva a la entrada del bosque una y otra vez, para no volvernos locos, y a fuerza de ser somos algo, alguna cosa inexplicable, un corazón que anda y espera que la vida

traiga el sentido, y mientras tanto nos aferramos a lo cierto y lo seguro, que son tus viajes y tu mundo, que es esta isla en la que nunca pasa nada, y es tan grande el miedo a descubrir los errores de una vida tan cerca de la hora final que tú no viniste en cincuenta años, y que yo no he salido de la isla, porque si tú eras allá afuera tenía que creer que yo era aquí: cada día se hacía más tarde para pensar qué hubiera sido yo en otra parte, y ahora es mucho más tarde que ayer, y muchísimo más tarde que hace siete años, y solo esta mañana encuentro palabras en el mar para nombrar lo que no me deja vivir en paz, lo que me tiene llorando cada noche, que no es ya el duelo, no es la pérdida de la Milena, no: es reconocer el miedo de ser otro allá afuera, de haberme equivocado, de perder la oportunidad de ser otra cosa. Por eso he mentido. Sí, Jerónimo. He mentido. A todos mis amigos en la isla y a ti también.

—No te entiendo, Julián.

—La Milena.

—¿Qué pasa con la Milena?

Don Julián demora las palabras. Parece haber perdido algo de la fuerza que traía. Tiene que ir muy adentro a buscarlas. Al lugar donde se alojan las verdades. Al último rincón de un ser humano.

—La Milena estaba enferma —dice al fin—. Solo lo sabíamos ella y yo. Parecía algo grave. Un grano en el cuello que crecía cada semana, hasta que llegó a ser una pelota dura. Se cubría con sus bufandas. Aquí no podía tratarse, eso lo sabíamos. Fue a la ciudad y le recomendaron que se atendiera en la capital. Pero nosotros nunca tuvimos un seguro de salud. No habríamos podido pagar el tratamiento. Entonces surgió la idea de que fuera a Buenos Aires. Yo... mierda, Jerónimo, yo no la supe acompañar. Yo nunca había salido de la isla. Yo no sabía quién era fuera de ella. Ni por la persona que más he querido en la vida pude atreverme. Fue sola. No me lo reprochó. Me dijo que estaría de vuelta muy pronto.

Don Jerónimo lo mira atento, sin pronunciar palabra. Le da tiempo. Apoya una mano en su hombro.

—Recibí una carta dos meses después. Era de su prima Rocío, la hija de Cacho. Me daba el pésame. Me explicaba que los médicos no pudieron hacer nada.

Don Jerónimo se queda en silencio. Después de un rato, como nota que su hermano no retoma la palabra, pregunta:

—Entonces, la Milena...

—Está enterrada en un cementerio de Buenos Aires. No venía en la barcaza que se hundió por esos días con cinco personas a bordo. Pero yo aproveché la oportunidad y dije que la Milena también estaba en ese accidente. Y nadie puso en duda mi palabra. De todo esto hacen siete años y yo todavía no logro despedirme, y me hundo cada día en una tristeza que solo se hace más y más profunda. Que no me permite vivir.

—Mierda, Julián.

Ya ninguno de nosotros duerme. La tierra se oscurece con las lágrimas. Don Julián no puede seguir hablando. Tampoco lo hace don Jerónimo. Los hermanos lloran con el mar al frente, que acaricia la isla con las olas suaves del amanecer.

La fiesta ha terminado.

No, nunca nos han gustado las despedidas. Esta mañana, después de mear las brasas y recoger los restos de la fiesta, le dijimos hasta pronto a don Julián y nos despedimos para siempre de don Jerónimo. No bajaba con nosotros porque iba a la casa de su hermano a recoger algunas cosas que había dejado ahí. Le dijimos que siempre será bienvenido en la isla, que vuelva cuando quiera, todas las cuestiones que se dicen en estos casos. Aunque hablábamos con sinceridad, no parecíamos honestos. Cuando la pena es grande las palabras se cortan, quedan a medias, pero tal vez así expresen algo mucho más profundo, aquello para las que las palabras son, finalmente, inútiles. Aunque quizás esta mañana no expresaban nada y eran ideas de nosotros, que igual seguíamos un poco borrachos. Don Jerónimo solo sonreía.

Después bajamos el cerro y nos fuimos a dormir un poco. Ninguno fue capaz de comentar lo que escuchamos sobre la Milena, enterrada en esa ciudad lejana, tan lejos de estas olas. Tal vez todos entendimos que vamos a necesitar vino, taberna y tiempo. No parecía necesario, esta mañana, apurar las cosas. Mucho menos encarar a don Julián. Además, se supone que nosotros estábamos dormidos. A lo mejor oímos algo que no debimos oír jamás.

¿Cuánto dolor cabe en la verdad?

Para don Jerónimo no debe haber sido menos. Seguro que allá, en La Punta, los hermanos todavía tienen palabras para decirse antes del último adiós.

Despertamos hace algunos minutos, con el ruido del motor de la avioneta, que Mike, ya recuperado, va calentando para el viaje al continente. Nos mojamos la cara y partimos a la taberna, encontrándonos por el camino y ponderando la fiesta. Como quien no quiere la cosa, echamos una mirada rebelde hacia el aeródromo. Mike fuma, esperando a que su pasajero termine de revisar la maletita, no vaya a ser que se le quede algo. Todavía tiene puesto el poncho y las botas. La barba se la lleva de recuerdo, al menos de momento, porque a lo mejor se afeita apenas llegue al continente, a lo mejor nos olvida en cuanto ponga un pie en su vida de siempre. Por ahora, a la distancia, es totalmente imposible distinguirlo de su mellizo.

Entonces una idea nos pasa por la cabeza, a todos juntos, al mismo tiempo. Nos miramos con los ojos abiertos y una sonrisa nerviosa.

—No.

—No puede ser.

—Pero a lo mejor sí es.

La isla se estira y cruje. La avioneta espera que pase el movimiento para acelerar por la pista y despegar. Vemos al viejo despedirse de nosotros con la mano, desde el cielo. Le respondemos en patota, agitando los brazos. Cuando la avioneta se pierde al otro lado de la isla seguimos nuestro camino a la taberna.

Después de un par de cañas, pensamos, podremos averiguarlo por nuestra cuenta. Tal vez el viejo se asome a contar alguna cosa y a brindar junto a nosotros, y en sus palabras de tierra o mar nos llegará, tranquila, la respuesta.

Total, no hay apuro.

Nunca hay apuro en la isla.



LA POLLERA

Encuentra todos nuestros libros en lapollera.cl